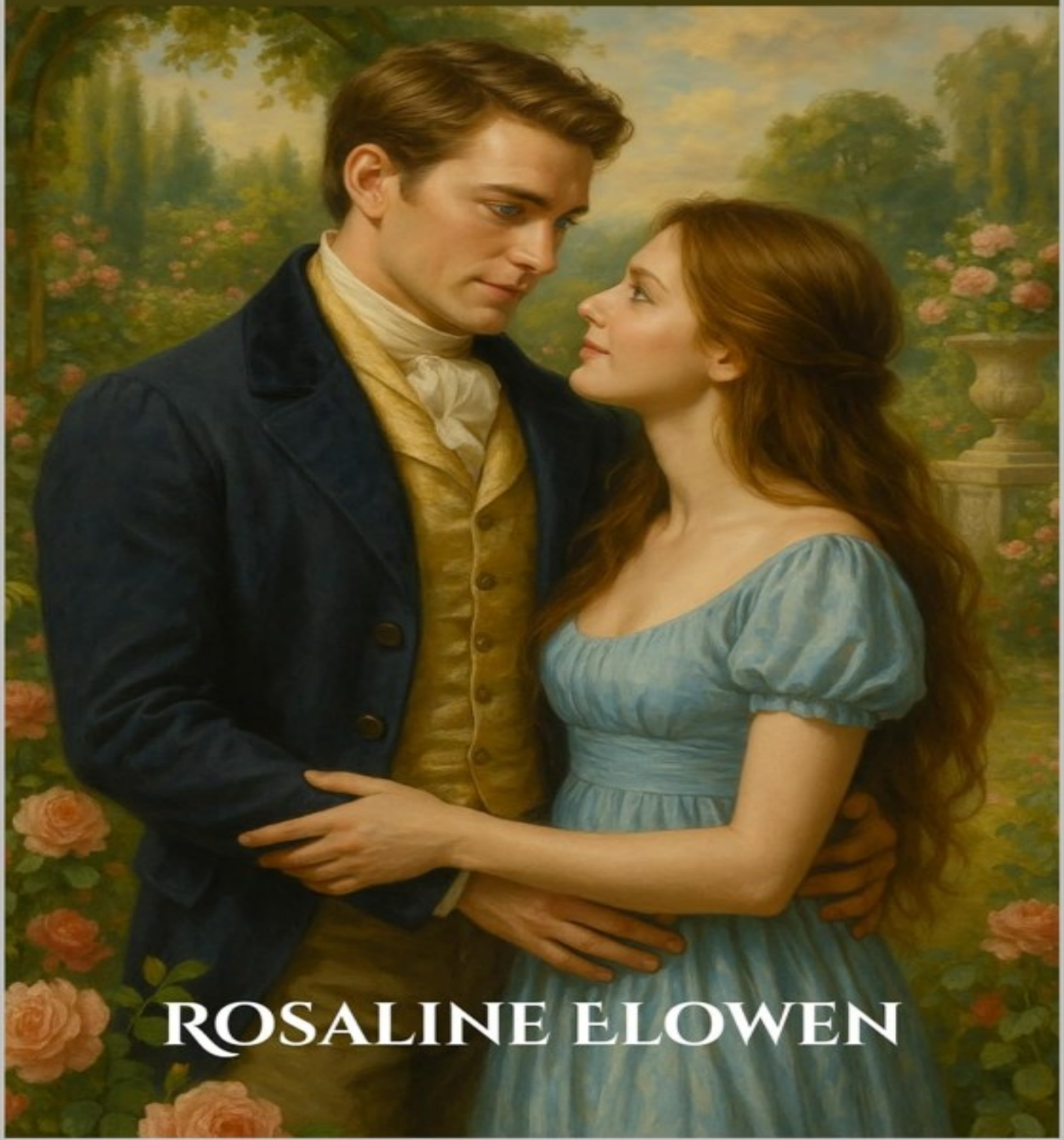
Una amor negociado con un duque



Rosaline Elowen

UNA AMOR NEGOCIADO CON UN DUQUE

Copyright © 2025 Rosaline Elowen
All rights reserved.

CAPÍTULO 1

Estelle Robinson, la hija mayor del difunto señor Jonathan Robinson y actual pesadilla de una gatita muy pequeña, era muchas cosas: una conversadora vivaz, una pésima pintora y una romántica empedernida. Pero lo que no era—al menos no hoy—era graciosa.

—No, no, vuelve aquí, maldita bolita de pelos —susurró con urgencia, casi cayendo de bruces en un lecho de helechos.

La gatita—pequeña, gris, y absurdamente rápida para tener patas del tamaño de dedales—salió disparada justo fuera de su alcance, moviendo la cola con claro desdén antes de desaparecer tras un grupo de zarzas.

Estelle resopló y se levantó las faldas hasta las rodillas, equilibrando con una mano un pequeño cuenco de porcelana con restos de pollo asado, mientras con la otra apartaba una rama particularmente grosera que se atrevió a abofetearla directamente en la cara.

—Estoy tratando de rescatarte, tontita —murmuró mientras se agachaba torpemente detrás de un arbusto, evitando por poco una piña que parecía sospechosamente colocada allí como trampa—. Podría estar tomando el té ahora mismo, ¿sabes? Con limón. Y pastel.

No es que le molestara especialmente perseguir a animales huérfanos en la finca de su familia—de hecho, era la única parte de su día que prometía algo que se pareciera remotamente a una

aventura. Y a sus veinticuatro años, Estelle había empezado a encontrar el monótono zumbido de la vida decente—tarjetas de visita, bordado y conversaciones educadas sobre el clima—bastante soporífero.

La gatita maulló, el sonido tan suave que rompía el corazón, y el corazón de Estelle se encogió.

—Lo sé, dulzura —susurró, bajando lentamente el cuenco al suelo cubierto de musgo—. No tienes madre ni hermanos. Y sí, te he estado observando durante tres días. Y sí, tal vez eso me convierta en una especie de acosadora. Pero una amable, te lo aseguro.

La gatita asomó desde detrás de una raíz, con los ojos esmeralda abiertos y llenos de sospecha. Estelle, siempre optimista, tomó aquello como una señal de ánimo y se acercó con cuidado, procurando no pisar más ramas secas bajo sus botas.

Por supuesto, fue justo en ese momento que su pie se enredó en una enredadera con un aspecto decididamente malicioso.

—De verdad —gimió, agitando el brazo libre en el aire para mantener el equilibrio—. Si la naturaleza insiste en convertirme en una tonta, lo mínimo que podría hacer es ofrecerme a un apuesto desconocido como testigo del espectáculo.

Cayó de lado con un "¡uf!", aunque el cuenco de pollo milagrosamente se mantuvo en posición vertical, salvo por un pedazo que escapó y aterrizó sin ceremonia en su regazo. La gatita la observó con algo entre la curiosidad y el juicio.

Estelle se sopló un mechón de cabello del rostro. —Bueno. Perfecto.

Por un momento, ni ella ni la gatita se movieron. Los pájaros cantaban en lo alto. Las hojas susurraban suavemente con la brisa. Estelle extendió lentamente la mano hacia el pedazo de pollo escapado y, con el tono más dulce que pudo reunir, comenzó a persuadir:

—Vamos, preciosa. Sé valiente. No tengo garras y solo muerdo si me provocan.

La gatita vaciló, luego dio un paso cauteloso. Luego otro. La respiración de Estelle se detuvo.

—Casi llegas… tú puedes… —susurró Estelle.

Pero justo cuando la gatita estaba a un bigote de distancia del cuenco, un crujido particularmente fuerte resonó entre los árboles, seguido por el grave murmullo de una voz masculina.

La cabeza de Estelle se giró bruscamente hacia el sonido. La gatita, como era de esperarse, salió disparada.

—Oh, por el amor de… —empezó a decir, y luego clavó la mirada en el bosque—. ¿Quién osa arruinar mi misión de rescate?

De entre las sombras del bosque emergió una figura alta, de hombros anchos, con botas de montar y un abrigo azul marino perfectamente entallado. Su cabello castaño claro brillaba con reflejos dorados donde el sol se filtraba entre las hojas, y sus ojos azules—más azules de lo que deberían ser—se encontraron con los de ella con una curiosidad abierta.

Él parpadeó.

Ella, cubierta de tierra, pollo y orgullo, parpadeó también.

—Perdóneme —dijo él, con los labios curvándose en lo que solo podía describirse como una sonrisa-que-estaba-esforzándose-mucho-en-no-ser-una-risa—. ¿Interrumpo algo?

Estelle se incorporó lentamente, sacudiendo las hojas de su falda con toda la dignidad que pudo reunir.

—Solo una delicada negociación con un animal salvaje. Acaba de retrasar el progreso unos tres días, aproximadamente.

—Ah —respondió él, ladeando la cabeza con gesto pensativo —. Tal vez le deba una disculpa. O quizá la gatita le debe una por haberla llevado al matorral como una sirena.

—Muy gracioso —replicó ella, levantándose con un suspiro dramático y recogiendo su cuenco.

—No fue mi intención asustarla —dijo él, avanzando un paso y mirando hacia el matorral por donde había huido la gatita—. Pero si desea ayuda, creo que puedo serle útil.

Estelle arqueó una ceja.

—¿Y es usted un experto en la captura de felinos?

—He acorralado mi buena cantidad de mascotas reacias —dijo con un leve encogimiento de hombros—. Aunque ninguna ha sido tan… escurridiza.

Estelle suspiró, apartando un mechón de cabello castaño de sus ojos color avellana.

—He estado intentando atraparla durante tres días. Es huérfana. Su madre fue atropellada por un carruaje cerca del viejo molino.

Su expresión se volvió seria.

—Entonces será mejor que no perdamos tiempo.

Juntos, formaron un equipo de caza poco probable: una joven terca armada con un cuenco de pollo y un duque desaliñado con reflejos rápidos y una voz curiosamente reconfortante.

Victor se movió despacio, haciendo un amplio rodeo para empujar a la gatita hacia Estelle. Ella se arrodilló junto a un parche de musgo, extendiendo el cuenco una vez más, susurrando con dulzura. La gatita dudó, dividida entre el miedo y el hambre.

—Ya casi… —murmuró Estelle—. Solo un paso más… ¡oh!

La gatita se lanzó hacia el pollo justo en el mismo instante en que Victor se adelantó, con las manos extendidas.

La atrapó.

Victor sostenía al revoltoso y maullador bultito con suavidad pero con firmeza. Estelle corrió hacia él, olvidándose del cuenco, y tomó con cuidado a la gatita de sus manos.

—Ya está, ya está, cariño —murmuró, acunando a la diminuta criatura contra su pecho—. Ya estás a salvo. No más escondites. Te

vienes a casa.

Victor se sacudió una mancha de tierra de la manga y la miró —rizos desordenados, mejillas manchadas y un brillo triunfante. Estaba radiante, de esa forma en que lo están las personas cuando hacen algo bondadoso y lo saben.

Estelle lo miró.

—Bueno, Su Gracia, supongo que le debo las gracias.

Victor parpadeó.

—¿Sabe quién soy?

Ella sonrió.

—Puede que haya crecido en el campo, pero no estoy del todo desinformada. Además, no todos los días un duque sale del bosque y cae en medio de mi misión de rescate.

Victor soltó una leve risa.

—Entonces permítame acompañarla de regreso a su casa, señorita… ¿?

—Robinson. Estelle Robinson. Y esta —añadió, levantando un poco a la gatita— es Pollo.

Él le lanzó una mirada desconcertada.

—La atrajeron con pollo. Me parece poético —dijo Estelle con un encogimiento de hombros, dándose ya la vuelta hacia el sendero que conducía a la casa.

Victor la siguió, porque, siendo sinceros, ¿qué más se puede hacer después de atrapar una gatita y ser uno mismo bautizado como un callejero?

A medida que se acercaban a la finca de piedra cubierta de hiedra, con sus ventanas brillando cálidas bajo el sol de la tarde, Victor no pudo evitar preguntarse en qué se había metido exactamente… y por qué, contra toda lógica, se alegraba tanto de haberlo hecho.

…

Para cuando llegaron a los escalones de la entrada, Estelle ya había acomodado a la gatita—ahora oficialmente llamada Pollo, para la continua confusión de Victor—en el hueco de su brazo, envuelta en un suave chal que había recogido de la puerta de la cocina. La criatura por fin había dejado de temblar y ronroneaba contra su pecho como una tetera satisfecha.

Victor, por su parte, no había dicho mucho, aunque la leve curva de sus labios indicaba que estaba, o bien divertido, o bien perplejo… o ambas cosas.

Estelle empujó la puerta principal sin ceremonia y entró en el vestíbulo bañado por el sol.

—¿Isadora? —llamó, mirando hacia el salón—. Prepárate. He traído a casa algo inesperado.

Desde dentro llegó una respuesta, amortiguada y nada sorprendida.

—¿Está vivo?

—Más o menos —respondió Estelle, entrando con ligereza en el salón, con Victor pisándole los talones.

Isadora Robinson estaba recostada en uno de los sofás color crema, con las largas piernas recogidas bajo sí, un libro equilibrado en una mano y una galleta a medio comer en la otra. A sus diecinueve años, tenía una elegancia tranquila que contrastaba marcadamente con el caos alborotado de su hermana—el cabello castaño claro recogido en un moño impecable, los ojos verdes serenos pero agudamente observadores.

Levantó la mirada al oír los pasos, y su vista pasó de su hermana a la figura muy alta y muy masculina que la seguía.

Sus labios se curvaron.

—Sabes, Estelle, ya me he acostumbrado a que traigas a casa criaturas extraviadas. Algún pájaro herido de vez en cuando. Ese erizo el verano pasado. Pero un caballero adulto es, sin duda, una novedad.

Estelle puso los ojos en blanco con la destreza bien practicada de una hermana mayor.

—No es mío. Me ayudó a atrapar a Pollo.

Isadora parpadeó.

—¿Pollo?

—La gatita —intervino Victor con tono servicial.

Isadora alzó una ceja.

—Claro. Naturalmente.

—Yo estaba en el bosque, ocupándome de mis propios asuntos —dijo Estelle, depositando con suavidad a la gatita en una canasta acolchada junto al hogar—, cuando este hombre apareció entre los arbustos como un fantasma muy educado.

—No recuerdo haber sido fantasmal —murmuró Victor.

Isadora dejó el libro a un lado y se puso de pie, con los ojos brillando.

—Pues bien, señor. Ya que ha salido del bosque y ha ayudado a mi hermana a salvar a una gata-pollo, supongo que el siguiente paso son las presentaciones.

Victor hizo una reverencia.

—Victor Blackthorne, duque de Ashbourne.

Isadora se quedó inmóvil por un instante, con una chispa de sorpresa cruzando su rostro antes de hacer una reverencia, elegante a pesar de su actitud relajada.

—¿El duque de Ashbourne? Por Dios. Esa es una nueva categoría de extraviado.

Estelle soltó un gemido y se dejó caer en una silla.

—Nunca lo va a superar.

—Por supuesto que no —respondió Isadora con dulzura—. Y dígame, ¿qué, si se puede saber, trae a un duque a nuestro humilde rincón del bosque?

Victor se irguió un poco, adoptando la reserva educada de un hombre que sabía que nadie creía que los duques simplemente pasaran por ahí.

—Estoy aquí por un asunto de negocios —dijo—. Mi madre, la duquesa, me pidió que hiciera una visita a su familia. Nuestros padres fueron en su momento grandes amigos—Jonathan Robinson y Edmund Blackthorne trabajaron juntos en varios comités comerciales en Londres. Y nuestras madres han mantenido correspondencia durante años, incluso después del fallecimiento de mi padre.

Al oír el nombre de su padre, tanto Estelle como Isadora se quedaron en silencio. Solo habían pasado dos meses desde la repentina enfermedad que se lo había llevado. Dos meses de libros de cuentas a medio llenar, demasiadas condolencias y una casa que se sentía demasiado quieta.

Victor continuó con suavidad:

—Mi madre me pidió que ofreciera ayuda para gestionar cualquier asunto que pudiera necesitar… atención. Le pareció lo correcto, dada la conexión entre nuestras familias.

—Eso es muy amable —dijo Estelle en voz baja, levantando la mirada—. Pero inesperado.

—Creo que ese es el tema del día —murmuró Isadora, y luego añadió con una sonrisa—: Aun así, es un placer conocerlo, Su Gracia. Aunque debo admitir que su llegada no podría haber sido más oportuna: estábamos a punto de sentarnos a tomar el té.

En ese preciso instante, como si hubiera sido llamada por una señal teatral, apareció la ama de llaves, la señora Fitch, con una bandeja de plata perfectamente equilibrada en sus manos. Se detuvo apenas un momento para mirar a Victor con un interés vago —claramente esperaba un gato callejero, no un invitado con título—y luego procedió a disponer tazas de té, scones y tartaletas de limón con precisión militar.

—Iré a buscar a Lady Jane —anunció antes de girar sobre sus talones con firmeza y desaparecer por el pasillo.

Victor alzó una ceja, divertido.

—¿Lady Jane?

—Nuestra madre —respondió Estelle—. Elegante, inteligente y probablemente dispuesta a interrogarlo entre galletas.

Victor se inclinó ligeramente hacia ella, con la voz baja y en tono de broma.

—¿Debería preocuparme?

Estelle le dedicó una sonrisa lenta y maliciosa.

—Sin la menor duda.

CAPÍTULO 2

Lady Jane Robinson entró en el salón con la gracia pausada de una mujer que alguna vez reinó en los salones más distinguidos de Londres y que aún recordaba cómo hacerlo, aunque su corazón ya no se alzara con la misma firmeza en su pecho.

Llevaba un vestido gris paloma, suave y fluido, que caía con delicadeza sobre su esbelta figura, un color elegido no por moda, sino por luto. Su espeso cabello castaño estaba recogido en un moño clásico, y aunque unas hebras plateadas comenzaban a asomar en sus sienes, eso no hacía más que añadir a la dignidad silenciosa que llevaba como una segunda piel. Sus ojos—de un marrón profundo y enmarcados por la preocupación—eran agudos, observadores e inconfundiblemente tristes.

Pero en cuanto vio a Victor, un destello de calidez suavizó sus rasgos.

—Su Gracia —dijo con voz baja y serena—, qué grata sorpresa.

Victor se puso de pie de inmediato e hizo una reverencia.

—Lady Jane. Gracias por recibirme.

Ella extendió la mano y tomó la que él le ofrecía, con las comisuras de los labios alzándose en una suave sonrisa cuando él depositó un beso cortés sobre sus nudillos.

—Se parece tanto a su padre —dijo con dulzura, manteniéndole la mirada—. Fue un gran amigo para Jonathan. Y para mí también.

Victor inclinó la cabeza.

—Mi madre le envía sus saludos. Se sintió profundamente apenada al enterarse del fallecimiento de su esposo.

Jane asintió, con el gesto tenso pero agradecido.

—Hemos recibido sus cartas. Siempre ha sabido escribir las notas más consideradas.

Se acomodaron con una coreografía ensayada—Jane tomando su sillón habitual junto a la ventana, Estelle acurrucándose en la esquina del sofá, Isadora sentándose con elegancia y curiosidad cerca del servicio de té, y Victor aceptando el asiento que le ofrecieron directamente frente a Lady Jane.

Hubo una breve pausa, como si todos en la sala intentaran recordar cómo comportarse con normalidad cuando, en realidad, nada era ya normal.

—¿Cómo está su madre? —preguntó Jane mientras servía el té con la destreza de siempre—. ¿Sigue dirigiendo Ashbourne Hall con mano de hierro y una tacita de porcelana?

Victor soltó una risa.

—Exactamente así. Aunque últimamente ha empezado a centrarse más en manejarme a mí, lo cual sospecho que le resulta aún más difícil.

—Me lo imagino —comentó Estelle con ligereza—. Parece usted alguien que se resistiría a seguir una agenda estricta.

Victor se volvió hacia ella, con los ojos brillando.

—Estoy herido, señorita Robinson. Y eso que apenas me estoy recuperando de que me llamaran extraviado.

—Técnicamente —intervino Isadora, dando un mordisco a un scone—, esa fue idea mía.

Jane sonrió levemente mientras revolvía una cucharada de azúcar en su taza, observando el intercambio con la apreciación de

una madre y la nostalgia de una viuda que recordaba los días en que su esposo también llenaba la habitación de risas.

El tono de Victor se volvió más serio al dejar su taza a un lado.

—Lady Jane, si me lo permite… quisiera expresar, de forma más sincera, mis condolencias. Me encontraba en el extranjero cuando me llegó la noticia, y lamento no haber venido antes.

Jane levantó la vista, con la vulnerabilidad claramente reflejada en sus ojos.

—Gracias, Su Gracia. La muerte de Jonathan fue… inesperada. Aún no parece real. Algunas mañanas, me sorprendo esperando oírlo tararear en su estudio.

Estelle se inclinó y apretó suavemente la mano de su madre.

Victor asintió solemnemente.

—Era un hombre muy respetado. Mi padre hablaba de él a menudo. Trabajaron juntos durante años. Sé que valoraba mucho el juicio—y la amistad—de su esposo.

Jane tragó saliva y se irguió un poco.

—Él también admiraba mucho a su familia.

—Y es en ese mismo espíritu —continuó Victor— que he venido. Mi madre me pidió que les ofreciera cualquier ayuda que puedan necesitar, ya sea en asuntos legales o financieros. Sé que estas transiciones pueden ser abrumadoras, especialmente con la finca, las cuentas y… las expectativas.

Jane parpadeó, su compostura vacilando brevemente.

—Eso es… sumamente generoso. Pero seguramente usted tiene su propia finca que administrar. Ashbourne no debe ser una responsabilidad menor.

Victor se inclinó levemente hacia adelante, con una expresión sincera y medida.

—Es precisamente porque sé lo grande que es esa responsabilidad, que también sé cuán rápido puede volverse

inmanejable cuando uno debe cargar con todo solo.

Estelle lo observaba en silencio desde el sofá, sus ojos color avellana ya no mostraban picardía, sino reflexión.

Jane dejó su taza con un suave tintineo.

—Es usted muy amable. De verdad. Y no voy a fingir que no hemos tenido algunas complicaciones. Jonathan mantenía todo en marcha… con constancia. Pero también era un hombre optimista. A veces, un poco demasiado optimista.

Victor esbozó una sonrisa comprensiva.

—Mi padre una vez invirtió medio año de ingresos en un pelador de papas mecánico porque su esposo juró que revolucionaría las cocinas para siempre.

Isadora cubrió una carcajada con su servilleta.

Jane suspiró, aunque sus ojos brillaban.

—Sí. Esa cosa espantosa aún está en nuestro sótano. Casi me tropiezo con ella cada vez que bajo.

El tono de Victor se volvió más suave.

—Entonces déjeme ayudar. Aunque sea solo para librarla de artefactos de cocina obsoletos y revisar los libros de cuentas. Conozco a un abogado discreto y brillante, y mi madre está dispuesta a ayudar en todo lo que sea apropiado.

Jane lo miró durante un largo momento.

—¿Por qué?

Victor ladeó la cabeza.

—¿Por qué?

—Sí. ¿Por qué tomarse tantas molestias por nosotras? —preguntó Jane, no con frialdad, sino con la franqueza de una mujer que ya no tenía tiempo para misterios educados.

Victor dudó apenas un instante.

—Porque es lo que mi padre habría hecho. Porque mi madre insistió. Y… —lanzó una mirada—casi involuntaria—hacia Estelle antes de volver a mirar a Jane—. Porque, a veces, simplemente es lo correcto.

La habitación volvió a quedar en silencio, pero esta vez era un silencio cómodo—el tipo que nace del entendimiento mutuo y el más leve brote de confianza.

Estelle lo rompió con suavidad.

—Bueno. Supongo que si vas a empezar a ayudarnos con nuestros asuntos, bien podrías quedarte a cenar. Mamá, ¿tenemos algo decente para servirle a un duque?

Jane soltó una risita, secándose los ojos con un pañuelo de lino.

—Tenemos cordero asado y tarta de albaricoque. Creo que eso bastará.

Victor sonrió.

—Le aseguro, Lady Jane, que he soportado cosas mucho peores.

—Cuidado —añadió Isadora en tono ligero—. Una vez que cenas con nosotras, ya no podrás marcharte.

Victor alzó las cejas.

—¿Eso es una promesa o una amenaza?

Estelle lo miró directamente a los ojos, con una sonrisa apenas contenida en los labios.

—Ambas.

…

La cena en la Mansión Robinson fue, en palabras de Estelle, "una sinfonía caótica de sabores, opiniones e interrupciones familiares." Fue, según la opinión de Victor, absolutamente encantadora.

Cenaron en el menor de los dos comedores—un espacio acogedor, iluminado por el fuego, decorado con papel tapiz floral y una colección dispareja de retratos familiares que se remontaban a dos generaciones. La mesa, aunque no grandiosa, estaba cubierta con un mantel de lino suave y adornada con candelabros de plata y jarrones con rosas frescas del jardín. Se sentía como un hogar—no solo una casa—y Victor no recordaba la última vez que se había sentido tan a gusto entre gente desconocida.

La señora Fitch, el ama de llaves, sirvió cordero asado con papas al romero y zanahorias glaseadas con miel. Estelle había insistido en colocar la tarta de albaricoque en el centro de la mesa desde el principio, declarándola "motivacional".

La conversación fluyó con naturalidad, para grata sorpresa de Victor. Hablaron de libros—Isadora estaba leyendo una novela romántica italiana que Estelle ridiculizaba abiertamente por incluir tres desmayos y una tormenta perfectamente cronometrada. Hablaron de flores—Lady Jane tenía una pasión por las violetas y juraba que podía hacerlas florecer antes que nadie en Derbyshire. Incluso hablaron de gallinas—las reales—tema que Victor ahora comprendía como uno de los favoritos del hogar Robinson.

—Entonces —dijo Isadora con una sonrisa burlona—, ¿todos los duques se dedican a rescatar gatitos en su tiempo libre, o eso es algo exclusivo suyo?

—No diría que sea mi especialidad —respondió Victor con soltura—. Pero si impresiona a los compañeros de cena, podría considerarlo como una ocupación de tiempo completo.

—Sin duda es más interesante que la caza de zorros —murmuró Estelle, sirviéndose una segunda porción de papas—. Menos gritos. Menos sombreros desafortunados.

Victor soltó una carcajada.

—¿Tiene algo en contra de los sombreros deportivos, señorita Robinson?

—Tengo algo en contra de cualquier cosa diseñada exclusivamente para hacerme parecer ridícula.

—Eso no reduce mucho las opciones —comentó Isadora con picardía.

Lady Jane, observándolos desde la cabecera de la mesa, sonrió detrás de su copa de vino.

Después de que recogieran los platos y la tarta de albaricoque fuera devorada por completo—Estelle la calificó como una experiencia espiritual—Lady Jane se levantó y posó suavemente una mano sobre el brazo de Victor.

—¿Le importaría acompañarme al estudio, Su Gracia? —preguntó con suavidad—. Hay algo que me gustaría comentar antes de que termine la velada.

—Por supuesto —respondió Victor, dejando su copa y siguiendo a Lady Jane fuera del comedor, agradeciendo con una inclinación de cabeza a ambas hijas.

Estelle le dirigió una mirada suspicaz.

—Si empieza a ofrecerle reliquias familiares, parpadee dos veces.

—Te he oído —se oyó la voz de Jane desde el pasillo.

Isadora sonrió.

—Esperamos que sobreviva.

…

El estudio era una sala cálida, con paneles de madera y estanterías repletas de libros, sus lomos gastados y familiares. Un globo terráqueo ocupaba una esquina, y el gran escritorio junto a la ventana aún conservaba la caligrafía de Jonathan Robinson en los márgenes de papeles olvidados.

Lady Jane caminó lentamente hasta el escritorio y abrió con cuidado el cajón central. De él sacó un pequeño fajo de documentos, atado con un lazo azul.

—He estado revisando lo que Jonathan dejó —dijo, volviendo hacia la chimenea, donde Victor la esperaba—. Él siempre se encargaba de las cuentas de la finca, las cartas a los arrendatarios, la correspondencia legal… Le enorgullecía gestionarlo todo personalmente.

Victor asintió.

—Fue igual con mi padre. No estaba preparado cuando falleció. Tuve que aprender la mitad del funcionamiento de la finca gracias al mayordomo.

Lady Jane ofreció una sonrisa resignada.

—Confiaría en que la señora Fitch podría gobernar todo Derbyshire si fuera necesario. Pero ni siquiera ella puede desenredar algunos de estos papeles.

Le tendió el fajo de documentos.

—Esperaba que pudiera llevárselos. Leerlos con calma. Decirme con franqueza qué significan y qué debería estar haciendo. No me gusta sentir que todo es una suposición.

Victor tomó los papeles con cuidado, como si percibiera que contenían más que tinta y números—llevaban el peso de una vida que había quedado atrás.

—Sería un honor —dijo con sinceridad—. Precisamente para esto vine.

Lady Jane exhaló lentamente, visiblemente aliviada.

—Gracias. De verdad. Ya ha traído más consuelo a esta casa del que se imagina.

Él inclinó la cabeza.

—Leeré todo con atención y volveré en un día o dos con respuestas. Quizá podríamos revisarlo juntos, y le traeré mis sugerencias.

Ella asintió.

—Sería ideal. Y tal vez logremos convencer a Estelle de quedarse en la sala el tiempo suficiente como para escuchar sobre los rendimientos trimestrales del grano.

Victor sonrió.

—Parece más interesada en criaturas con plumas que en campos llenos de ellas.

—Oh, siempre. Una vez metió un patito a escondidas en su dormitorio y lo negó durante dos días. Lo encontramos en su jofaina.

—Me resulta extrañamente creíble.

Jane sonrió de nuevo, aunque la tristeza había vuelto a asomar en sus ojos.

—Lo extraña. Todos lo hacemos. Pero ella lo lleva de una forma distinta.

Victor bajó la mirada hacia los documentos.

—Haré todo lo que esté en mis manos para ayudar. No están solas en esto.

Jane apoyó una mano en su brazo.

—Gracias, Victor. Tienes el corazón de tu padre.

…

Pocos minutos después, en el vestíbulo, Estelle e Isadora reaparecieron. Isadora llevaba un pequeño frasco de crema para las patitas de Pollo, y Estelle sostenía a la gatita adormilada en brazos.

—¿Y bien? —preguntó Estelle, entrecerrando los ojos—. ¿Madre ya lo convenció de rescatar nuestras finanzas familiares, reemplazar al abogado y plantar violetas en el jardín este?

Victor tomó su sombrero y guantes de manos de la señora Fitch y se volvió hacia Estelle con una sonrisa educada, casi juguetona.

—Las violetas no —dijo—. Pero lo demás, tal vez.

Isadora ladeó la cabeza.

—Es bastante encantador, ¿no crees?

Estelle le lanzó una mirada a su hermana.

—Dices eso como si fuera un defecto.

Victor hizo una reverencia a ambas hermanas.

—Señoritas, gracias por una velada verdaderamente agradable. Regresaré dentro de dos días, si les parece bien.

Lady Jane se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Nos parece muy bien, Su Gracia. Tendremos el té listo—y quizá otra tarta.

Él sonrió.

—Eso podría ser lo que garantice mi regreso.

Cuando la puerta se cerró tras él, Estelle se volvió hacia su madre.

—Te gusta.
—Sí —respondió Jane simplemente.

Isadora sonrió con picardía.
—¿Te gusta a ti?

Estelle resopló y se volvió hacia la canasta de la gatita.
—Está bien. Para ser un duque.

Pero su sonrisa, cuando pensaba que nadie la veía, decía mucho más que sus palabras jamás podrían expresar.

CAPÍTULO 3

Ashbourne Hall recibió a su señor con la serenidad digna de una finca ducal. Los cascos de los caballos resonaron con fuerza sobre la grava mientras Victor descendía del carruaje, con el sol vespertino proyectando largas sombras doradas sobre los jardines cuidadosamente arreglados.

Las grandes puertas ya estaban abiertas—el personal de Ashbourne conocía bien el ritmo de la casa—y el mayordomo ofreció una reverencia respetuosa cuando Victor cruzó el amplio vestíbulo con suelo de mármol.

Antes de que pudiera quitarse el abrigo, el suave repiqueteo de unas zapatillas sobre la madera pulida anunció la llegada de su madre.

—Victor —llamó Lady Arabella con dulzura, su voz como seda deslizándose sobre un estanque en calma—. Has regresado.

Descendía la escalera con la gracia de una mujer que una vez fue el diamante de cada temporada londinense. Su cabello rubio estaba recogido en un elegante moño, con apenas unos toques plateados en las sienes. Vestía de azul pálido, un color que hacía brillar sus ojos como los más finos zafiros. Su presencia llenaba la sala—no con grandeza, sino con una calidez tranquila e inconfundible.

Victor avanzó y se inclinó para besarle la mejilla.
—Madre.

—Has tardado bastante —dijo ella, estudiando su rostro—. Lo cual me parece sospechoso, considerando que te envié en una misión puramente administrativa.

Victor esbozó una sonrisa demasiado alegre para un hombre encargado de revisar libros de cuentas.

—Resulta que la administración incluyó un rescate de gatitos.

Arabella se detuvo.

—¿Un… gatito?

Él asintió solemnemente.

—Uno muy pequeño. Gris, esponjoso y extraordinariamente terco.

—¿Y ese gatito es la razón por la que sonríes como un colegial que vuelve de un picnic?

Victor soltó una risa baja mientras se quitaba los guantes.

—Posiblemente. O tal vez fue la compañía.

Los ojos de Arabella brillaron mientras lo seguía al salón.

—Ah, las Robinson. Han pasado años desde la última vez que vi a Lady Jane. ¿Cómo está?

—Bien, considerando las circunstancias —respondió Victor, aceptando una taza de té de manos del lacayo antes de continuar—. Estuvo serena, amable… pero cansada. Ese tipo de cansancio que nace de sostener una casa entera únicamente con la fuerza de voluntad.

La sonrisa de Arabella se suavizó.

—Eso suena como Jane.

Él dio un sorbo lento al té.

—Está administrando la finca, pero creo que Jonathan guardaba muchas cosas para sí. Me entregó un fajo de documentos —libros contables, correspondencia, avisos para los arrendatarios— que ya no se siente segura manejando sola.

—¿Y aceptaste ayudar?

—Por supuesto —dijo—. Los revisaré esta noche y volveré a la mansión en un día o dos.

Arabella asintió con aprobación, sin apartar la vista de él.

—¿Y las hijas?

Victor la miró con fingida cautela.

—¿Lo preguntas como conocida curiosa o como madre casamentera?

Ella soltó una risa musical.

—¿No puedo ser ambas?

Él se dejó caer en el sillón más cercano al hogar.

—Isadora es encantadora. Inteligente, refinada, más astuta de lo que aparenta. Pero Estelle…

Arabella alzó una ceja con elegancia.

—Ah. Estelle.

—Ella es… distinta a cualquier persona que haya conocido —dijo lentamente—. Es hermosa, sí, pero lo que uno nota primero es su ingenio—rápido, sin filtros. No le teme a los duques, no tiene reverencia por los títulos. Casi me lanza una pierna de pollo.

Arabella parpadeó.

—¿Eso fue una metáfora?

Victor se encogió de hombros.

—En su mayoría.

Arabella sonrió tras su taza de té.

—Parece encantadora.

—Es un caos con enaguas —dijo Victor con una sonrisa—. Le habla a los gatitos como si la entendieran. Se ríe sin contenerse. Y aun así… —Vaciló—. Carga con algo. No creo que esté llorando como

lo hacen su madre o su hermana. Creo que está… enfadada. Pero lo oculta bajo las bromas.

Arabella lo observó con ternura, su rostro suavizado por el afecto.

—Siempre has tenido la habilidad de ver a las personas con claridad.

—Tuve una buena maestra.

Arabella se inclinó hacia adelante y dejó su taza sobre la mesita baja.

—Victor, ¿puedo decirte algo sin que pongas los ojos en blanco?

—Lo intentaré.

—Pareces más liviano esta noche —dijo Arabella con sencillez —. Más feliz de lo que te he visto en algún tiempo.

Él no respondió de inmediato. En su lugar, observó las llamas parpadear en la chimenea, la luz del fuego danzando sobre la repisa tallada. Tras un momento, dijo:

—Se sintió… bien. Ser útil. Estar en un hogar que aún vibra con vida, incluso tras la pérdida. Han perdido su ancla, pero la casa no ha perdido su corazón.

La voz de Arabella fue suave.

—¿Te gustaría volver… por algo más que asuntos de negocios?

Él la miró y, por una vez, no desvió la pregunta con una broma.

—Sí.

Ella asintió, como si siempre lo hubiese sabido.

—Entonces ve. Ayúdalas. Sé lo que necesiten que seas.

Victor se levantó, los documentos bajo el brazo, y besó la mejilla de su madre.

—Estaré en el estudio.

Ella lo llamó mientras él se dirigía al pasillo.

—¿Y Victor?

Él miró hacia atrás.

—Trata de no enamorarte de ella todavía. Espera al menos otro gatito más.

Él se rió todo el camino hasta el estudio.

…

El estudio de Ashbourne Hall era una sala de solemne belleza —con altos ventanales ahora cubiertos por gruesas cortinas azul marino, y el aroma de libros encuadernados en cuero y papel envejecido flotando en el aire como un recuerdo. Una sola lámpara ardía suavemente sobre el escritorio de Victor, proyectando un charco dorado de luz sobre la superficie de caoba y alumbrando los bordes de libros de cuentas abiertos, cartas dobladas y correspondencia apilada y atada con cinta azul.

Victor se sentó en silencio, con el codo apoyado sobre el escritorio y los dedos presionando la sien mientras sus ojos recorrían la última página del documento por segunda vez.

Ya lo había leído una vez.
Y luego, incrédulo, otra vez.

Las líneas de su rostro, normalmente sereno, estaban ahora tensas, la boca apretada, el ceño fruncido tan profundamente que parecía tallado. La llama parpadeante de la lámpara proyectaba sombras marcadas bajo sus pómulos, acentuando la inquietud que se había ido apoderando poco a poco de su postura.

Se recostó lentamente, el crujido de la silla de cuero fue el único sonido en la vasta sala.

—Esto no puede ser correcto —murmuró en voz baja, tensa.

Pero lo era.

Los hechos estaban allí, enterrados bajo lenguaje legal cortés y referencias vagas a inversiones fallidas, ocultos cuidadosamente

entre lo que parecía ser simple administración de la finca. Pero Victor ya había visto suficientes cosas de este tipo—había pasado noches en vela desentrañando los registros de su propio padre—como para reconocer las señales.

Jonathan Robinson tenía serios problemas financieros.

Una suma considerable—vinculada a un prestamista privado de Londres—había sido tomada prestada hacía unos dos años. Los fondos, según dedujo Victor a partir de las entradas cruzadas, se habían invertido en un proyecto comercial relacionado con cristalería importada y dispositivos mecánicos. Un esquema promovido por un hombre llamado Cecil Gray.

Victor frunció el ceño al leer el nombre. Lo conocía. O, al menos, había oído hablar de él. Gray era un nombre que se susurraba en ciertos círculos—prometía altos rendimientos por artefactos elegantes, convencía a caballeros poco informados de invertir en fábricas que jamás producían una sola botella. Había desaparecido hace seis meses, dejando tras de sí un rastro de deudas impagas y reputaciones arruinadas.

Y Jonathan—el constante, el honorable Jonathan—había estado entre sus víctimas.

El contrato del préstamo era condenatorio: el prestamista esperaba el reembolso total, con intereses compuestos, para el final del trimestre actual. Si no se cumplía, se perdería la finca principal—Elmshade Manor—como garantía. La finca que Lady Jane ahora creía segura.

Victor exhaló lentamente, pasándose una mano por el cabello.

—Ella no lo sabe —dijo en voz baja, al silencio.

Por supuesto que no lo sabía. Jonathan no se lo había contado. Quizás por vergüenza. Quizás con la esperanza de poder corregir el error antes de que alguien lo descubriera.

Pero ahora él se había ido, y la carga recaía por completo sobre sus hombros—y ella no tenía idea de que existía.

Victor se levantó y caminó de un lado a otro del estudio, con los brazos cruzados con fuerza sobre el pecho. Podía sentir el peso de los documentos en la habitación, como si lo observaran, desafiándolo a ser el portador de la verdad.

¿Cómo iba a decírselo? ¿Cómo iba a sentarse frente a Lady Jane—digna, orgullosa y de luto—y explicarle que su esposo no le había dejado un legado, sino una carga?

¿Cómo podría mirar a los ojos a Estelle—Estelle, que hablaba con gatitos y reía con el alma entera—y decirle que su querido hogar podía serle arrebatado?

Se detuvo frente a la ventana, mirando hacia la negrura de la noche más allá del cristal. Ni siquiera la luna mostraba su rostro.

Las palabras de su madre resonaron en su mente.
"Pareces más liviano esta noche."
"Sé lo que necesiten que seas."

Victor tragó con dificultad.

En ese momento, lo que necesitaban no era un amigo. Ni un duque. Ni siquiera un asesor financiero.

Necesitaban un escudo.

Un leve golpe en el marco de la puerta rompió el silencio. El mayordomo entró con un candelabro.

—¿Desea que lo deje aquí, Su Gracia?

Victor miró el reloj sobre la repisa. Pasada la una de la madrugada. No se había dado cuenta.

—No, está bien, Alden. Gracias.

—Muy bien, señor. He pedido al personal que prepare sus habitaciones para la noche.

Victor asintió con agradecimiento.

—Me retiraré en breve.

Cuando la puerta se cerró tras el mayordomo, Victor recogió los papeles, los ató de nuevo con la cinta azul y los sostuvo contra

su pecho por un momento.

No era solo un fajo de papeles. Era el peso de la confianza, del dolor y de un secreto demasiado grande como para guardarlo por mucho más tiempo.

Subió las escaleras en silencio.

Pero mucho después de haber apagado la lámpara y cerrado los ojos, las cifras seguían girando detrás de sus párpados. La amenaza del embargo. El nombre de Cecil Gray. La imagen de Elmshade desmoronándose bajo todo aquello.

Y el sonido de la voz de Estelle—vivaz, despreocupada—reproduciéndose en su mente como una melodía de otro tiempo.

No durmió bien aquella noche.

CAPÍTULO 4

Victor se levantó con el sol.

Era un hábito formado en la infancia, reforzado durante sus viajes al extranjero, y ahora arraigado profundamente en sus huesos. Incluso con el peso de las revelaciones de la noche anterior pesando sobre él, su cuerpo se negó a quedarse en la cama.

En su lugar, se vistió rápidamente con ropa de montar—pantalones oscuros, una camisa de lino blanco y su abrigo azul marino favorito. En cuestión de minutos, ya estaba afuera, respirando el aire fresco de la mañana, con el aroma del pasto cubierto de rocío y de los manzanos en flor envolviéndolo como una bienvenida.

Las tierras de Ashbourne Hall se extendían ante él con una serenidad dorada. Colinas onduladas salpicadas de árboles en plena floración primaveral, muros de piedra que serpenteaban por los prados, y niebla elevándose lentamente desde los campos bajos como si la tierra exhalara en sueños.

Su caballo, Sterling, ya lo esperaba en el patio de las caballerizas, moviendo las orejas hacia adelante al oír el sonido de sus botas.

—Ahí estás, viejo amigo —murmuró Victor, acariciando el cuello del tordo gris—. ¿Listo para cargar con mis pensamientos atormentados por el campo?

Sterling resopló en señal de acuerdo—Victor prefirió creer que era simpatía—y partieron.

La cabalgata comenzó con energía, llena de giros bruscos y tramos al galope que lo obligaban a concentrarse en el ritmo de Sterling en lugar de en el contenido de los documentos de la noche anterior. Para cuando redujo el paso al trote por el sendero del huerto, sus músculos se habían relajado, pero su mente no.

El aire matutino era fresco y puro, de ese tipo que hace a un hombre creer que todo es posible. Y aun así, por más lejos que cabalgara, la verdad cabalgaba con él:

Lady Jane Robinson estaba al borde de perderlo todo.

Cuando Victor regresó a Ashbourne Hall, el sol ya había ascendido más alto, derramando oro sobre la fachada de piedra del manor. Entregó a Sterling al mozo de cuadra con una palmada y un discreto "Gracias", antes de dirigirse al comedor.

Lady Arabella ya estaba sentada.

Como siempre, era la elegancia personificada—vestida con un vestido lila claro de mañana, con puños de encaje, y el cabello rubio recogido en un moño tan perfecto que parecía esculpido. Un periódico yacía sin abrir junto a su taza de té, y sus ojos azules se alzaron hacia Victor en cuanto él entró en la sala.

—Llegas tarde —dijo con suavidad, sirviéndole té—. Lo cual interpreto como que necesitabas más tiempo de lo habitual para despejarte.

Victor se sentó y tomó la servilleta.

—Siempre fuiste alarmantemente perceptiva.

Arabella le pasó un plato de scones recién horneados.

—Soy tu madre. Ahora es mi único deber.

Victor esbozó una leve sonrisa, pero se desvaneció con rapidez.

Arabella se inclinó ligeramente hacia él, observándolo con atención.

—No dormiste bien.

—No —respondió. Revolvió un poco de azúcar en su té y luego levantó la mirada—. Madre, es mucho peor de lo que imaginaba. Los Robinson—Jane y las chicas—están en un serio peligro financiero.

La mano de Arabella se detuvo a mitad de cortar un scone.

—Continúa.

Victor metió la mano en el bolsillo interior de su abrigo y colocó el fajo de documentos sobre la mesa, atado con cuidado pero claramente desgastado en los bordes por tanto manoseo.

—Revisé los libros de cuentas, los contratos, los registros del préstamo —dijo en voz baja—. Jonathan pidió una suma considerable a un prestamista privado. La invirtió en un proyecto dirigido por un hombre llamado Cecil Gray.

Los ojos de Arabella se entrecerraron.

—¿El mismo Cecil Gray que desapareció el año pasado después de estafar a medio Londres?

—El mismo. Parece que Jonathan fue uno de tantos. Pero a diferencia de otros, puso la mansión—Elmshade—como garantía.

La mano de Arabella fue a su boca, sus ojos se abrieron de par en par.

—Dios mío.

—Si la deuda no se paga por completo en los próximos dos meses, el prestamista reclamará la finca. Lady Jane no tiene idea. Jonathan no se lo dijo.

Arabella frunció el ceño.

—Perderá su hogar.

Victor asintió.

—Y no tiene hijos varones, ningún heredero masculino que asuma la obligación. Ningún abogado de familia con suficiente poder para impugnar el reclamo. No hay nadie.

Arabella se recostó en su silla, su expresión indescifrable.

—¿Y las hijas? Son jóvenes. Inteligentes. Capaces.

—Lo son. Pero las mujeres—aunque sean inteligentes y capaces—no pueden librar esta batalla en particular, no a ojos de la sociedad. La deuda debe ser resuelta por un hombre vinculado a la familia. Cualquier otra cosa invitaría al escándalo, la ruina y la humillación pública.

Arabella no dijo nada durante un largo momento.

Finalmente, preguntó en voz baja:

—¿Hay alguna manera—alguna forma—de que puedan resolver la deuda discretamente?

Victor cruzó los brazos, con voz grave.

—Solo hay una forma.

Arabella esperó.

—Una de las hijas tendría que casarse. Y pronto. Si se casara con un hombre de riqueza y posición—alguien que pudiera absorber la deuda como parte del acuerdo matrimonial—se vería como algo honorable. Tradicional. Limpio. Sin rumores. Sin deshonra.

Arabella no respondió de inmediato. Tomó su taza de té con movimientos lentos y deliberados, y dio un sorbo pensativo.

—Siempre has sido un hombre sensato, Victor —dijo al fin—. Siempre cauteloso. Siempre calculador.

Él la miró a los ojos.

—¿Y?

Ella inclinó levemente la cabeza.

—Esto se siente… personal.

Él se tensó.

—Porque lo es. Me importa su situación. Me importa Lady Jane. Me importa Est...

Se detuvo.

Los labios de Arabella se curvaron, pero no dijo nada.

Victor se pasó una mano por el cabello.

—No se merecen esto. Ninguna de ellas. Estelle es… es valiente y orgullosa. Si supiera, si descubriera lo que su padre hizo—lo que no dijo—se derrumbaría.

Arabella dijo en voz baja:

—Y deseas protegerla.

Él no respondió.

El comedor quedó sumido en un silencio pensativo. El suave tintinear de la porcelana. El canto lejano de los pájaros primaverales justo fuera de las ventanas. Dos personas sentadas con té y tostadas y el conocimiento de que el futuro de una familia ahora dependía de decisiones que ninguno de los dos esperaba tener que tomar.

Arabella entrelazó las manos sobre su regazo.

—Y si una de las hijas se casara con alguien lo suficientemente rico como para saldar la deuda… ¿quién podría ser?

Victor alzó la mirada hacia ella.

Arabella lo estudió detenidamente.

Ninguno habló.

Pero ambos sabían la respuesta.

…

La mañana en Elmshade Manor era de esas que hacen que los poetas busquen tinta y que las damas suspiren soñadoramente sobre sus tazas de té.

El cielo tenía un alegre tono azul, salpicado de nubes ligeras como plumas, y el aire era fresco pero no cortante—lo bastante

vivificante para despertar los sentidos, pero lo bastante suave como para invitar a quedarse. La luz del sol se filtraba a través del dosel de árboles que bordeaban el jardín, salpicando de oro los senderos de grava y los parterres florecidos.

Estelle Robinson estaba de pie en medio de su jardín favorito, una bandejita de migas de pan en una mano, el rostro alzado hacia el cielo, completamente en paz.

Un pequeño grupo de jilgueros piaba alegremente desde el arbusto de lilas junto a ella, bajando uno a uno para tomar una miga de su mano extendida antes de salir volando de nuevo, como si dijeran: *Gracias, generosa diosa del desayuno*.

—Los estoy malcriando —murmuró Estelle con cariño, agachándose con cuidado para no asustar a un petirrojo particularmente regordete que se había acercado con cautela—. Pero tienen ustedes unos modales excelentes. Más de lo que se puede decir de la mayoría de los invitados a cenar.

Un aleteo, un piar encantado, y el petirrojo se llevó su premio.

Estelle rió.

Elmshade, en primavera, era una pintura viviente.

Tulipanes carmesíes y dorados se mecían junto a camas de prímulas. Narcisos ondeaban junto a los arcos del jardín, y los setos —recortados con esmero por el envejecido pero devoto jardinero— delimitaban los caminos como orgullosos soldados. Más allá del muro del jardín, el bosque se extendía en un misterio verde y sombreado, susurrando secretos con la brisa.

Pero era el jazmín lo que hacía suspirar a Estelle.

Guiado por un enrejado a lo largo del arco oriental, las delicadas flores blancas acababan de empezar a abrirse. Incluso por la mañana, su aroma ya se sentía—dulce, brillante y apenas lo bastante penetrante como para despertar la mente. Por la noche, se intensificaría, envolviendo el aire en algo tan embriagador que Estelle solía encontrarse descalza sobre la hierba húmeda a medianoche, solo para poder respirarlo.

Extendió la mano y acarició suavemente una de las flores, con cuidado de no alterar su grácil inclinación.

—Siempre supiste elegir los mejores lugares, papá —susurró.

Porque había sido su padre—Jonathan Robinson, botánico de corazón, comerciante por necesidad—quien había plantado el jazmín años atrás, insistiendo en que Estelle llegaría a amarlo más que ninguna otra flor.

Y, por supuesto, tenía razón. Siempre la tenía.

Se giró y miró hacia la casa señorial, cuya suave piedra gris brillaba a la luz del sol. La hiedra trepaba por los muros como cinta sobre un regalo, y cada ventana reflejaba el esplendor de la mañana.

Era su hogar.

Su corazón se hinchó de silenciosa gratitud. Incluso con su partida, incluso con el dolor de extrañar su constante presencia en la mesa del desayuno, habían podido quedarse.

Lady Jane aún servía el té en el salón de las rosas.
Isadora aún tomaba prestados los lazos del cabello de Estelle y lo negaba con teatralidad.
Y Estelle aún recorría los jardines cada mañana, saludando a cada petirrojo, arrendajo y ardilla como si fueran parte del hogar.

Estaban a salvo. Su padre podía haberse ido, pero la mansión permanecía—y con ella, los recuerdos de risas en los pasillos, de tardes de verano leyendo junto al estanque, y de paseos perfumados de jazmín con su mano enganchada en el brazo de su padre.

Estelle sonrió para sí misma, acomodándose en una chaise bajo la sombra de un sauce. Sus faldas se extendieron a su alrededor, y la cálida gatita—que seguía respondiendo únicamente al nombre de Pollo—se acurrucó en el hueco de su brazo con un suspiro tan pequeño que casi parecía imaginado.

Por un momento, Estelle se permitió simplemente *ser*.

Respirar el aroma de la tierra húmeda, sentir la brisa levantarle mechones del cabello oscuro de la mejilla, y dejar que sus pensamientos se deslizaran—de forma bastante natural y totalmente no invitada—de regreso al Duque.

Victor Blackthorne.
Un nombre ridículo, en realidad. Demasiado regio por la mitad. Aunque le quedaba bien.
Demasiado guapo. Pómulos marcados, ojos injustamente azules, y una mandíbula que sugería que sabía cómo ganar un duelo y arruinar a una debutante con una sola sonrisa ladeada.

Se había reído de sus bromas, lo cual siempre era peligroso. Había ayudado a salvar a la gatita, lo cual era aún peor.
Y había hablado con su madre con tal autoridad gentil que Estelle se había sorprendido—no por primera vez—pensando en por qué su presencia había parecido tan natural, como si perteneciera allí, sentado a su mesa, tomando té y alzando las cejas ante el sarcasmo de Isadora.

Estelle cerró los ojos y sonrió, inclinando el rostro hacia el sol.

Sin duda, él ya estaría de regreso en su gran propiedad, rodeado de muebles relucientes y de jóvenes elegibles que agitaban sus abanicos y fingían no desmayarse.

Y bien por ellas.

Probablemente le gustaban las que se desmayaban. Estelle nunca fue buena en eso. Tendía más bien a tropezar con el dobladillo de su vestido y lanzar comentarios sarcásticos a los aristócratas.

—Demasiado guapo —murmuró en voz alta—. Y demasiado educado.

Pollo se removió levemente, con una patita apoyada bajo el mentón.
Estelle soltó un suspiro de satisfacción.
Disfrutaría del jardín, de los pájaros y de la tranquila dicha de su hogar.

Todo estaba como debía estar.

No sabía—no podía saber aún—que en ese mismo instante, el hombre en sus pensamientos se preparaba para regresar… con noticias que lo cambiarían todo.

CAPÍTULO 5

El camino hacia Elmshade Manor estaba más silencioso de lo que Victor recordaba. Tal vez era el peso de la mañana—o el conocimiento de lo que llevaba en la alforja colgada al hombro—pero todo se sentía inusualmente quieto. Los pájaros piaban en suaves ráfagas ocasionales, y hasta el viento entre los árboles susurraba, en lugar de correr.

Tiró de las riendas de Sterling justo antes de las puertas del jardín y desmontó con fluidez, dando una palmada en el flanco del tordo. El mozo de cuadra apareció de inmediato y tomó las riendas con un alegre:

—Buenos días, Su Gracia.

Victor asintió distraído, ya girando hacia la mansión.

Pero entonces—se detuvo.

Justo más allá del seto, en una amplia extensión de hierba blanda enmarcada por arbustos de lavanda y jazmín en flor, se hallaba una visión tan inesperada, tan completamente impropia de una dama, que Victor quedó totalmente sin palabras.

Estelle Robinson, la hija mayor de la casa, yacía dormida de espaldas, en medio de su jardín.

Sus manos descansaban suavemente sobre su abdomen, su pecho subía y bajaba en un ritmo tranquilo. La gatita—Pollo, tan absurdamente nombrada como adorada—estaba acurrucada en el hueco de su brazo, ronroneando en sueños.

Victor permaneció inmóvil, sus botas silenciosas sobre el sendero del jardín mientras contemplaba la escena.

El cabello de Estelle, ese rico castaño oscuro con hilos iluminados por el sol, se había esparcido por la hierba como una cinta de seda. Algunos rizos rebeldes se habían soltado y danzaban sobre su mejilla con cada respiración. Sus mejillas estaban sonrosadas por el sol, y sus labios llenos formaban—apenas—una sonrisa que sugería que el sueño que tenía era uno placentero.

Tragó saliva.

Había mujeres cuya belleza venía acompañada de artificio—polvos, posturas, perfección.

Y luego estaba esto—el tipo de belleza que hacía a un hombre olvidar su propio nombre.

Victor dio un paso adelante. Luego otro. Su intención era solo observar desde una distancia respetuosa, tal vez incluso retirarse antes de que ella despertara y lo acusara de merodear como un poeta romántico. Pero la gatita, siempre traicionera, tenía otros planes.

En cuanto la sombra de Victor pasó sobre ellas, Pollo se movió.

Y luego maulló. Fuerte.

Los ojos de Estelle se abrieron de golpe. Parpadeó mirando al cielo, confundida, luego se incorporó bruscamente con un jadeo agudo y—le echó los brazos al cuello a Victor.

—¿Qué pasó? —exclamó, con la voz entrecortada, sus extremidades enredadas entre sus faldas, el corbatín de él y—que Dios lo ayudara—los botones de su abrigo.

Victor, aunque totalmente desprevenido para el abrazo, la sostuvo por instinto, con las manos flotando torpemente a la altura de su cintura.

—C-creo que asusté a la gatita —dijo, intentando—sin éxito—no reírse.

Estelle parpadeó de nuevo, y la comprensión llegó de golpe. Se apartó bruscamente, con los ojos muy abiertos.

—Oh no.

Victor alzó una ceja, los labios temblando en una sonrisa contenida.

—Oh no no no —gimió ella, sentándose más erguida y quitándose briznas de hierba del corpiño—. Me viste. Dormida. En el jardín.

—Fue un sueño muy elegante —ofreció él amablemente.

—Estaba roncando, ¿verdad?

—No demasiado. Solo un encantador y suave murmullo. Como un erizo.

Ella entrecerró los ojos.

—No sueno como un erizo.

Él sonrió.

—A mí me gustan los erizos.

Estelle soltó un gemido y se cubrió el rostro con ambas manos. Pollo, ya completamente despierta, le daba manotazos al brazo, completamente indiferente a la humillación de su dueña.

Victor se agachó a su lado, cuidando mantener una distancia respetuosa, aunque no pudo evitar notar que el rubor que le subía por las mejillas era excepcionalmente bonito.

—Parecías en paz —dijo en voz baja—. Feliz.

Ella lo miró entre los dedos.

—Soñaba que comía pastel. En París. Sin corsé.

—Una fantasía peligrosa.

—Y deliciosa.

Ambos rieron, y la incomodidad entre ellos pareció desvanecerse en la brisa, como pétalos de las cercanas enredaderas de jazmín.

Estelle se incorporó, soltándose el cabello antes de comenzar la ingrata tarea de alisar sus faldas.

—Bueno, ahora que me has visto en mi peor momento...

—Pensé que dijiste que ese era el erizo roncando.

Ella le lanzó una mirada.
—… bien podrías decirme a qué has venido. ¿Más animales callejeros que rescatar? ¿O acaso mi madre ha solicitado un informe sobre nuestros modales en el desayuno?

Victor se puso un poco más serio.
—En realidad, he venido a hablar con su madre. Sobre… los documentos que me pidió revisar.

La sonrisa de Estelle se desvaneció un poco.
—Ah. Claro.

Se levantó y se sacudió la falda con eficiencia ensayada, luego se agachó para recoger a Pollo, que protestó con un chillido antes de acomodarse de nuevo en el hueco de su brazo.

Victor también se irguió, ajustándose el abrigo.

Estelle inclinó la cabeza hacia la casa.
—Bueno, supongo que debo acompañarte. Aunque sea solo para evitar que madre te insista en quedarte a cenar otra vez y te interrogue sobre tu talla de zapato.

Él soltó una risa.
—Hubiera pensado que ya la habría adivinado.

—Lo ha hecho. Pero le gusta confirmar su inteligencia con pruebas repetidas.

Caminaron lado a lado hacia la mansión, con el sol de la mañana siguiéndolos como una segunda sombra.

Victor se esforzó mucho por no mirarla con demasiada frecuencia.
Estelle se esforzó mucho por no preguntarse si él siempre había olido ligeramente a cedro y tinta costosa.
Y Pollo, completamente ajena a la creciente tensión, ronroneaba como una pequeña reina en los brazos de su humana.

…

Cuando Victor y Estelle entraron en el vestíbulo de Elmshade Manor, fueron recibidos de inmediato por el aroma más celestial imaginable.

Azúcar tibia.
Fruta fresca.
Mantequilla. Mucha mantequilla.

Victor se detuvo a mitad de paso.
—¿Eso es…?

—Fresas —suspiró Estelle, soñadora—. Y pastel. Lo cual solo puede significar una cosa.

Antes de que Victor pudiera preguntar más, una voz se oyó desde algún lugar cerca de la cocina:

—No se queden ahí olfateando el aire como sabuesos gigantes. Si van a rondar, al menos sean útiles y traigan más huevos.

Isadora apareció en el arco entre el comedor y el pasillo de servicio, con las mangas arremangadas, el delantal cubierto de harina y una mancha de mermelada de fresa cerca de la sien. Su cabello castaño claro se había soltado casi por completo, sostenido apenas por dos horquillas que hacían poco por cumplir su función.

Parecía—no había otra palabra—satisfecha.

Estelle parpadeó.
—Pensé que dijiste que solo ibas a hornear un pastel.

—Así era —respondió Isadora, lanzando su paño de cocina sobre el hombro con gran ceremonia—. Pero las fresas del jardín empezaron a coquetear conmigo. ¿Qué se suponía que debía hacer, ignorarlas?

Victor alzó una ceja.
—¿Coqueteas con tu fruta?

—Solo cuando ellas coquetean primero —respondió Isadora dulcemente. Luego sus ojos verdes se entrecerraron ligeramente

mientras miraba de Estelle a Victor—. Ustedes dos parecen sospechosamente… despeinados.

Estelle se enderezó y trató de acomodar un rizo rebelde detrás de la oreja.
—Estábamos afuera.

—Eso puedo verlo. Tienes hierba en el dobladillo, tu gata sigue aferrada a ti como un accesorio, y Su Gracia parece absolutamente desaliñado.

Victor, que acababa de sacudirse las botas y ajustarse el corbatín, dijo con calma:
—Para que conste, yo no me quedé dormido en un cantero de flores.

Estelle gimió.
—Se suponía que no debías contarle eso.

Isadora sonrió de oreja a oreja.
—Oh, por favor, continúa. ¿Hubo babeo?

—No hubo babeo —murmuró Estelle, con las mejillas sonrojadas—. Solo un ligero ronquido… digno de una dama.

Victor la miró de reojo.
—Más bien un ronroneo de jardín, en realidad.

Isadora casi dejó caer la cuchara de la risa.
—Son ridículos. Y francamente adorables. Si no los adorara a los dos por separado, me vería obligada a emparejarlos como una heroína gótica atrapada en una novela romántica.

Estelle puso los ojos en blanco con tal fuerza que casi desaparecieron en su cráneo.
—Has estado leyendo ese espantoso folletín italiano otra vez, ¿verdad?

—Te informo que tiene capas —respondió Isadora con altivez —. Misterio. Escándalo. Duques atormentados. Posiblemente un fantasma.

—Dos de esas cosas están de pie en el pasillo —dijo Estelle, señalando con la cabeza a Victor—. Te dejo decidir cuáles.

Victor carraspeó, claramente divertido.
—Tan tentador como es debatir sobre mi naturaleza fantasmal, en realidad esperaba hablar con su madre.

En ese momento, como si hubiese sido invocada por la simple mención de su nombre, Lady Jane Robinson apareció en lo alto de la escalera, tan elegante como siempre, con las manos entrelazadas al frente y una leve sonrisa en los labios.

—Victor —dijo, descendiendo con tranquila gracia—. Has vuelto. Isadora, deja de aterrorizar a nuestro invitado.

—Solo lo estoy preparando para el resto de la familia — respondió Isadora, haciendo una reverencia dramática antes de desaparecer rumbo a la cocina—. Y ahora, si me disculpan, las fresas exigen mi atención. Son criaturas muy volubles.

Lady Jane llegó al pie de la escalera y le tendió la mano a Victor.
—Espero que su paseo haya sido agradable.

—Lo fue —dijo Victor con una leve reverencia, tomando brevemente su mano—. Y sus jardines están tan encantadores como siempre.

—Ah, sí —dijo ella con una mirada significativa hacia Estelle—, nuestros jardines tienden a atrapar a los transeúntes.

Estelle tosió suavemente y observó un jarrón cercano como si fuera el objeto más fascinante de todo Derbyshire.

La expresión de Victor se volvió un poco más seria.
—Lady Jane, si le es posible, le agradecería unos minutos en privado. Hay algo que me gustaría discutir con usted. En relación con los documentos.

La sonrisa de Jane vaciló apenas, y el atisbo de preocupación que nunca abandonaba del todo sus ojos se hizo más evidente.

—Por supuesto —dijo con suavidad—. Mi estudio está justo al final del pasillo.

Miró a su hija.
—Estelle, ¿serías tan amable de asegurarte de que Isadora no intente sobornar a las fresas con poesía?

Estelle sonrió de lado.
—No prometo nada.

Victor asintió en señal de agradecimiento y siguió a Lady Jane por el pasillo, con el suave taconeo de sus zapatos sobre el suelo pulido como único sonido.

Estelle se quedó un momento en el vestíbulo, con una mano apoyada en la pared, observando cómo él desaparecía.

Luego miró hacia abajo, a Pollo, que la miraba parpadeando con la profunda sabiduría que solo parecen poseer los gatitos y las abuelas.

—¿Crees que son malas noticias? —susurró.

Pollo maulló.

Estelle frunció el ceño.
—Yo también.

…

El estudio de Elmshade Manor era más pequeño que el de Ashbourne Hall, pero de algún modo más cálido. Olía suavemente a libros antiguos, cera de abeja y jazmín flotando desde la ventana abierta. Una brisa delicada agitaba las cortinas mientras Lady Jane le indicaba a Victor que tomara asiento frente a su escritorio.

La luz del sol se filtraba entre los árboles, iluminando el pisapapeles de cristal junto a su codo. Durante un largo momento, la habitación guardó un silencio que se sentía casi sagrado.

Lady Jane entrelazó las manos.
—Dijiste que querías hablar conmigo en privado.

Victor asintió y tomó la cartera de cuero junto a su silla. Sacó el fajo de documentos que ella le había entregado días antes, ahora organizado y anotado con su letra precisa y firme.

—Sí —dijo con suavidad—. Y debo comenzar diciendo que lo que voy a contarle es difícil. Pero quiero que lo escuche de alguien que verdaderamente desea ayudar.

El ceño de Jane se frunció apenas. Se enderezó en su asiento.
—Continúa.

Victor respiró hondo.

—Lady Jane… después de revisar los libros de cuentas, contratos y registros del préstamo, he llegado a la conclusión de que su difunto esposo—Jonathan—fue engañado por un hombre llamado Cecil Gray. Invirtió una gran suma de dinero prestado en uno de los negocios de Gray. Un fraude. El hombre desapareció, y los fondos se fueron con él.

Jane lo miró fijamente, su rostro palideciendo.

—Pero… Jonathan no dijo nada. Él nunca… era cuidadoso. No imprudente.

—Creo que realmente pensó que podría recuperar el dinero —dijo Victor con suavidad—. Que podría solucionarlo antes de que alguien lo supiera. Tal vez estuvo cerca. Pero el tiempo se acabó. Y ahora, la deuda permanece.

Ella cerró los ojos brevemente, como si necesitara estabilizarse.
—¿Cuánto?

Victor dudó.
—Lo suficiente como para que, si no se paga por completo antes de que termine el trimestre, Elmshade Manor será embargada.

Hubo un silencio cortante.
El único sonido era la brisa susurrando entre las cortinas.

Jane abrió los ojos lentamente y, cuando habló, su voz fue más suave.
—Así que eso era lo que ocultaba. Estaba intentando protegernos.

—Sí —respondió Victor, con un tono igualmente bajo—. Pero ahora esa protección recae en otra persona.

Jane tragó saliva y desvió la mirada, con los ojos brillando.
—¿Y no hay forma de resolverlo discretamente? ¿Ningún resquicio legal? ¿Ningún apunte mágico en los libros de cuentas que lo borre?

Victor negó con la cabeza.
—Si lo hubiera, lo usaría. Pero la única forma de preservar la dignidad de la familia, conservar la propiedad y evitar un escándalo público, es que un pariente varón—o alguien vinculado legalmente—absorba la deuda mediante matrimonio o herencia. Y dado que no hay un heredero Robinson…

Dejó que las palabras se desvanecieran, permitiéndole a ella completar lo que faltaba.

Los ojos de Jane se encontraron lentamente con los suyos.
—Has pensado en algo.

—Sí —dijo Victor en voz baja—. Y quiero que sepa que no es una decisión que haya tomado a la ligera. Mi madre y yo lo hemos hablado extensamente. Ambos coincidimos en que este es el camino correcto.

Se inclinó hacia adelante y le tomó la mano con suavidad.
—Lady Jane… me gustaría casarme con Estelle.

Sus ojos se abrieron con sorpresa.
—¿Quieres…?

—Asumiría la deuda, absorbería toda la responsabilidad legal y financiera como su esposo, y me encargaría de que Elmshade siguiera siendo su hogar. Nunca más tendrían que temer la llegada de acreedores ni la pérdida de su reputación. Me ocuparé de todo.

Jane parpadeó rápidamente, con los labios entreabiertos por la incredulidad.
—Victor… eso es…

Él continuó:
—Debe entender que no lo ofrezco por lástima. Lo ofrezco porque admiro a Estelle. Es inteligente, compasiva, irritantemente aguda y completamente distinta a cualquier persona que haya conocido. Estaría orgulloso de llamarla mi esposa. Y me aseguraré de que no

le falte nada. Tiene mi palabra: la trataré bien. Puede confiarme su cuidado.

La mano de Lady Jane temblaba entre las suyas.

Durante un largo momento, miró sus manos unidas, con el ceño fruncido y los labios apretados en reflexión.

Luego asintió lentamente.
—No hay otra salida, ¿verdad?

Victor negó con la cabeza.

Jane lo miró—lo miró de verdad—con los ojos brillando con algo parecido al asombro.
—Eres un buen hombre, Victor Blackthorne.

Él sonrió levemente.
—No siempre. Pero por ella… haría todo lo posible por serlo.

Lady Jane exhaló suavemente.
—Ni siquiera sabes si aceptará.

—Sospecho —dijo Victor, poniéndose de pie— que no aceptará nada que haya sido arreglado sin su consentimiento. Por eso le pido que hable con ella primero. No como su madre, sino como alguien que entiende cuán delicada es esta situación. Ella merece saber la verdad. Y tener la opción de elegir.

Lady Jane se levantó también, aún claramente aturdida, pero manteniendo la compostura.
—Hablaré con ella —dijo—. Hoy mismo. Y me aseguraré de que esto se lleve a cabo. Puedes contar conmigo.

Victor inclinó la cabeza.
—Gracias, Lady Jane.

Ella le estrechó la mano.
—Gracias a ti, Victor. Por salvarnos. Por salvarla a ella.

…

Minutos después, Victor salió de la mansión y montó a Sterling, con el sol más alto en el cielo, proyectando largos rayos de

luz sobre el camino.

No apresuró el regreso a casa.

En cambio, dejó que Sterling avanzara al trote suave por los bosques y colinas, con la brisa cálida acariciándole las mejillas y los árboles susurrando por encima.

Y sonrió para sí mismo.

Porque ahora que todo estaba en marcha—ahora que sus intenciones estaban declaradas y el camino por delante era claro—podía admitir la verdad, aunque solo fuera para sí mismo:

Había sabido que se casaría con Estelle Robinson desde el primer momento en que la vio.

Incluso si no hubiera habido deuda, ni mansión, ni una necesidad desesperada de solución… aún así habría pedido su mano.

Porque ella ya se había llevado su corazón.

Y este arreglo, este supuesto trato…
Era, en verdad, el mayor golpe de fortuna que había conocido.

Victor sonrió con amplitud y dio una leve señal a Sterling para avanzar.

Que comience el cortejo.

CAPÍTULO 6

El salón de Elmshade Manor brillaba con una luz suave y titilante, los últimos rayos del sol vespertino se colaban por las cortinas vaporosas mientras las velas proyectaban halos dorados sobre el papel tapiz. El aire estaba impregnado con el leve dulzor del jazmín que entraba por la ventana abierta y el calor reconfortante del té enfriándose en tazas de porcelana.

Lady Jane Robinson estaba sentada en su sillón favorito cerca del hogar, con la postura erguida pero los dedos firmemente aferrados al asa de su taza de té. Lucía como la perfecta matriarca: elegante, serena y compuesta. Pero sus ojos la delataban.

Seguían desviándose hacia Estelle, que estaba sentada en el sofá frente a ella, acariciando suavemente a Chicken, la gatita acurrucada en su regazo. El cabello oscuro de Estelle caía suelto sobre sus hombros, y se veía particularmente tranquila con el suave vestido de muselina azul que llevaba. Pero Jane conocía a su hija: sabía que detrás de esa expresión serena había una mente ágil y astuta que ya sospechaba algo por las miradas cuidadosas de su madre.

Isadora, acurrucada en el sillón contiguo con un cojín abrazado al pecho y los pies enfundados en medias metidos bajo ella, disfrutaba contenta de su segunda taza de té mientras tarareaba una melodía que había escuchado en el pueblo esa semana.

La habitación estaba tranquila, en paz.

Lo que hacía que lo que Lady Jane tenía que decir pesara aún más.

Dejó su taza con delicadeza en el platillo.
—Niñas —dijo, alisándose la falda del vestido—. Hay algo importante de lo que debo hablarles.

Estelle levantó la mirada de inmediato.
—¿Qué sucede?

—¿Todo está bien? —preguntó Isadora, parpadeando.

Jane vaciló.

La honestidad siempre había sido su norma. La verdad había sido la piedra angular de su hogar: dicha con suavidad, transmitida con cariño, pero nunca evitada.

Así que juntó las manos en su regazo, respiró hondo y dijo:
—Victor vino hoy a hablar conmigo en privado. Había terminado de revisar los documentos que le entregué.

Ambas hijas se quedaron inmóviles.

Estelle ladeó la cabeza.
—¿Y?

La voz de Jane se suavizó.
—Su padre… no dejó todo tan seguro como yo creía. En realidad, fue todo lo contrario.

Hubo silencio.

Entonces Isadora parpadeó.
—¿Qué quieres decir?

Lady Jane las miró a ambas.
—Jonathan hizo una inversión terrible—una estafa en la que confió de buena fe. Pidió una gran suma prestada a un prestamista de Londres y puso a Elmshade como garantía. El hombre en quien confió huyó con los fondos. Y ahora… el prestamista exige el reembolso. Una suma que no tenemos.

La taza de té de Isadora resbaló de sus manos y cayó suavemente sobre el cojín en su regazo. Parpadeó una vez más—y luego soltó un sollozo apagado.

—No… —susurró—. No, no la mansión. No nuestro hogar.

Estelle permaneció en silencio, con los labios entreabiertos, los ojos fijos en su madre.

Jane continuó, con dulzura pero con firmeza:
—Si no podemos pagar la deuda, Elmshade será embargada. Lo perderemos todo.

—¿A dónde iremos? —sollozó Isadora, con lágrimas cayendo libremente por su rostro—. ¡Esta es la casa de papá! ¡Nuestra casa! ¡Él plantó cada flor de ese jardín, y yo conozco cada rincón del huerto con los ojos vendados! Nosotros… Mamá, no podemos…

Jane se acercó a su hija menor y la abrazó mientras ella lloraba.
—Shhh, cariño. Tranquila. Escúchame. Aún hay más.

Estelle aún no se había movido. Seguía mirando hacia su regazo, con los dedos acariciando distraídamente el pelaje de la gatita.
—Dijiste que Victor vino con noticias.

Jane se volvió hacia ella.
—Sí. Vino con una solución.

La mirada de Estelle se alzó bruscamente.

—Él ha ofrecido —dijo Jane con cuidado— hacerse cargo de la deuda. La pagaría por completo, saldaría cada cuenta y se aseguraría de que Elmshade siguiera siendo nuestro.

Estelle parpadeó.
—¿Por qué haría eso?

Jane la interrumpió suavemente.
—Lo haría… como tu esposo.

El silencio fue inmediato.

Incluso Isadora dejó de llorar y levantó la mirada.

Estelle parpadeó.
—¿Él… qué?

—Ha propuesto casarse contigo —dijo Jane, con voz suave pero firme—. No por lástima. Fue muy claro en eso. Te admira, Estelle. Te respeta. Cree que es la mejor manera de proteger a nuestra familia… y desea ser tu esposo.

La mandíbula de Estelle se tensó.
—¿Porque lo desea?

La expresión de Jane vaciló.
—Porque quiere ayudarnos.

Estelle apartó a Chicken y se puso de pie lentamente.
—Eso no es lo mismo.

Isadora sollozó.
—Estelle…

Pero Estelle no escuchaba. Se alejó del sofá con los brazos cruzados firmemente sobre el pecho.
—¿Y eso es todo? ¿Voy a ser intercambiada para salvar la mansión?

Jane también se levantó.
—Nadie te está intercambiando…

—Oh, vamos, madre, llamémoslo por su nombre. La única razón por la que quiere casarse conmigo es porque se siente obligado. Es un duque. Los entrenan desde la cuna para montar caballos, organizar bailes y rescatar familias caídas en desgracia.

La voz de Jane se quebró.
—Eso no es justo.

Estelle se dio la vuelta, con los ojos brillantes.
—No seré la esposa de nadie por lástima. Tengo amor propio. Tengo dignidad. No puedo—no voy a—entrar en un matrimonio en el que yo sea el favor que se concede.

La voz de Jane se rompió entonces.
—Si no lo haces, Estelle, estaremos arruinadas. Tu hermana. Yo. Nos

quedaremos sin nada. ¿Lo entiendes? Nada.

La habitación volvió a quedar en silencio.

Estelle permaneció inmóvil, el pecho subiendo y bajando en respiraciones cortas.

Jane se acercó, su voz suavizándose de nuevo.
—Victor es amable. Y está dispuesto. Nos está ofreciendo un futuro. Sé que no es el cuento de hadas que soñabas, pero esto ya no se trata de sueños. Se trata de sobrevivir.

La voz de Isadora, pequeña y llena de lágrimas, se sumó.
—No podemos perder la casa de papá.

Los ojos de Estelle pasaron de su madre, a su hermana, y luego a la puerta que daba al jardín, ahora oscurecido por el anochecer.

Y lentamente, sus hombros cedieron.

Se volvió hacia ellas, con la voz apenas más alta que un susurro.
—No llores, mamá.

Los ojos de Jane se llenaron de lágrimas.

—Lo entiendo —dijo Estelle—. Haré lo que sea necesario.

Jane dio un paso al frente y envolvió a su hija entre sus brazos.
—Mi querida niña…

Estelle no dijo nada.

Simplemente se quedó quieta, sostenida con fuerza por su madre, mientras los últimos rayos del día daban paso al crepúsculo.

…

Más tarde, Estelle subió sola las escaleras hasta su habitación. Su vestido crujía suavemente con cada paso, y sus manos temblaban ligeramente a los costados.

Entró en su cuarto, cerró la puerta y se apoyó contra ella.

Todo estaba en silencio.

Caminó lentamente hacia la ventana, la abrió de par en par y dejó que la brisa perfumada de jazmín le acariciara el rostro. No lloró. No habló.

Simplemente miró hacia los jardines —sus jardines— y susurró a la noche:

—Así que esto es el deber.

Y luego, aún en silencio, Estelle bajó las sábanas, se deslizó bajo ellas y se acurrucó sobre sí misma—su única compañía era la gatita, enroscada a su lado.
El jazmín fuera de su ventana estaba en plena floración.
Su fragancia flotaba perezosamente dentro del dormitorio, delicada y dulce, envolviéndola como un chal invisible. La luna colgaba baja sobre el jardín, proyectando un resplandor plateado sobre los setos y senderos que su padre solía recorrer con las manos cruzadas a la espalda y una pipa entre los labios.

Todo estaba en calma.
Todo, excepto su mente.

Yacía de lado bajo la colcha, los ojos bien abiertos, su cabello extendido sobre la almohada en suaves ondas oscuras. La vela sobre su mesita de noche se había consumido hacía tiempo, dejando la habitación en penumbra, pero el sueño no había llegado.

Miró el techo.
Miró la silueta del armario.
Se dio la vuelta y fulminó con la mirada las cortinas, como si fueran culpables de que su vida hubiera cambiado con una sola conversación.

Iba a casarse con el duque de Ashbourne.

Victor Blackthorne. Un hombre con un nombre tan serio como su porte, cuyos ojos eran increíblemente azules y cuya voz—Dios la ayudara—podía derretir la voluntad incluso de la debutante más firme.

Y él iba a ser suyo.

Excepto, por supuesto, que en realidad no quería serlo.

Estelle suspiró y volvió a girarse, esta vez de espaldas, con las manos cruzadas sobre el estómago mientras Chicken, siempre fiel, se acurrucaba a su lado, ronroneando suavemente en sueños.

El pensamiento se le posó en el pecho como una piedra: *Él no te quiere.*

No de verdad.

No como un hombre desea a una esposa porque le acelera el corazón. O porque no puede pasar ni un instante sin oír su risa. O porque la sola idea de que se case con otro lo volvería loco.

No. El duque había ofrecido su mano porque su familia estaba arruinada.

Porque su madre—tan cercana a la suya—probablemente lo había empujado con la dosis justa de deber social y culpa educada. Porque era honorable. Noble. El tipo de hombre que podía permitirse salvar a alguien sin vacilar.

No porque la amara.

Y no porque ella fuera hermosa.

Estelle volvió el rostro hacia la almohada, las mejillas ardientes de vergüenza.
—No soy la mujer que él habría elegido —susurró en la quietud.
—No realmente.

Él se habría casado con alguien refinada. Alguien cuya risa sonara como campanillas de viento en un salón. Alguien con francés impecable y un linaje que se remontara a Guillermo el Conquistador.

No una chica de campo con botas embarradas, comentarios sarcásticos y la costumbre de quedarse dormida bajo los árboles.
Se mordió el labio inferior, intentando no llorar.

¿La resentiría? ¿Acabaría viéndola como una obligación? ¿La miraría en su vestido de novia y pensaría: *Esto no es lo que imaginé*

para mí?

Él era un hombre del mundo. Probablemente había viajado, cenado en salones extranjeros elegantes, bailado con duquesas, coqueteado con ese tipo de mujeres que hacían que la gente se girara y susurrara: *¿Quién es ella?*

Estelle suspiró profundamente.
Nunca podría ser esa mujer.
Solo podía ser Estelle.

Y Estelle Robinson estaba siendo entregada a un hombre—como un cheque para saldar una deuda.

Su orgullo, su terco corazón, odiaban incluso la idea.

No quería un hombre que la compadeciera. No quería despertarse cada mañana junto a alguien que no la hubiera elegido libremente, que le sonriera con amabilidad pero con distancia, que le besara la mano por deber pero nunca la tocara como si no pudiera dejarla ir.

Ella quería más.
Siempre había querido más.
Y ahora tendría que aprender a vivir con menos.

Lo peor era—él era amable. Era encantador. Era todo lo que una mujer podría desear.

Y eso solo hacía que el dolor fuera más profundo.

Porque si fuera un bruto, podría despreciarlo. Si fuera frío, podría endurecerse contra la idea del matrimonio.

Pero no—él le había sonreído.
La había ayudado a atrapar a una gatita.
La había hecho reír.

Y nunca sabría si algo de eso había significado algo para él.

Estelle subió las sábanas hasta el pecho y cerró los ojos, aunque el sueño seguía sin venir.
Respiró el jazmín e intentó imaginar que estaba en otro lugar—

en cualquier lugar que no fuera esa casa que amaba y que estaba a punto de convertirse en su prisión.

Y en algún punto, entre el duelo y la amargura, entre el cansancio y el dolor de rendirse—

Se quedó dormida.

La gatita se acurrucó aún más cerca de su costado.
Y la luna subió más alto, ajena a la pena de una muchacha que nunca quiso ser la esposa de nadie por caridad.

CAPÍTULO 7

La niebla matutina se arremolinaba baja sobre los prados mientras Estelle Robinson guiaba a su yegua, Claribel, por el sendero cubierto de rocío que bordeaba el extremo oriental de la finca Elmshade Manor. El sol apenas comenzaba a salir, pintando el cielo con suaves pinceladas de coral y lavanda, mientras el aire aún llevaba el leve mordisco del frío primaveral.

Estelle se ajustó la capa más cerca del cuerpo mientras Claribel trotaba suavemente por el camino, sus cascos amortiguados por la tierra húmeda. La yegua, una tordilla con afición por las moras y aversión a los charcos, avanzaba con un ritmo tranquilo y constante—reconfortante en un mundo que de pronto parecía haberse desmoronado bajo los pies de Estelle.

Siempre había venido aquí para pensar. Para respirar. Para recordar.

Y esa mañana, lo necesitaba más que nunca.

En el momento en que su madre la abrazó con fuerza la noche anterior—murmurando agradecimientos entre lágrimas y llamándola valiente—Estelle supo: no había marcha atrás.

Se casaría con Victor Blackthorne, el duque de Ashbourne.

No porque lo amara.
No porque él la amara.
Sino porque era la única manera de salvar a las personas que más amaba.

Sus dedos se aferraron con más fuerza a las riendas mientras miraba las copas de los árboles, la luz del sol comenzando apenas a brillar sobre las hojas húmedas.

Se sentía… imposible.

Iba a convertirse en duquesa. Un título que sonaba más como un disfraz que como una realidad. Uno que llevaría como un vestido demasiado fino para su piel.

Exhaló un suspiro lento y pesado.
"No es justo para él."

Claribel movió una oreja pero no respondió—solo soltó un suave resoplido de aliento cálido en el aire frío.

Estelle continuó en voz baja:
"Él no pidió esto. No me cortejó, no me eligió desde el otro lado de un salón de baile, no se enamoró del sonido de mi risa ni de la forma en que siempre termino con mermelada en la barbilla cada mañana."

Sus labios se curvaron a pesar de sí misma.

"Pero no. Se va a casar conmigo por deber. Seguramente por sugerencia de su elegante, serena y terriblemente capaz madre."

Se imaginó a Lady Arabella, sentada en un diván de terciopelo, diciéndole a su hijo sin rodeos que ya era hora de usar su título para algo noble.

Estelle suspiró.

Y Victor—él lo haría. Porque era un buen hombre. Un hombre decente. Un hombre con apenas la suavidad suficiente en su sonrisa como para hacer que su corazón se retorciera de maneras que prefería no examinar demasiado de cerca.

Pero ella no era su elección.

No realmente.

Era una solución.

Y ella sabía—sabía—lo que eso significaba.

Después de que se casaran, él sería amable. Cortés. Quizás incluso generoso en sus muestras de afecto. Pero no la amaría. No de la forma en que una mujer sueña con ser amada.

Y quizás, algún día, habría otra.

Una amante.
O dos.
Alguien más hermosa. Alguien con un francés deslumbrante, que llevara perlas con naturalidad y que nunca se quedara dormida en los jardines con gatitos enredados en el cabello.

Alguien que supiera cómo ser una duquesa.

Estelle parpadeó contra el escozor en sus ojos.
"Le daré espacio," murmuró. "Todo el espacio que necesite."

No exigiría su tiempo.
No buscaría su afecto.
No le pediría que fingiera que esto era algo más que un arreglo.

Si él quería compañía en otro lugar… bueno, tendría que aceptarlo, ¿no es así?

Estaba salvando a su familia. Solo eso ya le daba derecho a su libertad.

Pero aun así… dolía.

Estelle giró suavemente a Claribel por el sendero que bordeaba el campo abierto. Sobre sus cabezas, una bandada de aves estalló desde los árboles en un torbellino de movimiento, sus alas atrapando la luz del sol como cintas plateadas.

Estelle siguió su trayectoria con la mirada, el corazón apretándose ante la imagen.

Qué libres eran.
Qué ligeras.

Sonrió levemente, aunque la sonrisa no le alcanzó los ojos.
"Supongo que no todas podemos elegir."

Su voz se perdió casi por completo en la brisa, y Claribel sacudió la melena como si estuviera de acuerdo con el pensamiento.

Más adelante, la mansión apareció a la vista, su fachada de piedra calentándose bajo la luz temprana de la mañana. De la chimenea se alzaban suaves espirales de humo—sin duda Isadora ya estaba en la cocina, intentando sacar más mermelada de la despensa y experimentando con algo lo bastante dulce como para causar un escándalo.

Estelle enderezó un poco la espalda en la silla.

Era hora.
Hora de regresar.
Hora de asentir y sonreír y ser valiente y repetirse—una y otra vez—que el deber era suficiente.

Que el amor era un lujo que algunas mujeres simplemente no podían permitirse.

Cuando llegó a las rejas, le dio una última palmadita a Claribel.
"Vamos, chica. Es hora de comportarnos con dignidad."
La yegua resopló, y Estelle volvió a sonreír.
Pero esta vez, dolió.

Y con el peso de la decisión sobre los hombros y el sabor de la rendición aún amargo en la lengua, Estelle cabalgó lentamente hacia los establos… y hacia la mañana que la esperaba dentro.

…

El desayuno en Ashbourne Hall era, por tradición, un asunto tranquilo.
El sol de la mañana se filtraba por las altas ventanas del comedor, brillando sobre la plata pulida y la fina porcelana. El tintinear de los cubiertos era suave, refinado—como todo lo demás bajo el mando de Lady Arabella.

La mesa estaba dispuesta con una presentación impecable: bollos aún tibios del horno, mermelada de frambuesa en un cuenco de cristal, huevos escalfados en delicadas copas de plata y una jarra

de jugo de naranja recién exprimido que, de algún modo, había viajado desde España hasta Derbyshire.

Victor, sin embargo, solo había dado dos mordiscos a su tostada.
Su madre lo notó.
Por supuesto que sí. Lady Arabella lo notaba todo.

Untó su bollo con mantequilla con una precisión elegante y habló sin alzar la vista.
"Estás inquieto."

"No lo estoy."

"Sí lo estás. Has revolvido el té siete veces y no lo has probado."

Victor bajó la mirada a la taza aún llena.
"…Cierto."

Arabella al fin levantó la vista, sus ojos azules agudos y divertidos.
"Entonces. Hablaste con Jane."

Victor carraspeó.
"Lo hice."

"¿Y?"

"Le dije que me casaría con Estelle."

Arabella alzó una ceja.
"No que deberíamos hablar sobre un posible compromiso. No que tal vez este arreglo sea razonable. Le dijiste—de forma definitiva—que te casarías con Estelle."

Victor asintió una vez.
"Sí."

Arabella dejó el cuchillo para untar y se recostó en su silla, estudiando a su hijo como si fuera una pintura de paisaje que recién empezaba a apreciar en toda su profundidad.
"Vaya," dijo suavemente. "Eso fue rápido."

Victor frunció el ceño.
"¿Preferirías que me hubiera tomado un mes para deliberar? ¿Quizás pesar sus virtudes en una balanza?"

Los labios de Arabella se curvaron.
"No, no. Solo estoy impresionada por tu determinación."
Inclinó la cabeza.
"Y más que un poco curiosa."

Victor extendió la mano hacia su té, luego cambió de idea. Otra vez.

—Ella es… diferente —dijo al fin—. No se parece en nada a las mujeres que he conocido en la ciudad. Dice lo que piensa. Es inteligente. Exasperantemente inteligente, a veces. Y hace que todo se sienta…
—Se quedó en silencio, luego añadió en voz baja—: Vivo.

La sonrisa de Arabella se profundizó.
—Ah.

Victor alzó la vista.
—¿Ah?

—Estás embobado.

—No estoy emboba… —Se detuvo, frunciendo el ceño—. Esa no es una palabra real.

—Por supuesto que lo es —dijo Arabella con serenidad—. Y aplica perfectamente. Estás sonrojado.

Victor abrió la boca para discutir, luego la cerró.
No estaba equivocada.

Arabella se inclinó hacia adelante, apoyando delicadamente la barbilla en una mano.
—Querido, te gusta desde el momento en que la viste dormida en el jardín, acurrucada con ese gatito ridículo.

Victor soltó un suave gemido.
—¿Tan obvio?

—Dolorosamente. —Pausó, y luego añadió con calidez—: Y no podría estar más complacida.

Él la miró, sorprendido.

—Siempre quise que te casaras por las razones correctas, Victor —dijo, ahora con un tono más suave—. Amor, admiración, compañerismo, no solo por deber. Y aunque este arreglo haya comenzado como una solución a un problema… puedo ver en tu rostro que, para ti, es algo más.

Victor desvió la mirada, pero no antes de que su madre captara la expresión suave que cruzó por su rostro.

Arabella se puso de pie y fue hasta un gabinete cercano, donde abrió un pequeño estuche de terciopelo con una antigua llave de latón.

—Creo que ha llegado el momento —dijo, volviéndose con una sonrisa.

Regresó a la mesa y abrió la caja entre ellos, revelando un anillo tan hermoso que parecía sacado de un cuento de hadas. La banda era de delicado oro, pero la pieza central era una esmeralda profunda, engarzada en un diseño atemporal y flanqueada por dos pequeños diamantes a cada lado.

—Perteneció a tu bisabuela —dijo, levantándolo con cuidado—. Se ha pasado entre las mujeres de nuestra familia durante tres generaciones. Y ahora, es para la mujer que formará parte de la tuya.

Victor lo contempló durante un largo momento, sintiendo un nudo en el pecho.

—Gracias —dijo en voz baja—. Es perfecto.

—Le encantará —respondió Arabella, colocando la caja en sus manos.

Victor se puso de pie y guardó el anillo cuidadosamente en el bolsillo del pecho, luego se dirigió hacia la puerta.

—Ah… ¿y podrías pedirle a la señora Howard que prepare un ramo? Del jardín sur, creo. Las peonías ya deberían estar floreciendo.

La sonrisa de Arabella se volvió pícara.
—¿Flores y un anillo? Te estás convirtiendo en todo un romántico.

Victor se detuvo en el umbral.
—Soy un duque. Al menos debo parecerlo.

Ella rió, y él hizo una pausa, su voz ahora más suave.
—Gracias, madre. Por confiar en mí. Por confiar en ella.

Los ojos de Arabella se suavizaron.
—Ve con ella, querido. Y no te sorprendas cuando te haga ganártelo.

—No lo querría de otra forma.

Cuando Victor salió a la cálida luz de la mañana, su abrigo ondeó con la brisa y el aroma de rosas y aire primaveral llenó sus pulmones. La señora Howard, siempre eficiente, ya estaba preparando el ramo: peonías blancas, rosas de jardín en tonos rubor, y delfinios azul pálido, todo atado con una cinta de satén.

Victor lo aceptó con una leve inclinación de cabeza en señal de agradecimiento.

Y mientras montaba su caballo, con el ramo en una mano, el anillo de herencia en el bolsillo, y el rostro de Estelle en sus pensamientos, sonrió para sí mismo.

Hoy iba a proponerle matrimonio. De forma adecuada. Con respeto.

Y si ella se lo permitía—si lograba creer que él la quería no solo por deber, sino por algo más profundo—entonces quizás…

Quizás este matrimonio podría ser algo más que supervivencia.
Podría ser, en verdad, el comienzo de todo.

CAPÍTULO 8

Víctor había imaginado muchos escenarios posibles de cómo se desarrollaría el día.

En varios de ellos, Estelle le sonreía con esa inclinación particular de cabeza que hacía que las comisuras de sus ojos se arrugaran con diversión. En una versión, ella se sonrojaba apenas cuando él le entregaba el ramo de flores recién cortadas del jardín: peonías blancas, rosas rosadas suaves y delfinios del color del cielo. Y en sus imaginaciones más esperanzadoras, ella incluso tomaba su mano mientras él deslizaba el anillo de esmeralda en su dedo, su voz suave al susurrar "sí".

Ninguno de esos escenarios involucraba que ella estuviera atrapada en un árbol.

Pero, para empezar, el día había comenzado perfectamente. Había llegado a la Mansión Elmshade montado sobre Sterling, cuyos cascos crujían suavemente sobre la grava del camino, el ramo cuidadosamente sostenido en su mano enguantada y el anillo heredado descansando en su caja de terciopelo contra su corazón. Al desmontar, el mozo de cuadra apareció de inmediato.

—Me encargaré de él, Su Gracia —dijo el joven, tomando las riendas.

—Dale unas rodajas de manzana —instruyó Víctor, dando una palmada en el cuello de Sterling—. Ha estado de un humor inusualmente bueno hoy y merece una recompensa.

El mozo sonrió y condujo al corcel mientras Víctor se volvía hacia la mansión, enderezando su abrigo y ajustando el lazo del ramo.

Y entonces…

Un sonido.
¿Un grito?

No, no exactamente un grito. Más bien una mezcla entre una exclamación ahogada y una declaración bastante irritada de:
—¡Esto es completamente tu culpa, lo sabes!

Víctor se detuvo.

Venía del bosque.

Otro sonido le siguió: un maullido. Agudo. Claramente indignado.

Víctor entrecerró los ojos. Y luego, sin pensarlo, se desvió del camino y se internó entre los árboles, aún con el ramo en la mano.

Las ramas crujieron al agacharse bajo las ramas colgantes. El sotobosque crujía bajo sus botas. Apartó un velo de ramas de sauce y—

Se detuvo en seco.

Estelle estaba en un árbol.

Un árbol bastante alto.

Y no simplemente cerca del árbol o apoyada contra él de forma pintoresca, sino encaramada en una rama gruesa y nudosa a unos cinco metros del suelo, una zapatilla encajada de manera precaria en la corteza para mantener el equilibrio, sus faldas hechas un revoltijo de muselina y enaguas, y los brazos extendidos hacia—

—Chicken —murmuró Víctor, incrédulo.

La gatita estaba sentada muy contenta justo fuera del alcance de Estelle, con la cola moviéndose como un metrónomo mientras observaba a su dueña con indiferencia regia.

Víctor hizo lo que cualquier hombre razonable haría en tales circunstancias.

Carraspeó.

El sonido resonó como un disparo entre los árboles.

Estelle se sobresaltó violentamente y soltó un grito ahogado, agitando los brazos por un momento mientras se inclinaba ligeramente hacia un lado.
—¡No te muevas! —ladró Víctor, avanzando de inmediato, olvidando el ramo, con el corazón firmemente alojado en la garganta.

Estelle, sin aliento, logró estabilizarse y le lanzó una mirada fulminante.
—Vaya, qué sutileza la tuya.

—¡Casi te caes!

—¡Casi me matas!

Él parpadeó.
—¿Perdón?

Ella alzó una ceja desde su trono de hojas.
—¿Así que ahora que estás siendo obligado a casarte conmigo, has decidido acelerar mi desaparición?

Víctor la miró desde abajo, momentáneamente atónito. Luego cruzó los brazos.
—¿Siempre eres así de dramática, o es solo un toque especial inducido por los árboles?

—Estoy aferrada a una rama en un estado ridículo de desorden —espetó ella—. Creo que un poco de dramatismo está justificado.

Víctor exhaló, esforzándose mucho por no reír.
—Estelle —dijo con paciencia—, ¿en qué, exactamente, estabas pensando?

Ella resopló.
—Chicken persiguió una ardilla hasta aquí.

—¿Y tú la perseguiste?

—Se quedó atrapada.

—Y ahora las dos están atrapadas.

Ella desvió la mirada.
—Eso es debatible.

Víctor inclinó la cabeza y la observó con toda la gravedad que pudo reunir.
—Señorita Robinson, está claramente atrapada en un árbol.

—Estoy... posada. Temporalmente.

—Estás enredada en una rama, con la falda arremolinada en las rodillas, una gatita que te bufa, y tu dignidad colgando de un solo hilo de bordado.

Hubo un segundo de silencio.

Entonces Estelle rodó los ojos.
—Bien. Estoy atrapada. ¿Feliz?

Víctor permitió que una sonrisa lenta se formara en sus labios.
—Muchísimo.

Ella le dedicó una mirada larga y plana.
—Empiezo a arrepentirme de cada palabra que dije sobre que eras encantador.

—Y yo empezaba a pensar que te agradaba.

—Pues lo arruinaste —murmuró ella, intentando moverse de nuevo y soltando un quejido al resbalar ligeramente el pie—. Oh... oh no... ¡Víctor!

—¡Te tengo! —gritó él, corriendo hacia el árbol con los brazos medio extendidos, el pánico afilando su voz—. No te muevas. Quédate quieta. Por el amor de Dios, Estelle, ¿por qué no llamaste a alguien?

—¡No pensé que la gatita llegaría tan alto!

—¡No pensaste que tú llegarías tan alto!

—La estaba siguiendo. Fue instinto —dijo Estelle.

Víctor murmuró algo entre dientes que sonó sospechosamente como:
—Insana. Completamente loca. Un hada salvaje y temeraria del bosque.

Estelle frunció el ceño.
—¿Vas a ayudarme o vas a seguir insultándome mientras cuelgo sobre una muerte segura?

Víctor suspiró y miró hacia arriba con nueva determinación.
—Te ayudaré —dijo—. Pero tendrás que confiar en mí.

Sus ojos se entrecerraron.
—Eso suena como lo que dice un hombre justo antes de dejarte caer.

—Nunca he dejado caer a una mujer en mi vida.

—Bueno —murmuró Estelle, acercándose un poco más al tronco—, siempre hay una primera vez.

Víctor se acercó, calculando ángulos, ramas y si debía trepar por ella o intentar guiarla hacia abajo. Murmuraba para sí mismo como un hombre enfrentando un tablero de ajedrez especialmente complicado.

Mientras tanto, Chicken bostezó.

Víctor estaba a mitad de planear una estrategia de rescate de rama en rama (una que sin duda arruinaría su chaqueta y quizás su dignidad) cuando sucedió.

Un crujido.
Un suave jadeo.
Un revoloteo de faldas.

Y luego, como un saco de harina particularmente elegante, Estelle Robinson cayó del árbol.

Víctor apenas tuvo tiempo de maldecir.

Se lanzó hacia adelante justo a tiempo, los brazos extendidos, y la atrapó enredada en un torbellino de extremidades y muselina de seda, con sus ondas sueltas de cabello castaño oscuro volando

contra su rostro mientras ella aterrizaba contra su pecho con un "¡uf!" sorprendido.

Se quedaron congelados durante un latido.
Dos.
Tres.

A Víctor se le cortó la respiración—aunque no estaba seguro si por el esfuerzo o por el repentino y abrumador aroma a jazmín y algo única e inconfundiblemente Estelle.

Sus brazos estaban enredados alrededor de su cuello, su mejilla presionada contra la solapa de su abrigo, su corazón golpeando con un ritmo frenético que igualaba el de él.

Víctor bajó la mirada hacia ella.

Y entonces ella lo miró.
Ojos color avellana. Un rubor sin aliento. Labios apenas entreabiertos por el susto.
Víctor estaba bastante seguro de que nunca se recuperaría.

—Bueno —dijo ella por fin, con la voz suave y peligrosamente cerca de su boca—, eso fue dramático.

Él arqueó una ceja, luchando por mantener la compostura.
—Casi mueres.

—No es cierto. Descendí con gracia.

—A mis brazos.

Ella se encogió de hombros en su abrazo.
—Una tiene que hacer una entrada de alguna manera.

Víctor no se movió. No podía moverse. Ella era cálida y suave y perfecta, y su aroma lo envolvía como un hechizo que no deseaba romper.

Estelle carraspeó.
—¿Planeas sostenerme para siempre o…?

—Sí —dijo él antes de poder detenerse.

Ella parpadeó.
Él parpadeó.
Luego tosió y añadió:
—Quiero decir… no. A menos que tú quieras.

Sus mejillas se tiñeron de un precioso tono rosado.

Víctor, a regañadientes, la depositó en el suelo, sus manos demorándose en su cintura un instante más de lo apropiado—o de lo necesario.

Estelle alisó sus faldas y evitó su mirada.
—Bueno, ahora que has arriesgado tu vida para rescatarme, supongo que querrás una medalla.

—Estaba pensando más en un segundo beso —murmuró él, demasiado bajo para que ella lo oyera.

Ella lo miró.
—¿Qué dijiste?

—Nada —respondió con naturalidad, luego alzó la vista hacia la pequeña cómplice felina—. ¿Quieres que vaya a buscar a tu compañera de crimen?

Estelle puso las manos en las caderas.
—Honestamente, no suele ser tan traviesa.

Como si hubiera escuchado, Chicken, la pequeña bola de pelo gris y caos, los miró desde lo alto con supremo desdén y, con un movimiento de cola y un bostezo exagerado, comenzó a descender del árbol con la mayor parsimonia imaginable.

Víctor la miró fijamente.
—¿Está… bajando sola?

Estelle quedó boquiabierta.
—Yo… sí. ¡Sí, lo está haciendo!

Chicken saltó ágilmente a una rama más baja, luego a otra, y finalmente bajó al suelo con gracia, como si no acabara de arrastrar a una noble a un peligro mortal.

Estelle la recogió de inmediato.
—Oh, gatita tonta, tontita —murmuró, besándola entre las orejas—. No vuelvas a hacer eso. ¿Me oyes? Me diste un susto terrible.

Chicken maulló en una disculpa tenue y comenzó a ronronear como un arpa real.

Víctor observó la escena con el tipo de asombro silencioso que se reserva para las revelaciones divinas o los eventos celestiales.

Estelle acunaba a la gatita como si fuera algo precioso, quitándole ramitas del pelaje y apoyando la mejilla contra su diminuta cabeza. Su rostro se suavizó con tanta ternura, con tanto cariño, que a Víctor le dolió el corazón.

Era magnífica.
No solo hermosa —que lo era, de forma devastadora—, sino buena. Amable. Una mujer que arriesgaría su propia seguridad para salvar a una criatura indefensa. Que regañaba y besaba en igual medida. Que amaba sin dudar.

Víctor estaba perdido.
Tragó saliva, sin dejar de mirarla.

Estaba tan concentrada en mimar a Chicken —examinando cada patita, acomodando distraídamente su propio cabello alborotado, y murmurando palabras dulces— que no se había dado cuenta de que él seguía ahí, completamente quieto, el ramo olvidado, el corazón enteramente perdido.

—Estelle —dijo suavemente.

Ella alzó la mirada, la ceja arqueada, la gata en brazos.
—¿Sí?

Víctor inhaló.
Podía proponerle matrimonio ahora.
Justo aquí.
Con su cabello despeinado, sus faldas rasgadas, y Chicken mirándolo con sospecha desde su abrazo.

Jamás había visto algo tan absolutamente perfecto.

Pero en lugar de eso, sonrió.

—La próxima vez que decidas trepar un árbol —dijo, con la voz cálida por la diversión—, quizás podrías esperar a que yo esté abajo para atraparte primero.

Estelle rodó los ojos, pero le devolvió la sonrisa.

—Lo tendré en cuenta, Su Gracia.

Víctor se agachó para recoger el ramo del suelo cubierto de musgo, sacudiéndolo con cuidado.

Ella parpadeó.

—¿Son para mí?

—Lo eran —dijo él con sequedad—, pero empiezo a pensar que Chicken los merece más.

Estelle rió —una risa brillante y sin reservas—, y el sonido se enredó en las costillas de Víctor como un lazo de seda.

Le tendió el ramo, algo despeinado pero aún hermoso.

—Siguen siendo tuyas.

Ella los aceptó, sorprendida, sus dedos rozando los de él.

—Gracias, Víctor.

Él asintió, pero su mirada se demoró.

Pronto.

Pronto se arrodillaría.

Pero primero—que ella sonriera de nuevo. Que riera. Que supiera que él no estaba allí por lástima ni por obligación.

Estaba allí por ella.

Y mientras regresaban juntos hacia la mansión, con Chicken balanceándose con aire regio en sus brazos, Víctor supo sin la menor duda que haría lo que fuera necesario para conquistar el corazón de Estelle Robinson.

Aunque tuviera que trepar cien árboles.

CAPÍTULO 9

El momento en que Victor y Estelle cruzaron las grandes puertas dobles de la Mansión Elmshade, el cálido y familiar aroma de algo dulce —bayas y azúcar, con un toque de limón— flotó desde la dirección de la cocina.
Era celestial.

Victor apenas tuvo tiempo de identificarlo antes de que Isadora apareciera tras la esquina, con harina en la mejilla y una expresión que de inmediato le hizo sentir como si hubiese entrado en una comedia en la que no había sido invitado a actuar.

Sus ojos bajaron al estado de desaliño de su hermana. Y luego —predeciblemente— se agrandaron.

—Santo cielo —dijo Isadora, arqueando una ceja con tanta dramatización que podría haber ganado premios—. ¿Eso es… son agujas de pino en tu cabello?

Estelle soltó un suave gemido—. Isadora…

—Y tu falda —jadeó Isadora, juntando las manos—. Oh, Estelle, dime la verdad. ¿Huiste para convertirte en una ninfa del bosque? ¿Te está cortejando una ardilla? ¿Fue todo un elaborado intento de casarte con un príncipe de las hadas?

Victor se mordió el interior de la mejilla.

Estelle, sin embargo, dirigió su mirada más elegante a su hermana menor. —Me caí de un árbol.

—Ah —asintió Isadora con gravedad—. Como una hace.

—Después de rescatar a Chicken —añadió Estelle a la defensiva, alzando a la ahora muy altiva gatita en sus brazos.

—Ya veo —dijo Isadora, acercándose para quitar una rebaba de la manga de Estelle—. Bueno, espero que Chicken aprecie que su dueña estuvo a punto de ser atravesada por una rama por su culpa.

Chicken parpadeó con pereza.

Victor, observando el intercambio, ya no pudo contener su diversión. —Si sirve de algo, la atrapé antes del empalamiento.

Los ojos de Isadora brillaron. —Qué galante, Su Gracia. Debe prometer salvarla al menos tres veces más antes de la boda. Cuatro, si hay gatitos involucrados.

Estelle entrecerró los ojos. —Isadora.

—¿Qué? —se encogió de hombros Isadora, con inocencia—. No todos los días mi hermana cae del cielo en los brazos de un duque. Es terriblemente romántico.

Estelle miró a Victor con intención. —Es insoportable.

—Es encantadora —replicó él con una sonrisa.

—Me cae bien —declaró Isadora—. Tiene un gusto excelente en pasteles.

Victor parpadeó. —¿He probado tu pastel?

—Estás a punto —dijo Isadora alegremente, entrelazando su brazo con el de él y guiándolo hacia el salón—. Acabo de sacar uno del horno: mora con glaseado de miel.

—Eso suena—

—¿Delicioso? ¿Divino? ¿Digno de arriesgar una segunda caída de árbol?

—Iba a decir 'muy amable de tu parte'.

Isadora le hizo una reverencia fingida. —Mis pasteles siempre son actos de bondad.

Al entrar en el salón, el crujido de las sedas y el sutil clic de las zapatillas de tacón anunciaron la llegada de Lady Jane, serena como siempre, aunque sus ojos se entrecerraron ligeramente al posarse en su hija mayor.

—Oh, Estelle… —murmuró, llevándose una mano a la frente al ver el dobladillo rasgado y el cabello despeinado—. ¿De verdad tienes que recibir a los invitados pareciendo un desastre del bosque?

Victor abrió la boca para protestar —en realidad, le parecía encantadora—, pero Estelle alzó una mano.

—Ya lo sé, ya lo sé. Iré a cambiarme.

—Y cepíllate las hojas del cabello mientras estás en eso.

—Estoy segura de que Chicken cree que son decorativas —murmuró Estelle, dándose la vuelta con toda la dignidad que una mujer con un vestido rasgado y una gatita en brazos podía reunir.

Mientras desaparecía escaleras arriba, Victor se volvió hacia Lady Jane, quien lo saludó con su habitual elegancia.

—Su Gracia, qué placer verlo de nuevo —dijo con calidez—. ¿Le puedo ofrecer una taza de té?

—Sería un honor —respondió Victor, haciendo una leve reverencia.

—Isadora, ve a buscar la vajilla buena. Y trata de no comerte la mitad del pastel antes de servir a nuestro invitado.

—No prometo nada —gritó Isadora desde el umbral de la cocina.

Lady Jane suspiró y negó con la cabeza con afecto. —Es bastante vivaz.

Victor sonrió. —Es un encanto.

La expresión de Lady Jane se suavizó. —Las dos lo son, cada una a su manera.

Victor asintió, sus ojos desviándose brevemente hacia la escalera por donde Estelle había subido.

No podía esperar para darle el anillo.

Cuando Estelle regresó al salón, Victor sintió como si de repente se le hubiese escapado todo el aire de los pulmones.

Llevaba un sencillo vestido de seda verde, el tipo de prenda que podría parecer simple en cualquier otra mujer, pero en Estelle brillaba como si la primavera misma hubiera cobrado vida. El tono suave realzaba el calor de su piel y hacía que sus ojos color avellana brillaran con destellos dorados bajo la luz. Su cabello oscuro había sido cepillado a toda prisa, aún un poco salvaje tras su aventura en el bosque, con un solo mechón enroscado a lo largo de su mejilla.

Y todo lo que Victor pudo pensar fue: será mi esposa.

No en un año. No en un futuro lejano.

Pronto.

Y era la verdad más feliz que había conocido.

—¿Mejor? —preguntó Estelle, arqueando una ceja al reunirse con el grupo, Chicken nuevamente acurrucada en sus brazos como si jamás hubiera cometido ningún crimen contra los árboles.

—Eres perfecta —dijo Victor antes de poder detenerse.

Estelle pareció ligeramente sorprendida.

Isadora, por su parte, sonrió como una gata que acababa de encontrar un platito de crema. —Oh, adelante entonces. Cásate con ella ahora mismo y ahórranos todo el suspenso.

—Isadora —reprendió suavemente Lady Jane—. Tenemos visitas. Intenta—solo intenta—comportarte como una dama.

—Soy la esencia misma de la feminidad —declaró Isadora, cortando el pastel de moras con un entusiasmo alarmante—. Incluso usé el cuchillo para pasteles. ¿Lo ves?

—Lo lamiste primero —señaló Estelle con sequedad.

—Estaba comprobando su filo.

—Estabas probando el glaseado.

—Semántica —dijo Isadora con aire despreocupado, entregándole a Victor una rebanada generosa—. Cuidado, Su Gracia, es peligrosamente bueno. Podría sentirse obligado a proponer matrimonio solo para asegurar acceso vitalicio.

Victor aceptó el pastel con una risita. —Ya estoy proponiendo matrimonio por otras razones, pero el pastel es un excelente bono.

La mano de Estelle, que había estado acariciando el pelaje de Chicken, se detuvo apenas un instante.

Lady Jane sirvió el té con una sonrisa, como si todo fuera perfectamente normal. —Victor, ¿cómo tomas el té?

—Con leche, por favor. Y un terrón de azúcar.

—¿Ven? —dijo Isadora con fingida solemnidad—. Es respetable. Así es como se sabe.

Todos rieron, y la sala se llenó del aroma del pastel, el tintinear de las tazas y ese tipo de calidez que hizo que Victor sintiera, de repente, que ese era su lugar.

Tras unos minutos de conversación ligera—principalmente Estelle e Isadora discutiendo juguetonamente sobre quién había encontrado realmente a Chicken primero—Victor dejó su taza sobre la mesa.

Carraspeó.

Y la sala se quedó en silencio.

Estelle lo miró, sus dedos apretando ligeramente su taza de té.

—Estelle —dijo él, girándose hacia ella—. Hay algo que me gustaría preguntarte.

Hubo una breve pausa, y luego ella asintió una vez. Ya lo sabía, por supuesto. Su madre le había hablado. No había necesidad de sorpresa. Solo deber.

Victor metió la mano en su abrigo y sacó la pequeña caja de terciopelo, abriéndola para revelar el anillo de herencia familiar: una

delicada banda de oro con una gran esmeralda flanqueada por dos diamantes.

Tomó su mano con suavidad, la miró a los ojos y dijo, con total sinceridad:

—Estelle Robinson… ¿me harías el extraordinario honor de convertirte en mi esposa?

Lo decía en serio. Cada palabra.

Le habría pedido matrimonio en cualquier circunstancia—hubiera o no deudas familiares. La deseaba. La admiraba. Y ya estaba peligrosamente cerca de amarla.

Estelle sostuvo su mirada, su expresión era inescrutable.

Luego sonrió—una sonrisa suave, distante—y dijo:

—Sí, por supuesto.

Cortés.
Perfecta.
Y dolorosamente distante.

El corazón de Victor vaciló.

Deslizó el anillo en su dedo, donde lucía tan correcto que casi lo destrozó, y se inclinó un poco más.

—Estelle —susurró—, ¿de verdad estás bien con esto?

Sus labios se curvaron, pero no hubo calidez en su sonrisa.

—Estoy cumpliendo con mi deber —dijo en voz baja—. Así como tú estás cumpliendo con el tuyo. Y estoy… agradecida, Su Gracia. De verdad.

Las palabras sonaban equivocadas.
Demasiado frías.
Demasiado formales.
Como si pertenecieran a otra persona por completo.

Y antes de que él pudiera decir algo más, Estelle se levantó y le dio un beso suave en la mejilla a su madre.

—Con su permiso —murmuró—. Creo que me retiraré un rato.

—Por supuesto, querida —dijo Lady Jane en tono suave.

Victor la vio alejarse, con el corazón pesado, y la mano aún vibrando por donde había sostenido la de ella.

Hubo un largo momento de silencio.

Entonces Lady Jane suspiró y tomó su taza de té.

—Ella acabará aceptándolo —dijo con dulzura—. Estelle siempre ha sido una romántica. Solía soñar con un largo cortejo, cartas de amor, un ramo de margaritas dejado en su alféizar. Esto… todo esto… ha sucedido muy de repente.

Victor asintió lentamente.

—Lo entiendo. Nunca querría que sintiera que la obligaron.

Lady Jane extendió la mano y la posó sobre la suya.

—Victor, yo te conozco. Y conozco a mi hija. Eres bueno, paciente y estable. Estelle… solo necesita tiempo para ver lo que yo ya sé.

—¿Y qué es eso?

Lady Jane sonrió.

—Que no podría haber pedido un hombre mejor.

Victor esbozó una pequeña sonrisa.

—Gracias, Lady Jane.

Ella apretó su mano una vez más.

—Y gracias a ti. Por todo.

Cuando Victor salió de la Mansión Elmshade poco después, cabalgando bajo los suaves tonos lavanda del cielo de la tarde, se llevó consigo dos verdades:
Había propuesto matrimonio.

Ella había dicho que sí.
Y, sin embargo… nunca se había sentido tan inseguro.
Pero iba a cambiar eso.

Se lo demostraría. No con deberes ni obligaciones, sino con cada mirada, cada caricia, cada palabra susurrada en los momentos de quietud.
Le haría ver que no había sido elegida por necesidad.
Había sido elegida por amor.
Aunque ella aún no lo supiera.

…

La luz del atardecer se filtraba a través de las cortinas vaporosas de la habitación de Estelle, proyectando rayas doradas sobre el suelo de madera y el borde de su escritorio. Afuera, los pájaros seguían trinando suavemente mientras el crepúsculo se desplegaba lentamente sobre los jardines que ella tanto amaba.

Pero Estelle apenas notaba nada de eso.

Estaba sentada en el borde de su cama, con el anillo de compromiso—una esmeralda—brillando en su dedo: tan hermoso, tan regio, tan inconfundiblemente suyo. Lo giraba despacio, observando cómo la piedra atrapaba la luz, reflejándola como pequeñas estrellas sobre su palma.

Se sentía pesado.
No solo en su mano, sino en su alma.

Él le había propuesto matrimonio.
La había mirado con sinceridad, con calidez en los ojos y dulzura en la voz. Lo decía en serio, cada palabra. Incluso le había susurrado, le había preguntado suavemente si realmente estaba de acuerdo.

Y aun así, ella había respondido de la única forma que sabía.
Con distancia.
Con dignidad.
Con el corazón rompiéndose en silencio bajo la superficie.

Estelle se recostó sobre las almohadas con un suspiro, sintiendo cómo la tensión del día se hundía en sus huesos. Chicken, como si sintiera su agitación, saltó con ligereza a la cama y se acurrucó en el hueco de su brazo.

—Lo siento, pequeñita —susurró, acariciando las orejitas de la gatita—. Supongo que soy una cobarde.

Miró al techo, la mente a mil por hora.

Victor no había hecho nada para merecer esta situación. Era un duque, por el amor de Dios. Podía haberse casado con una dama de francés impecable y pedigrí intachable. Una mujer que organizaba fiestas deslumbrantes y vestía trajes importados de París. Una mujer que jamás había caído de un árbol ni se había embarrado la mejilla con mermelada de mora durante el desayuno.

Y sin embargo, se casaría con ella.

¿Y por qué?
Porque su familia tenía deudas.

Porque su difunto padre—que Dios bendiga su bondadoso pero trágicamente optimista corazón—había tomado una mala decisión y las había dejado al borde de la ruina.
Porque Lady Arabella, en su sabiduría, probablemente había empujado a su hijo hacia lo honorable. Y porque Victor, la viva encarnación del honor, había dicho que sí.

La garganta de Estelle se tensó.
—Él está haciendo esto por nosotras —murmuró—. No por amor. No por mí.

Se giró de lado, alejándose de la suave brisa que entraba por la ventana entreabierta. El aroma del jazmín que venía del jardín de abajo flotaba en el aire, reconfortante y cruel al mismo tiempo.

Se estaba enamorando de él.
Ya no podía negarlo, no después de cómo le había latido el corazón cuando él la miró, de cómo se le había cortado la respiración cuando la sostuvo entre sus brazos, sujetándola con firmeza después de caer de aquel maldito árbol.

Con él se sentía segura.
Vista.
Y era precisamente por eso que sabía que debía mantener la distancia.

Él merecía ser libre. Vivir su vida en sus propios términos, incluso si el matrimonio lo había atado a alguien como ella.

—No haré exigencias —susurró con fiereza en la quietud—. No lo atraparé más de lo que ya lo está.

No podía ofrecerle libertad en nombre, pero sí en todo lo demás.
No pediría afecto.
No esperaría fidelidad.
Miraría hacia otro lado si él tomaba una amante. O dos. O cinco.
Mantendría su corazón intacto, sin importar cuánto anhelara ser visto, ser valorado, ser amado.

Porque eso era lo que él había sacrificado para salvarlas: su oportunidad de un matrimonio por amor.
Y ella devolvería ese sacrificio en la misma medida.

Haría el papel de la duquesa amable, siempre compuesta, siempre sonriente. No lloraría si él no volvía a casa alguna noche, no haría preguntas si encontraba perfume ajeno en su cuello.

Sobreviviría.

Estelle cerró los ojos y se arropó hasta los hombros.
Tenía que hacerlo.

Porque si se permitía amarlo—de verdad, libremente, profundamente—y él no la amaba a cambio… eso la arruinaría más que cualquier escándalo, más que cualquier murmullo de la sociedad.
Eso arruinaría su corazón.

Y tenía que proteger algo.
Aunque eso significara fingir.
Aunque eso significara mantenerlo a distancia el resto de sus días.

Contuvo la respiración al oír un suave maullido a su lado. Se volvió y presionó un beso en la cabecita de Chicken.

—Estaré bien —susurró.

No sabía si estaba mintiendo.

Finalmente, el sueño llegó—un sueño inquieto y agitado, lleno de anillos de esmeralda y duques de ojos azules.
Y cuando llegó la mañana, Estelle ya había decidido qué tipo de esposa sería.
Una esposa silenciosa.
Una leal.
Una agradecida.
Pero nunca—nunca—una carga.
Y desde luego, jamás una que pidiera ser amada.

CAPÍTULO 10

El aroma de bollos tibios con miel, té Earl Grey recién preparado y rosas de finales de verano del centro de mesa recién cortado llenaba el comedor de Ashbourne Hall. La luz del sol se filtraba por los altos ventanales, haciendo brillar la fina porcelana sobre la mesa y resaltando los hilos dorados del vestido celeste de mañana de Lady Arabella Blackthorne.

Victor estaba sentado en la cabecera de la mesa, con la servilleta sobre el regazo, untando distraídamente un bollo que no tenía intención de comer.

Sus pensamientos no estaban en el bollo.
Ni en el periódico doblado cuidadosamente junto a su taza.
Ni en el petirrojo que trinaba insistentemente justo afuera de la ventana.

Sus pensamientos estaban en ella.
Estelle.

En dos semanas, sería su esposa.
El pensamiento debería haberlo puesto nervioso—la mayoría de los hombres se sentirían al menos un poco inquietos ante la idea de casarse con una mujer a la que conocían desde hacía solo unos días.

Pero Victor nunca se había sentido tan seguro de algo en su vida.

—Dijo que sí —dijo en voz baja, las palabras saliendo como un secreto que había guardado demasiado tiempo.

Lady Arabella levantó la vista de su té con una sonrisa radiante.
—¿Aceptó tu propuesta?

Victor asintió, permitiéndose una leve sonrisa.
—Lo hizo. Ayer por la tarde, en el salón, con su familia presente.

Arabella dejó su taza con un elegante tintineo.
—Oh, Victor. Es una noticia maravillosa. Tenía el presentimiento de que acabaría entrando en razón.

Él soltó una breve risa.
—Bueno… no sé si la razón tuvo algo que ver.

Ella ladeó la cabeza, arqueando una ceja con sutileza.
—¿No?

—Ella… dijo que sí, por supuesto —respondió Victor, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. Pero me temo que cree que este matrimonio es un acto de deber. O… de lástima.

La expresión de Arabella se suavizó, y sus ojos se entrecerraron ligeramente con intuición maternal.
—¿Y no le dijiste lo contrario?

—Lo intenté —dijo él, removiendo su té aunque ya estaba perfecto—. Le dije que no me habían obligado. Que esto era algo que yo quería. Pero… creo que necesita más que palabras.

Arabella le dio una palmadita en la mano.
—Entonces dale más. Demuéstraselo.

Victor alzó la vista, encontrándose con la mirada de su madre.
—Eso es lo que pienso hacer.

—Debo decir —continuó ella, sonriendo de nuevo mientras se recostaba en la silla— que no te veía tan encariñado desde que encontraste aquel perro callejero en el pueblo cuando tenías nueve años y te negaste a ir a ningún sitio sin él durante un mes.

Victor rió, un sonido cálido y profundo en la tranquila sala.
—Bueno, Estelle tiene mejores modales que el perro.

—Y unos ojos mucho más bonitos.

Victor levantó su taza de té, ocultando la pequeña sonrisa que curvaba sus labios. Aún no estaba listo para decir en voz alta toda la verdad sobre lo profundamente que se había enamorado de Estelle. Ni siquiera a su madre. Todavía no.

Pero se lo demostraría a Estelle.
Después de que estuvieran casados.
Después de que ella fuera verdaderamente suya.

—Quiero hacer las cosas bien ahora —dijo, enderezándose en su silla—. Ya que no hubo tiempo para un cortejo real antes de la propuesta. Quiero darle obsequios. Flores. Paseos por el jardín. Cosas que la hagan sentirse elegida. No obligada.

Lady Arabella sonrió, esta vez con algo más que alegría—con orgullo.
—Vas a ser un esposo maravilloso, Victor.

Él bajó la vista hacia su dedo anular, donde dentro de dos semanas un anillo de oro lo marcaría no solo como duque, sino como suyo.

—Esa es mi intención —murmuró.

Arabella volvió a tomar su cuchara, su tono más práctico ahora.
—Muy bien entonces. Haré que el anuncio se publique en el Kensington Chronicle esta misma tarde. El compromiso del Duque de Ashbourne con la señorita Estelle Robinson será la comidilla del pueblo al caer la noche.

Victor alzó una ceja.
—¿Nada demasiado ostentoso, espero?

—Oh, no —respondió Arabella con inocencia—. Solo la cantidad justa de pompa. Lo suficiente para que cada madre con una hija casadera llore en silencio sobre su té.

Victor soltó una risa, levantándose de su asiento.
—Estoy seguro de que sobrevivirán.

Arabella se estiró para tomar su plato vacío, pero Victor puso una mano sobre la de ella.

—Gracias, madre. Por todo.

Ella le sonrió con dulzura.
—Solo hazla feliz.

Victor salió al gran vestíbulo, el mármol frío bajo sus botas contrastando con el cálido revoloteo en su pecho. Se detuvo junto a la ventana, mirando hacia los jardines más allá.

El pensamiento de Estelle—su sonrisa irónica, su lengua afilada, sus rizos indomables y la forma en que sostenía a ese gatito como si estuviera hecho de polvo de estrellas—llenó su mente.

Aún podía sentirla entre sus brazos desde el día anterior. Olía a jazmín, a luz del sol y a una libertad salvaje y maravillosa.

Y en solo dos semanas, sería su esposa.

Sonrió para sí mismo, con los ojos brillando con una determinación tranquila.

Puede que aún no lo crea, pensó, pero la amaré con tanta fuerza que no le quedará otra opción más que creer que nunca fue una carga.
Siempre estuvo destinada a ser mía.

…

El sol se había elevado más alto en el cielo, extendiendo sus dedos dorados sobre los cuidados prados y los setos perfectamente recortados de Ashbourne Hall, bañando el salón en un resplandor cálido y favorecedor que Lady Arabella Blackthorne encontraba sumamente agradable. No es que necesitara halagos: había sido una belleza en su juventud, y la edad había decidido tratarla con gentileza, otorgándole una elegancia que se basaba menos en la perfección y más en la presencia.

Estaba sentada en su escritorio de escritura, con una alta pila de papel de cartas fino ante ella, cada hoja con el sello dorado en relieve de la Casa de Ashbourne. Su pluma estilográfica, con punta

de plata y perfectamente equilibrada, deslizaba sobre el papel con una determinación que le agradaba profundamente.

Con gran alegría, Lady Arabella Blackthorne anuncia el compromiso de su amado hijo, Su Gracia, Victor Blackthorne, Duque de Ashbourne, con la señorita Estelle Robinson de Elmshade Manor.

La boda se celebrará en una ceremonia privada dentro de dos semanas, seguida de una recepción modesta en Ashbourne Hall. Las familias no solicitan obsequios, solo sus buenos deseos.

— Kensington Chronicle, Anuncios Sociales, Edición del 24 de junio.

Arabella se recostó con un suspiro de satisfacción, contemplando su obra. Su caligrafía, aunque ligeramente menos fluida que en su juventud, aún conservaba un hermoso lazo y estilo, perfecta tanto para anuncios sociales como para correspondencia sentida.

Le entregó la carta a su mayordomo, Linton, que había estado esperando lealmente sus instrucciones con una bandeja en mano.

—Asegúrese de que esto se entregue al *Chronicle* de inmediato. Quiero que el anuncio aparezca en la edición de la tarde —dijo con firmeza, con los ojos aún fijos en la página como si memorizara las palabras.

Linton hizo una profunda reverencia.
—Enseguida, mi lady.

Cuando el mayordomo salió con pasos decididos, Arabella se levantó y se dirigió hacia los altos ventanales, sus dedos rozando suavemente las cortinas marfil. Desde esa vista, podía ver los jardines del este—los mismos en los que Victor había correteado tras mariposas con botas llenas de barro y una sonrisa salvaje, para su exasperación… y secreta alegría.

Y ahora—ahora—iba a casarse.
Con Estelle Robinson.

Su sonrisa se suavizó.

Oh, Estelle. Con su cabello oscuro y ondulado y esos ojos color avellana que siempre veían mucho más de lo que una joven debía ver. Arabella la había visto crecer desde una niña torpe que trepaba árboles, con rodillas raspadas y bolsillos llenos de fresas demasiado maduras, hasta convertirse en una joven mujer elegante e inteligente que se desenvolvía con una confianza silenciosa.

Y era hija de Lady Jane.

El corazón de Arabella se calentó al pensar en su amiga más antigua. Jane y ella habían caminado por esos mismos jardines cuando eran niñas, soñando con grandes casas, vestidos elegantes y —sobre todo—matrimonios por amor que resistieran el paso del tiempo y los títulos.

Ahora, el destino había dado un giro de lo más poético. Sus hijos se casarían. Sus familias estarían unidas no solo por años de amistad, sino por la sangre y el apellido.

Arabella se apartó de la ventana y se dirigió hacia la pequeña galería de retratos que bordeaba el pasillo. Se detuvo frente a una delicada pintura de ella y Jane cuando eran debutantes—Jane llena de brillo y travesura, Arabella recatada y compuesta, aunque su expresión insinuaba secretos. Eran inseparables entonces, como lo eran ahora.

Y ahora Estelle sería parte de su familia.

Sus dedos rozaron con cariño el marco.

Siempre había esperado esto.

Estelle no era una joya de primer orden—al menos no en el sentido que valoraba la alta sociedad. No era ruidosa en sus logros, ni agresivamente a la moda, ni del tipo que aleteaba las pestañas en los salones de baile. Pero Arabella había observado cómo Estelle se desenvolvía con fuerza y gracia, incluso en tiempos difíciles. Y, más importante aún, había visto la mirada en los ojos de su hijo.

Victor no sonreía con facilidad. No era frío—no exactamente—pero la vida y el título lo habían vuelto cauteloso, selectivo, discretamente reservado.

Hasta que llegó Estelle.

Arabella lo había notado esa misma mañana en el desayuno. La forma en que sus labios se curvaban casi involuntariamente al mencionar su nombre. Cómo se suavizaba su mirada. Cómo se sonrojaba—¡se sonrojaba, nada menos!

Había afecto allí.

Y Arabella, que una vez también había amado con intensidad, reconocía los primeros destellos de algo mucho más poderoso que el deber o la obligación.

—Supongo que debería preparar las esmeraldas —murmuró para sí misma, avanzando por el pasillo—. Combinan bastante bien con los ojos de Estelle.

Mientras caminaba, sus faldas se mecían con un suave ritmo, y su corazón—aunque templado por años de reglas y expectativas sociales—bailaba un poco.

Organizaría una boda encantadora.

Se aseguraría de que Jane se sintiera como la orgullosa madre de la novia.

Y se encargaría de que Estelle Robinson supiera que no era una obra de caridad, ni una novia por compasión, sino una elegida para formar parte de la familia Blackthorne.

Después de todo, Arabella Blackthorne jamás había perdido una batalla.

Y desde luego, no pensaba empezar ahora.

CAPÍTULO 11

Mansión Elmshade, Tarde

La casa de los Robinson estaba en un auténtico estado de caos. Las doncellas corrían por los pasillos, los vestidos crujían detrás de puertas cerradas, y el leve aroma de aceite de lavanda se mezclaba con agua de rosas y algo ligeramente quemado, cortesía del intento de último minuto de Isadora de sobornar al cocinero para que la dejara "probar" la tarta de moras antes de la cena.

En la sala de estar del piso superior, Isadora Robinson, de diecinueve años, futura reclusa romántica (según sus propias declaraciones dramáticas), permanecía rígida frente al espejo, tirando torpemente del corpiño de su vestido de seda verde mar.

—Me siento como una tarta de violetas demasiado rellena —gimió, girándose de lado para fulminar con la mirada su reflejo—. Y ni siquiera una buena. Una de esas grumosas que hace la cocinera cuando está distraída chismeando sobre el carnicero.

Lady Jane no levantó la vista de su bordado.

—Te ves encantadora, querida. Deja de moverte. Es poco elegante.

Isadora soltó un suspiro teatral.

—Es insoportable. Los bailes son insoportables. Los corsés son insoportables. Y este calor también. ¿No podemos fingir una enfermedad familiar repentina? La fiebre escarlatina suena convincente.

—Isadora —dijo Lady Jane con paciencia—, asistirás al baile de los Westbrook, sonreirás con cortesía cuando te hablen, bailarás cuando te inviten y, por supuesto, no fingirás tener una enfermedad contagiosa para evitarlo.

—Está bien —masculló Isadora—. Pero si muero por el corsé, espero un poema dramático en mi funeral.

Lady Jane simplemente alzó una ceja.

—Lo escribiré yo misma.

En ese momento, se oyeron pasos en la escalera. Pausados, elegantes, y acompañados del suave roce de seda fina.

Tanto madre como hija se giraron hacia la escalera cuando Estelle comenzó a bajar… y la sala, sencillamente, olvidó cómo respirar.

Su vestido era de un suave color lila, como el crepúsculo y los secretos susurrados. El corpiño estaba delicadamente bordado con diminutas flores plateadas que brillaban ligeramente al moverse. Su cabello oscuro y ondulado estaba recogido a medias, con el resto cayendo en rizos sueltos por la espalda que enmarcaban su rostro con gracia natural. Una fina cinta plateada ceñía su cintura, resaltando sus curvas con elegancia y —aunque Estelle lo negara— un encanto innegable.

Isadora parpadeó. Luego silbó.

—Vaya. Ahí se fueron todas las posibilidades de baile de las demás debutantes esta noche.

Estelle frunció la nariz.

—Oh, cállate.

—No, de verdad —dijo Isadora con una sonrisa ladeada—. No hay forma de que Victor pueda apartar la vista de ti. Probablemente tendrás que despegarlo al final del vals.

Los labios de Estelle se curvaron apenas.

—Él solo es mi prometido por nuestra situación financiera. No porque me considere… ¿cómo dijiste? Despegable.

Lady Jane se puso de pie, ajustando su chal, y le dio a Estelle una mirada de aprobación y algo más maternal.

—Es tu prometido porque es un hombre honorable. Pero me atrevería a decir que va a apreciar lo bien que te queda ese vestido.

Estelle se sonrojó ligeramente.
—Era el único que no necesitaba ajustes.

—Porque era el mejor —dijo Lady Jane con una nota de orgullo.

—Porque era el único que no tenía glaseado en el frente —añadió Isadora con tono útil.

Estelle le lanzó una mirada.

—Te recordaré, querida hermana, que una vez llegaste a un picnic con harina en la frente y solo te diste cuenta cuando Lord Winslow te confundió con el servicio.

—La harina es encantadora —replicó Isadora con un resoplido —. Los corsés son criminales.

Lady Jane dio una palmada.

—Basta. El carruaje nos espera. No hagamos que los Westbrook se pregunten si nuestra invitación se perdió por un escándalo o por la lluvia.

Mientras salían, Isadora enganchó su brazo con el de Estelle y susurró:

—Si no te mira embobado esta noche, me como un tenedor.

—Yo llevaré el vinagre —respondió Estelle.

Rieron mientras las puertas se abrían, revelando el carruaje dorado bañado por la luz del atardecer. Los lacayos se adelantaron para ayudar a las damas a subir a sus asientos, con las sedas crujendo y las joyas brillando a la luz moribunda.

Cuando las ruedas comenzaron a girar y la mansión quedó atrás, Estelle miró por la ventana, las manos entrelazadas sobre su regazo. La risa aún vibraba en su garganta, pero también lo hacía otra cosa. Un aleteo. Una inquietud.

Esta noche, estaría junto al duque de Ashbourne para que todos lo vieran.
Y el mundo creería que estaban locamente enamorados.
Aunque Estelle supiera la verdad.

…

El carruaje se detuvo suavemente frente a la Casa Westbrook, cuya fachada de piedra brillaba bajo la cálida luz de los faroles y estaba enmarcada por setos tan perfectamente recortados que parecía que los hubieran cortado los ángeles mismos.

Victor Blackthorne, duque de Ashbourne, descendió primero y se volvió para ofrecerle la mano a su madre. Lady Arabella, majestuosa como siempre con un vestido de seda zafiro oscuro y un bordado sutil en las mangas, la aceptó con una leve sonrisa.

—Me atrevo a decir que la alta sociedad ha estado esperando toda la semana para vernos esta noche —murmuró con su habitual elegancia seca—. No los decepcionemos.

Él le lanzó una mirada de soslayo.

—No estoy del todo seguro de qué tipo de espectáculo esperan, pero puedo prometer que haré todo lo posible por no tropezar con mis propias botas.

—Lo harás perfectamente —respondió Arabella, dándole una palmada afectuosa en el brazo.

Subieron juntos los escalones de piedra y fueron recibidos de inmediato en el gran vestíbulo de mármol por nada menos que los propios Lord y Lady Westbrook.

—¡Duque de Ashbourne! —tronó Lord Alfred Westbrook, con su corbata blanca rebotando sobre su amplio chaleco mientras daba

una palmada en el hombro de Victor—. Siempre es un placer tenerlo entre nosotros.

—Y su madre —añadió Lady Eugenia Westbrook, deslizándose hacia adelante envuelta en una nube de seda lavanda y plumas de pavo real—. Arabella, no ha envejecido ni un día desde la última temporada.

Arabella le dedicó una sonrisa lenta y divertida.

—Y tú, Eugenia, sigues siendo tan generosa como siempre con tus cumplidos.

—Vamos, vamos —dijo Lord Westbrook, guiándolos hacia adelante—. Tienen que ver los jardines; están aún más hermosos este año, si se me permite decirlo. Los lirios de Eugenia han estado ganando cintas en todas las sociedades de horticultura desde aquí hasta Sussex.

Victor ofreció los sonidos apropiados de admiración mientras paseaban por el gran corredor hasta la galería lateral, que se abría a una terraza con vista a los famosos jardines de los Westbrook.

La escena no era menos que encantadora. Farolillos brillantes estaban colgados entre topiarios y enrejados cubiertos de rosas. Las parejas paseaban por senderos bordeados de conchas, con el sonido de la música de cuerdas flotando desde las puertas francesas abiertas del salón de baile. Un pequeño estanque, quieto y plateado bajo las estrellas, descansaba bajo un cerezo en flor, cuyas ramas estaban cargadas de flores.

Victor inhaló el aire fresco de la noche y el aroma del jazmín.

—Victor —llegó una voz familiar detrás de él.

Se volvió para encontrar a Percival Lennox y James Tressingham, dos de sus amigos más antiguos de la escuela, acercándose desde el salón de baile.

—Veo que has sobrevivido al desfile de saludos —dijo Percival, alzando una ceja—. ¿Cuántas madres casamenteras hasta ahora?

—Tres —respondió Victor con sequedad—. Aunque sospecho que una de ellas simplemente me confundió con otro. Posiblemente con un vizconde.

James soltó una carcajada.

—Bueno, tu suerte está a punto de acabarse. Lady Eugenia acaba de anunciarle a toda la fila de recepción que ya no estás disponible.

Victor alzó una ceja.

—¿De verdad?

—Oh, sí —dijo James, sonriendo—. Y con tanto entusiasmo que uno pensaría que fue ella quien lo organizó.

—No puedo esperar para verla —añadió Percival—. Estelle Robinson, ¿verdad? Bonita, por lo que recuerdo. Aunque solo la he visto de lejos en las fiestas de verano.

Victor asintió vagamente y se volvió hacia el salón de baile.

—Caballeros —murmuró, distraído.

Porque de repente, el aire cambió.
Comenzó con un susurro entre la multitud—una especie de ola en la conversación mientras las cabezas se giraban sutilmente, los abanicos se detenían a mitad de movimiento, y los murmullos se desvanecían en silencio.

Y entonces la vio.
Estelle.

Estaba de pie cerca de la entrada del salón de baile junto a Lady Jane y su hermana, con una postura elegante pero relajada, y una sonrisa tenue y serena.

Y era… deslumbrante.

Su vestido era lila, suave y luminoso como los pétalos de una flor primaveral. Se ceñía a su figura de una manera que le secó la boca a Victor, resaltando sus suaves curvas, las líneas elegantes de su cintura y caderas. Su cabello castaño oscuro y ondulado caía por

su espalda como una cascada de seda, iluminado por la luz de las velas y adornado con diminutos pasadores plateados que brillaban cuando giraba la cabeza.

Pero no era solo su belleza lo que lo capturaba—era la forma en que se desenvolvía con naturalidad. Como si perteneciera a cada habitación que pisaba y no necesitara que nadie se lo dijera.

Y el resto del salón también lo notó.

Los ojos de Victor se entrecerraron al ver a varios jóvenes caballeros al otro lado del salón notándola—demasiado, a su parecer. Lord Grafton casi dejó caer su copa de vino. Un tal señor Langley susurró algo a su acompañante e inclinó la cabeza para verla mejor. Incluso ese detestable vizconde Chadwell, a quien Victor ya despreciaba por principio, parecía estar evaluando sus posibilidades.

Victor se puso tenso.

El sentimiento posesivo, territorial, que lo invadió fue rápido e inamovible.
Ella es mía.

Sin pensar, sin vacilar, comenzó a avanzar entre la multitud, con los ojos fijos en ella.

Estelle levantó la vista justo cuando él se acercaba.

Por un brevísimo momento, sus ojos se agrandaron. Quizá no esperaba que él la mirara con tanto… deseo.

Él llegó hasta ella e hizo una reverencia profunda, sin apartar la vista de los suyos. Sus pestañas temblaron, y un leve rubor tiñó sus mejillas.

—Mi lady —murmuró, enderezándose y ofreciéndole la mano —. ¿Bailamos?

Ella dudó solo un segundo antes de colocar su mano enguantada en la de él.

Victor cerró los dedos alrededor de los suyos y la condujo con suavidad a través del abarrotado salón de baile, deslizándose entre

sedas, satines y murmullos, con toda su atención puesta en la mujer a su lado.

No le importaba quién mirara.
No le importaban los susurros del *ton*.
Ella era lo único que importaba en el salón.

Y si iban a hacer su primera aparición como pareja comprometida—bueno, tenía toda la intención de que fuera inolvidable.

…

Estelle estaba segura de que su corazón se había trasladado a algún lugar cerca de su garganta.

La mano de Victor descansaba firmemente sobre la suya mientras la guiaba por el brillante salón de baile, y aunque su agarre era ligero, había algo innegablemente posesivo en la forma en que la sostenía. Como si no fueran solo una pareja por mera formalidad, sino algo mucho más personal—más íntimo.

Y era absolutamente confuso.

La había mirado como si fuera un amanecer que no esperaba. Ese momento singular en el que la noche se rompe en oro y, por un instante sin aliento, el mundo olvida girar.

¿De verdad la encontraba hermosa?
No. No debía permitirse pensar en eso. Victor Blackthorne era un hombre honorable. Simplemente estaba desempeñando el papel que se requería de un duque recién comprometido, uno cuyo anuncio de compromiso había salido en los periódicos de sociedad apenas dos días antes. Por supuesto que la acompañaría con orgullo. Por supuesto que sonreiría y aparentaría ser un prometido atento.

Era deber. No afecto.

Aun así, no podía negar la forma en que sus ojos se habían detenido—demasiado tiempo—en su vestido, ni cómo su mano se había apretado apenas un poco más cuando Lord Chadwell prácticamente la devoró con la mirada.

Se sonrojó de nuevo, agradecida de que sus mejillas ya estuvieran teñidas con carmín.

Mientras caminaban entre la multitud, Victor se detenía de vez en cuando para hacer presentaciones, y Estelle agradecía su soltura. Parecía conocer a la mitad del *ton*, y aunque ella había asistido a más de una temporada, generalmente lo hacía con la mano de Isadora entrelazada con la suya y su madre revoloteando ansiosamente detrás.

—Estelle —dijo Victor, acercándola mientras se aproximaba un caballero mayor con un brillo en los ojos y una corbata perfectamente anudada—. Permítame presentarle a Lord Edward Danforth. Lamentablemente, es uno de los amigos más antiguos de mi madre y se niega a aceptar que ya no tengo doce años.

—Le haré saber que todavía recuerdo el verano en que intentaste esgrimir con un atizador —dijo alegremente Lord Danforth —. Señorita Robinson, qué placer.

—El placer es mío, mi lord —respondió Estelle, haciendo una ligera reverencia, con una sonrisa contenida.

—Sea amable con él —susurró Danforth en tono conspirador —. Es pura apariencia y poca amenaza. Excepto cuando se trata de caballos. Entonces se vuelve completamente insoportable.

Victor hizo una demostración de resignación con un suspiro. —Esto es lo que tengo que soportar.

Mientras avanzaban, le presentaron a Lady Lockwood, quien no tardó en comentar sobre el delicado bordado plateado del vestido de Estelle, y luego a los gemelos Lennox, que parecían más interesados en apostar sobre los arreglos florales que en comportarse según las normas de la alta sociedad.

Estelle respondió con gracia, sonriendo cuando se esperaba, escuchando con atención. Pero todo el tiempo, era dolorosamente consciente del hombre a su lado. El calor de su toque. El aroma de su colonia—algo amaderado y ligeramente especiado. Y la forma en

que él seguía mirándola como si pudiera desvanecerse en cualquier momento.

Cuando se detuvieron nuevamente cerca del borde del salón de baile, Victor se inclinó hacia ella, su voz baja y deliberada.

—Confío en que tu tarjeta de baile no está completa todavía —preguntó.

—Aún no —respondió ella, intentando mantener su voz neutral, aunque su corazón revoloteaba de la forma más traicionera.

—Entonces me gustaría reclamar el vals. El primero.

Estelle dudó. Solo por un segundo. Luego asintió, forzando una sonrisa que esperaba no revelara demasiado de lo que se agitaba dentro de ella.

—Por supuesto, Su Gracia.

—Victor —la corrigió con suavidad—. Vas a ser mi esposa, Estelle. Creo que ya hemos superado la necesidad de títulos.

Ella parpadeó al oír cómo decía su nombre, como si fuera algo raro y precioso.

—Sí. Por supuesto… Victor.

Él sonrió e hizo una leve reverencia.

—Hasta el vals, entonces.

Y con eso, soltó su mano.

Estelle se giró, necesitaba aire. Necesitaba estar en cualquier lugar que no fuera bajo el peso de esa mirada suya—intensa, firme, y llena de algo que no se atrevía a nombrar.

Divisó a Isadora en una esquina del salón, ejerciendo su influencia de costumbre—recostada dramáticamente contra un diván, con una expresión de absoluto aburrimiento, flanqueada por sus queridas amigas Ivy Pembroke y Adelaine Grant.

Estelle se dirigió hacia ellas, suspirando de alivio al ver el brillo travieso en los ojos de Ivy y la sonrisa amable de Adelaine.

—Por fin —dijo Isadora, tirando de ella para que se sentara a su lado—. Comenzábamos a pensar que habías huido a mitad del baile y nos habías dejado aquí sufriendo en estos corsés.

Estelle rió suavemente.

—No me tientes.

Ivy sonrió con picardía.

—Cuéntanos todo. ¿Te susurró dulces palabras al oído? ¿Te declaró amor eterno mientras esquivaba los avances casamenteros de la duquesa de Langley?

—No exactamente —dijo Estelle con sequedad, aunque su estómago volvió a revolotear a pesar suyo.

Adelaine le ofreció un vaso de limonada.

—Estás resplandeciente.

—Probablemente sea la humedad —murmuró Estelle.

Pero aun así, sus ojos se deslizaron por el salón… hasta el lugar donde Victor estaba ahora, hablando con un vizconde, aunque robándole otra mirada.

Rápidamente apartó la mirada.
Fuera lo que fuera esto—fuera lo que pudiera llegar a ser—se recordó a sí misma que estaba construido sobre el deber, no sobre la elección.
Pero cada vez le resultaba más difícil evitar que su corazón lo olvidara.

CAPÍTULO 12

Westbrook Estate — El Salón de Baile
Estelle estaba en medio de contar cómo Ivy una vez confundió a un marqués con un camarero (una historia que Ivy seguía insistiendo había sido un trágico malentendido y no culpa de su miopía), cuando de pronto se dio cuenta de que una figura se acercaba.

Lord Chadwell.

El vizconde Arthur Chadwell era tan apuesto como arrogante: cabello rubio dorado, pómulos marcados y un mentón que parecía haber sido esculpido exclusivamente con el propósito de irritar a Estelle. Su reputación lo precedía, y no favorablemente. Era conocido por dos cosas: apuestas escandalosas y sonrisas aún más escandalosas. Y en ese momento, estaba apuntando una de estas últimas directamente hacia ella.

—Lady Estelle —dijo, haciendo una reverencia galante—. Permítame decir… que las estrellas palidecen en comparación con usted esta noche.

Ivy soltó un sonoro bufido detrás de ella. Estelle mantuvo la compostura admirablemente.

—Puede decirlo, mi lord —respondió Estelle dulcemente—. Pero me temo que las estrellas podrían presentar una queja.

Lord Chadwell soltó una carcajada, aparentemente imperturbable.

—Ingeniosa y hermosa. No me sorprende que el duque parezca a punto de retarme a un duelo.

Estelle parpadeó. Se giró ligeramente para seguir la mirada de Lord Chadwell… solo para encontrar a Victor al otro lado del salón, de pie junto a sus amigos James Tressingham y Percival Lennox, todos observando este intercambio con diversos grados de sospecha.

La mandíbula de Victor estaba tensa. Muy tensa. El tipo de tensión que sugería que se estaba imaginando lanzando a Chadwell al primer rosal.

—Esperaba —continuó Chadwell, ajeno a la tensión que chispeaba en el aire— que me hiciera el honor de reservar el segundo vals para mí.

Estelle vaciló. Sus dedos se tensaron alrededor de su tarjeta de baile. Debería decir que no. Lo sabía. Pero rechazarlo sería descortés y, lo que era más importante… podría parecer que tenía miedo.

Y Estelle Robinson no le tenía miedo a Lord Chadwell.

Así que ofreció una sonrisa cortés y bajó la cabeza.

—Estaré encantada, mi lord.

Chadwell le dedicó una sonrisa lenta y satisfecha que le dieron ganas de lanzarle su limonada a la cara, hizo otra reverencia y se alejó, dejando tras de sí un leve aroma a bergamota y arrogancia.

Isadora se inclinó de inmediato.

—¿Estás loca? ¡Ese es el Vizconde de la Vexación!

Ivy le dio un codazo.

—Oh, cállate. Lo manejó maravillosamente.

Adelaine añadió:

—Sí, y ahora el duque parece absolutamente asesino.

Todas se giraron al ver que Victor decía algo a sus amigos. James y Percival se miraron entre sí, luego a Estelle, y después de

nuevo a Victor —cuya expresión podía cortar leche—, y estallaron en carcajadas.

—Creo —murmuró Ivy— que se están desplegando refuerzos.

En efecto, James Tressingham y Percival Lennox se dirigieron hacia las damas con idénticas sonrisas de pícaro. Llegaron perfectamente sincronizados, como un par de lacayos encantadores con una misión.

—Lady Estelle —dijo Percival, haciendo una reverencia tan profunda que sus rizos rubios cayeron sobre sus ojos—. ¿Puedo asegurarme el cuadril antes de que algún pícaro vizconde la arrebate por completo?

James lo imitó, haciendo una reverencia con un aire teatral.

—¿Y puedo yo pedir humildemente la polca? Prometo no pisarle los pies. Bueno… no demasiadas veces.

Estelle rió a pesar de sí misma.

—¿Han venido ambos a bailar o estoy siendo discretamente escoltada?

—Oh, sin duda estás siendo escoltada —respondió Percival alegremente—. El duque lo exige.

James se inclinó hacia ella en tono conspirador.

—Dijo, y cito: "Si va a bailar con hombres, que al menos no sean lobos con corbatas".

—Lo cual es irónico —añadió Percival—, ya que el duque mismo se ve bastante lobuno en este momento.

Estelle sonrió, intentando que no se le encendieran las mejillas.

—Ustedes dos no tienen remedio.

—Nos gusta pensar que es parte de nuestro encanto —dijo James—. Pero advertida estás: Victor está llevando la cuenta.

—¿De mis bailes? —preguntó ella.

—No —dijo Percival con un guiño—. De cuánto tiempo permanece la cabeza de Chadwell unida a sus hombros.

Isadora, que no se había molestado en disimular que escuchaba, agitó su abanico y murmuró:

—Los dramas de los hombres…

Las damas rieron.

Estelle, sin embargo, sintió una calidez extraña crecer en su pecho. No solo por la atención, sino por algo más… algo que se parecía inquietantemente al afecto. Guardó su tarjeta de baile dentro del guante, con el corazón revoloteando de una forma que claramente no debería.

Porque ella sabía mejor que nadie lo que esto era.

Y, sin embargo… miró al otro lado del salón y encontró a Victor observándola. Aún. Su expresión, indescifrable.

Está cumpliendo con su deber, se recordó a sí misma.

Aunque las rodillas le temblaban bajo el peso de su mirada.

…

El gran salón de baile de la Mansión Westbrook se había transformado en una escena de cuento de hadas: candelabros de cristal brillaban en lo alto como estrellas congeladas, mientras el aroma de rosas y cera derretida flotaba dulcemente en el aire. Los invitados se reunían en el centro, los vestidos de las damas resplandeciendo con seda y satén, los caballeros impecables en abrigos negros y guantes blancos. Había un zumbido de expectación cuando los músicos levantaron sus instrumentos.

Estaba a punto de comenzar la Polonesa.

Estelle tomó su lugar en la fila junto a Ivy, justo detrás de los anfitriones. La procesión serpentearía por todo el salón de baile—mesurada, majestuosa, grandiosa. Detrás de ella venían Adelaine y Percival, y un poco más atrás, James e Isadora, quien ya murmuraba por lo bajo lo eterno que sería esto.

La música comenzó, lenta y envolvente, y Estelle se movió en perfecto compás.

—Sabes —dijo Ivy con una sonrisa mientras tomaban el primer giro alrededor del salón—, si alguien no escribe un soneto sobre tu vestido esta noche, será un crimen contra el arte.

—Me conformo con una pareja de baile que no derrame ponche sobre él —murmuró Estelle.

Adelaine se inclinó levemente desde la fila de atrás.

—Le doy a Lord Millburn cuatro minutos antes de que haga precisamente eso.

—Tres —dijo Estelle—. Ya parece acalorado.

Percival, al lado de Adelaine, suspiró dramáticamente.

—Damas, espero que nos concedan algo de dignidad. No todos los caballeros somos catástrofes andantes.

—Solo la mayoría —respondió Estelle dulcemente.

Desde unos pasos atrás, James alzó la voz:

—Me opongo en nombre de todas las catástrofes del mundo.

—Lo estás haciendo espléndidamente, Isadora —dijo Estelle en tono burlón por encima del hombro, al pasar junto a su hermana en la fila contraria.

—Espléndidamente aburrida —respondió Isadora, alzando una ceja—. Voy a pedir audiencia con la Reina para que sustituya este baile por una partida masiva de charadas.

—Pensé que te gustaba la tradición —comentó Ivy.

—Me gusta la tradición cuando involucra pastel.

Todos rieron—suavemente, con educación, como correspondía en un baile de sociedad—pero rieron al fin.

La música continuó, con un ritmo encantador y ondulante, mientras las parejas se deslizaban por el perímetro del salón, bajando y elevándose con elegancia coordinada. Estelle miró

brevemente al otro lado del salón y encontró a Victor observándola nuevamente, apoyado contra una columna de mármol cerca de la orquesta, con una ceja ligeramente levantada.

Apartó la vista rápidamente.

…

La Polonesa terminó en un lento círculo y una suave pausa. Un aplauso educado se extendió por el salón.

Entonces llegaron los acordes enérgicos del Cuadrilla.

—Su mano, mi lady —dijo Percival, ya ofreciéndola con una reverencia de fingida solemnidad.

Estelle hizo una media reverencia.
—Supongo que es tu deber, por órdenes superiores.

—Vivo para obedecer al duque —respondió él—. Aunque solo cuando lo pide amablemente.

Se unieron al cuadrado con James e Isadora en el extremo opuesto. Ivy y Adelaine habían sido reclamadas por otros compañeros, dejando a las dos hermanas con los leales y completamente traviesos amigos del duque.

Cuando comenzó la música y empezaron los pasos intrincados, Isadora miró de reojo a James.
—Entonces, señor Tressingham —dijo—. ¿Siempre dejas que tu amigo te ordene los bailes, o es algo nuevo?

James giró, aplaudió y volvió a encararla con una sonrisa.
—Solo cuando su vida corre peligro.

—¿Ah, sí? —preguntó Isadora dulcemente.

—Terriblemente —replicó James—. Parecía listo para batirse en duelo con Lord Chadwell usando un tenedor de postre.

Percival intervino, girando a Estelle hacia su lugar.
—Victor ganaría absolutamente con un tenedor de postre.

—Me gustaría ver eso —añadió Estelle—. Aunque odiaría ser la causa de una pelea con pasteles de por medio.

James rió.
—Si llega a eso, haremos que Isadora le lance un pastel al vizconde. Su puntería es impecable.

—Solo lanzo repostería cuando soy provocada —dijo Isadora con aire digno.

—Lo cual es… siempre —añadió Estelle.

Los cuatro giraron, dieron pasos, reverencias y palmadas mientras ejecutaban el baile, con movimientos tan precisos y ensayados que se sentían como respirar. Las risas brotaban de ellos con frecuencia, y Estelle se encontró —solo por un instante— perdonando al mundo por ser tan complicado.

El cuadrilla terminó con un paso final y nítido.
Estelle hizo una reverencia a Percival y le agradeció con cortesía.

Él le guiñó un ojo.
—El duque está mirando. ¿Debería desmayarme para darle un buen cierre?

Estelle rió y se giró, pero no antes de atrapar la mirada de Victor otra vez, observándola desde el borde del salón. Siempre observándola.

Su corazón latió un poco más rápido.
Y el siguiente baile —el vals—le pertenecía a él.

…

Las primeras notas del vals comenzaron—melodiosas, ondulantes, completamente románticas. Suspiros de expectación llenaron el salón de baile, y las damas apretaron un poco más sus abanicos mientras los caballeros se adelantaban, ansiosos por guiar a sus parejas elegidas al centro.

Victor apareció ante Estelle como una visión—alto, elegante y devastadoramente apuesto con su levita negra, la corbata perfectamente anudada, y sus ojos azules brillando bajo los candelabros.

—¿Me concede este baile? —preguntó, con la voz baja y rica, mientras extendía su mano enguantada.

Estelle asintió en silencio, conteniendo el aliento mientras él la conducía al centro del salón de baile. Cuando la atrajo hacia sí para comenzar el vals, se dio cuenta —quizá un poco tarde— de que la sostenía demasiado cerca, su brazo fuerte descansando con firmeza pero con protección en la curva de su espalda. Podía sentir su calor incluso a través de las capas de seda.

—Estás preciosa —murmuró Victor, con los labios cerca de su oído.

Las palabras le encendieron las mejillas. Alzó la mirada, y sus ojos se encontraron—su mirada intensa, inquebrantable.

Demasiado intensa.

Desvió la vista rápidamente.

El vals los hizo girar lentamente por el salón, pero Estelle sintió que el mundo se reducía solo a ese momento—su contacto, su aroma, su cercanía.

Los ojos de Victor se posaron en ella, recorriendo la curva de su mejilla, la suavidad de sus labios, la forma en que bajaba las pestañas cuando intentaba evitar su mirada.

—Me hace feliz —susurró él— que pronto serás mi esposa.

Estelle sintió como si le hubieran arrebatado el aliento. Su rubor se intensificó y tropezó ligeramente, salvada solo por el agarre firme de Victor.

—No necesitas fingir —dijo ella, en voz baja, apenas audible por encima de la música—. Sé que solo estás haciendo esto por deber.

Victor parpadeó, sus pasos vacilaron al procesar sus palabras.

Estelle mantuvo la vista en el suelo, concentrada en sus zapatillas, su mano temblando levemente en la suya.

—Eres un buen hombre, Su Excelencia —continuó—. Y sé que este compromiso es por la desgracia de mi familia. Imagino que fue sugerencia de tu madre. Seguro que lo considera lo honorable. Yo… yo no te impondré ninguna expectativa cuando estemos casados. Puedes vivir como quieras. Tendrás tu libertad.

Victor se detuvo a mitad de un giro, lo suficiente como para que los bailarines más cercanos los miraran con desconcierto antes de retomar su ritmo. Su expresión era una mezcla de dolor y furia—aunque ninguna estaba dirigida hacia ella.

La miró fijamente, su voz baja pero tensa.

—¿De verdad crees que me están obligando a hacer esto?

—¿No es así? —susurró ella—. Apenas nos conocemos. Y nunca tuviste la oportunidad de… de elegir a alguien que realmente quisieras. A alguien que… amaras.

Su mandíbula se tensó.

—Sé que no soy el tipo de mujer con la que sueñan casarse los duques —añadió—. Y sé que tu vida cambiará con todo esto. Solo quiero hacerlo lo más fácil posible para ti. No quiero ser una carga.

El corazón de Victor se retorció.

No tenía palabras—no todavía. No cuando estaban en medio de un salón de baile, rodeados de matronas chismosas, abanicos revoloteando y demasiados ojos curiosos.
El vals llegó a su fin, la nota final flotando como un suspiro. Sin embargo, Victor no la soltó de inmediato.

La sostuvo, con la mirada fija en la suya, como si pudiera hacer que ella entendiera con solo mirarla. Como si su corazón pudiera decir lo que sus labios aún no podían pronunciar.

Fue ella quien desvió la vista primero.

Él se inclinó y susurró:
—Necesitamos hablar. A solas.

Las pestañas de Estelle temblaron.
—Quizá… más tarde.

Y entonces, se deslizó fuera de sus brazos y le hizo una pequeña reverencia antes de perderse entre la multitud.

Victor se quedó allí un momento, con los puños apretados a los costados.

Ella no lo sabe.
Cree que no la deseo. Que estoy atado solo por el honor y el deber.

Pero la elegí desde el momento en que la vi en ese maldito jardín persiguiendo a un gatito.

Comenzó la siguiente canción—una polca enérgica. Los bailarines aplaudían y giraban, las risas llenaban el aire.

Victor no se movió. Solo observaba desde el borde de la pista cómo Estelle tomaba asiento junto a Isadora y rechazaba un baile con una sonrisa cortés.

Parecía tranquila. Compuesta.
Pero él vio cómo jugueteaba con los guantes, cómo evitaba mirarlo.

Y en ese momento lo juró—
No permitiría que su matrimonio fuera un acuerdo silencioso de sacrificios mutuos.

Haría que ella viera la verdad.
Que siempre había sido ella. La única que él quería.

CAPÍTULO 13

Comenzaba el segundo vals.

Estelle apenas se había recuperado de la intensidad de su anterior baile con Victor cuando se le acercó el vizconde Chadwell, tan arrogante y engreído como decía su reputación. Su cabello dorado estaba peinado con esmero, el corbatín anudado a la perfección y su sonrisa rebosaba una satisfacción consigo mismo que rozaba lo insoportable.

—Lady Estelle —dijo, haciendo una reverencia que bordeaba lo teatral—, creo que tenemos un acuerdo.

Estelle parpadeó, confundida por un instante, antes de recordar su propia letra en la tarjeta de baile. El segundo vals. Por supuesto. Se lo había prometido... antes de que Victor la sostuviera tan cerca, antes de sus palabras susurradas y de su vergonzoso anhelo.

Hizo una pequeña y cortés reverencia.

—En efecto, mi lord.

Cuando Lord Chadwell la condujo a la pista de baile, los ojos de Estelle buscaron instintivamente a Victor al otro lado del salón. Él se encontraba de pie cerca del borde de la multitud, con la mandíbula apretada y el músculo de la sien marcándose visiblemente. Tenía los puños cerrados a los lados y su mirada —tormentosa e implacable— no se posaba en ella, sino en Chadwell.

Estelle tragó saliva y centró su atención en su actual pareja.

En cuanto comenzó la música, Chadwell no tardó en acercarla. Demasiado.

—Es usted, sin duda, la criatura más exquisita del salón esta noche —murmuró mientras giraban, con una voz baja y untuosa.

Estelle se tensó, manteniendo una sonrisa educada.

—Es muy amable al decirlo, mi lord.

—No es amabilidad, sino verdad —replicó él, girándola suavemente antes de tomar su mano de nuevo—. Permítame confesarle un solo pesar, mi lady: no haberla conocido antes de que el duque la reclamara.

—Victor y yo contraeremos matrimonio pronto —dijo ella con tono sereno.

—Mmm, sí —respondió Chadwell, claramente sin inmutarse—. Una tragedia, eso.

La sonrisa de Estelle se tornó un poco más tirante.

—Perdone, pero no veo qué tiene de trágico.

—Oh, solo que tendrá que soportar a un hombre conocido por su... seriedad —dijo él, con ojos brillando de picardía—. Mientras que yo podría haberle ofrecido mucho más entretenimiento.

—El entretenimiento es encantador —replicó Estelle con suavidad—, pero difícilmente abriga en invierno o ofrece lealtad.

Chadwell soltó una carcajada.

—Lengua afilada, Lady Estelle. Me gusta eso.

Al otro lado del salón, Victor hervía.

Observaba cómo Chadwell se inclinaba hacia ella, murmurándole algo al oído que la hizo tensarse. Su mano en la cintura de Estelle era demasiado posesiva, demasiado familiar. La visión de Victor se redujo a esa única imagen: su prometida bailando en brazos de un hombre cuya sonrisa pedía a gritos un puñetazo.

—Con cuidado, Victor —dijo James a su lado—. Estás a punto de romper el tallo de esa copa de champán.

—¿Por qué aceptó bailar con él? —murmuró Victor.

James se encogió de hombros, aunque sus labios se curvaron apenas.
—Podría tener algo que ver con el hecho de que no la estás cortejando como se debe. Ya sabes, lo habitual… flores, sonetos, declaraciones dramáticas bajo la lluvia.

Victor le lanzó una mirada fulminante.

En la pista de baile, Estelle se movió ligeramente en el agarre de Chadwell, manteniendo tanta distancia como le era posible sin provocar un escándalo.
El baile estaba por terminar, gracias al cielo.

—Consideraré este baile el punto culminante de mi noche —dijo Chadwell mientras se desaceleraban—. Incluso si tu duque parece listo para estrangularme.

Estelle hizo una reverencia cortés.
—Gracias por el baile, Lord Chadwell.

Él se quedó un momento más—el tiempo suficiente para que el decoro alzara una ceja—su mano descansando sobre la de ella como si tuviera todo el derecho a sostenerla.

Entonces notó a Victor avanzando hacia ellos con el rostro hecho una tormenta, y—quizá sabiamente—soltó la mano de Estelle, le dedicó una sonrisa ladeada y se desvaneció entre la multitud.

—Estelle —dijo Victor, con voz tensa—, ¿podemos hablar un momento?

Estelle alzó la vista hacia él. Su expresión estaba cuidadosamente controlada, pero el fuego en sus ojos delataba su verdadera emoción.
Ella asintió, apartando un rizo suelto de su mejilla.
—Por supuesto.

—¿Damos un paseo por los jardines? —preguntó él.

Estelle vaciló.
—¿No sería eso—?

—Me importa un bledo lo que piense la alta sociedad —dijo él, más bruscamente de lo que pretendía.

Los ojos de ella se agrandaron por la sorpresa, pero asintió de nuevo.
Y sin esperar otra palabra, Victor le ofreció el brazo. Estelle deslizó su mano en el pliegue de su codo, el corazón latiéndole con fuerza mientras él la conducía por las puertas dobles hacia el aire fresco de la noche en el jardín de los Westbrook, bajo un cielo salpicado de estrellas.

Tenía algo que decirle.
Y esta vez, ella no podría fingir que se trataba solo de un deber.
…
La mano de Victor se cerró un poco más fuerte sobre la de Estelle mientras la guiaba por el sendero iluminado con farolillos que serpenteaba por los jardines de los Westbrook. La noche era fresca, con el aroma del jazmín nocturno flotando en el aire, mezclado con la música lejana que llegaba desde el salón de baile. La luz de la luna brillaba sobre los pliegues suaves del vestido lila de Estelle mientras caminaba a su lado, con el corazón latiendo demasiado rápido.

Podía notar que estaba enojado.
No solo molesto, no simplemente irritado, sino verdaderamente y peligrosamente enfadado.

Pasaron bajo un arco de hierro forjado cubierto de rosales trepadores y salieron a un claro junto a un pequeño estanque en el extremo más alejado del jardín. El agua estaba quieta, salvo por algún que otro leve movimiento, y el reflejo de la luna se extendía sobre su superficie como encaje plateado.

Víctor se detuvo de golpe y se volvió hacia ella.
Aún sostenía su mano.
No la soltó.

—No me gustó verte bailar con él —dijo con frialdad.

Estelle parpadeó.
—¿Lord Chadwell?

Los ojos de Víctor se oscurecieron.
—No es el tipo de hombre con el que una dama como tú debería relacionarse. Es imprudente. Temerario. Irrespetuoso. Tiene… una reputación.

Las cejas de Estelle se alzaron, sorprendida por la intensidad de su voz.
—Solo fue un baile.

—No existe tal cosa como "solo un baile" cuando su mano está en tu espalda de la forma en que lo estuvo. —Su voz era baja y tensa—. Conozco a hombres como él. Traspasan límites, prueban hasta dónde pueden llegar. Y yo… —hizo una pausa, acercándose un paso más— yo protejo lo que es mío.

El aliento de Estelle se entrecortó.

—No pertenezco a nadie —dijo, pero su voz tembló con algo más que desafío.

Los ojos de Víctor se clavaron en los suyos.
—Me perteneces, Estelle. Aceptaste ser mi esposa. Eso te hace mía. Y te juro que si vuelvo a ver a algún hombre—especialmente Chadwell—poner las manos sobre ti de esa forma, me aseguraré de que se arrepienta.

Los ojos de Estelle se agrandaron.
—Tú… hablas como si fueras a retarlo a duelo.

—Lo haría. Sin dudarlo.

El silencio que siguió fue denso, cargado. El suave croar de las ranas junto al estanque, el susurro de los árboles… todo lo demás desapareció.

—No lo entiendo —susurró Estelle—. No tienes que estar celoso o ser posesivo solo porque estás cumpliendo con tu deber…

—Deja de decir eso —espetó Víctor, las palabras crudas y repentinas—. Deja de llamar a esto "deber". Deja de fingir que esto

es algún noble sacrificio que estoy haciendo.

—¿Pero no lo es? —dijo ella suavemente—. Viniste a ayudar a mi familia. Ofreciste matrimonio para salvar nuestra finca. Ni siquiera me cortejaste… ¿cómo podría ser otra cosa?

Víctor dio otro paso, tan cerca ahora que podía sentir su calor.

—Porque te deseo, Estelle —dijo con vehemencia—. Te deseo desde el momento en que te vi persiguiendo a ese ridículo gatito por el jardín, con hojas en el cabello y tierra en el vestido. Y cada vez que pones los ojos en blanco, o discutes con tu hermana, o haces esa expresión tozuda cuando finges que no te importa—te deseo aún más.

Los labios de Estelle se entreabrieron, los ojos muy abiertos por la incredulidad.

Víctor alzó una mano y le acarició suavemente la mejilla.
—Te deseo a ti, no solo tu mano en matrimonio, no solo el arreglo. A ti.

Y entonces, sin previo aviso, él se inclinó y la besó.
No fue un beso educado ni contenido de compromiso.
Fue posesivo, hambriento, completamente abrumador.

Ella jadeó contra su boca, pero él solo la atrajo más hacia sí. Un brazo rodeó su cintura mientras el otro le alzaba el rostro. Sus dedos se aferraron, indefensos, al abrigo de él. Su boca se movía contra la de ella—firme, deseosa, como un hombre hambriento—y Estelle, a pesar de todas sus advertencias internas, respondió del mismo modo.

Sus labios se rindieron bajo los suyos. Su aliento se enredó con el de él.

Sus besos descendieron de sus labios a sus mejillas, al borde de su mandíbula, y más abajo—hasta la piel suave bajo su oreja y la curva de su cuello. Ella tembló en sus brazos, sin aliento.

—Victor… —susurró, aturdida.

Él se apartó apenas, solo lo suficiente para mirarla al rostro enrojecido.
—Dime que no sientes nada por mí, y me detendré.

Estelle no pudo hablar. Ni siquiera sabía qué decir. Su corazón latía con tanta fuerza que sentía que iba a estallar.

Y quizá por eso hizo lo único que pudo.

Retrocedió, las mejillas encendidas, el cabello cayendo sobre su hombro mientras apartaba la mirada.
—Debería… volver dentro —murmuró.

Victor no se movió. La observó mientras se giraba y prácticamente huía, con las faldas ondeando tras ella, la gracia felina de sus pasos ahora reemplazada por el caos en su corazón.

Él se quedó junto al estanque, aún ardiendo por la sensación de tenerla entre sus brazos, el sabor de ella en sus labios.

Y sonrió.

Podía huir esta noche. Estaba bien.
Pero pronto sería su esposa.
Y entonces, no podría huir en absoluto.
Ni de él.
Ni de esto.
Ni del amor.

…

La luz de la luna se filtraba a través de las cortinas de encaje, proyectando sombras delicadas sobre el papel tapiz azul pálido del dormitorio de Estelle. El silencio de la noche solo era interrumpido por el ulular ocasional de un búho en el bosque más allá de los terrenos del manor, y el suave tic-tac del reloj ornamentado sobre su repisa.

Pero dormir…? Dormir la eludía.

Estelle yacía despatarrada sobre su cama, aún con su vestido lila, el cabello suelto y deshecho cayendo en cascada por sus hombros. Chicken, siempre fiel, estaba acurrucada en el hueco de su

brazo, ronroneando suavemente, ajena a la tormenta que rugía en el corazón de su dueña.

Cerró los ojos, pero eso solo empeoró las cosas.

El beso de Victor—ese beso—la perseguía. Aún podía sentir el calor de su boca sobre la suya, el abrazo posesivo de sus brazos, la forma en que su voz se volvía ronca y profunda cuando decía que la deseaba. Y, que el cielo la perdonara, ella le había devuelto el beso. Se había derretido bajo su toque como si hubiera estado esperando toda su vida por ese momento.

¿Cómo se atrevía?

¿Cómo se atrevía a besarla así y hacerla sentir como si importara—como si fuera más que un deber, más que un nombre en un libro de cuentas, más que una forma de salvar a su familia de la ruina?

Estelle suspiró, girando bajo las sábanas. Sus mejillas aún estaban encendidas. Su corazón no había recuperado su ritmo habitual. No era una tonta—por más que sus labios anhelaran volver a ser besados.

Siempre había sabido que su matrimonio con el duque de Blackthorne no estaría basado en el amor.

Y eso estaba bien.

Era práctica.

Era realista.

Y, sin embargo…

—Maldito seas, Victor —susurró en la oscuridad.

Era demasiado fácil amar a un hombre como él. Ese era el problema. Era amable sin ser empalagoso. Atractivo de una forma irritantemente perfecta. Noble, protector, y ocasionalmente exasperantemente arrogante. La hacía reír. La hacía ruborizarse. Le hacía sentir cosas que no quería sentir.

Pero nada de eso cambiaba la verdad.

Le había propuesto matrimonio no por afecto, sino por obligación. Su madre y la de él lo habían arreglado. Era una solución a un problema. Un gesto honorable por parte de un hombre con riqueza, medios y un sentido del deber. Eso era todo.

¿No?

Se giró de lado, apretando la manta cerca de su barbilla.

—Tendrá amantes —dijo en voz alta, tratando de convencerse —. Hombres como él siempre lo hacen. Me está casando por deber. Querrá libertad… emoción… pasión… cosas que yo— —vaciló—, que yo no debería esperar de él.

Sería mejor construir un muro alrededor de su corazón ahora que permitir que se rompiera después. No podía dejarse caer más hondo. No debía.

Pero, oh, qué fácil sería.

Qué fácil sería despertarse cada mañana y verlo al otro lado de la mesa del desayuno. Sentir su mano en la parte baja de su espalda. Burlarse de él, discutir con él, besarlo…

Se mordió el labio.

—Protegeré mi corazón —se susurró a sí misma—. Incluso de mi esposo.

Con un suspiro tembloroso, se arropó con las mantas y le dio la espalda a la luz de la luna.
Chicken se estiró y se acurrucó aún más cerca.
Estelle se quedó mirando la pared durante lo que pareció una eternidad.

Finalmente, el cansancio ganó, y sus ojos se cerraron poco a poco—pero sus pensamientos no dejaban de correr.
Los sueños llegaron lentamente, y cuando lo hicieron, estaban llenos de ojos azules, manos posesivas y un beso que dejaba su corazón completamente, aterradoramente expuesto.

CAPÍTULO 14

El comedor de Elmshade Manor estaba bañado por una luz dorada que se colaba por los altos ventanales, danzando sobre la plata pulida y la delicada porcelana. Una brisa cálida agitaba las cortinas vaporosas, y el suave canto de los pájaros justo afuera añadía serenidad idílica a la mañana.

Lady Jane Robinson estaba sentada en la cabecera de la mesa, con la postura erguida y elegante, y una mirada pensativa mientras sorbía su té. Al otro lado, Estelle untaba mantequilla en una tostada con una calma deliberada que no sentía del todo, mientras Isadora—Isadora, cuyos rizos indomables apenas estaban domesticados en un peinado medianamente aceptable—estaba en medio de uno de sus característicos monólogos.

—Entonces —dijo Isadora, inclinándose dramáticamente sobre sus huevos—, ¿el duque ya te confesó su amor eterno o sigue en la fase de "te-miro-como-si-fueras-el-último-scone-en-la-mesa"?

Estelle ni siquiera alzó la vista.

—Eres imposible.

—Posiblemente —respondió Isadora con una sonrisa mientras se metía una fresa en la boca—. Pero responde. Vi cómo te miraba en el baile. Como si quisiera comerte de postre.

—¡Isadora! —exclamó Lady Jane, aunque sus ojos brillaban de diversión detrás del velo del decoro.

Estelle rodó los ojos.

—Me miró como quien cumple una promesa hecha a mi madre. Nada más.

—Por favor —dijo Isadora, haciendo un gesto con la mano—. Si así es como todos los caballeros miran cuando cumplen con su deber, entonces quizás yo también deba endeudarme un poco.

Estelle soltó una risa a pesar de sí misma y negó con la cabeza.

—No seas ridícula.

—¿Yo? ¿Ridícula? Soy simplemente observadora. Lo vi escoltarte entre la multitud como un caballero defendiendo su castillo —entrecerró los ojos—. Tienes suerte de que no mencionara el jardín. ¿Crees que nadie notó que tu peinado estaba algo desordenado cuando volviste?

Estelle se sonrojó levemente y endulzó su té con más azúcar de la habitual.

—Sólo estábamos… hablando.

—Sí, con las caras muy juntas —dijo Isadora dulcemente.

Lady Jane dejó su taza y miró a su hija menor con afecto moderado.

—Isadora, intenta no escandalizar la mesa del desayuno.

—Por supuesto, mamá. Vivo únicamente para preservar la santidad del desayuno —respondió Isadora con solemnidad. Luego, tras una pausa, añadió—: Y quizás para coquetear descaradamente con cualquier caballero que me traiga una segunda porción de pastel en la próxima reunión.

Estelle rió detrás de su servilleta.

—Eres incorregible.

Isadora se encogió de hombros.

—Soy encantadora.

Lady Jane sonrió suavemente a sus dos hijas.

—Hablando de la próxima reunión —empezó—, recuerden que esta tarde asistiremos al picnic de los Corwell en Thistlebank Grove.

—¿Ah, sí? —suspiró Isadora dramáticamente—. ¿Es el mismo picnic en el que el año pasado me regañaron por intentar enseñarle al vizconde de Ainsbridge a hacer malabares con naranjas?

—No intentaste enseñarle —dijo Lady Jane con firmeza—, lo atacaste a naranjazos.

—En mi defensa —dijo Isadora con un brillo travieso en los ojos—, estaba siendo terriblemente pomposo, y pensé que una naranja en la rodilla lo haría más humilde.

Estelle soltó un resoplido en su té.

Lady Jane dejó escapar un suspiro resignado que ocultaba una sonrisa llena de cariño.

—De todos modos, no quiero repeticiones del año pasado. Prométanme que se comportarán.

—Seré el mismísimo ejemplo del decoro femenino —dijo Isadora, batiendo las pestañas.

Lady Jane no pareció convencida.

—Estarán ambas vestidas y listas cuando llegue el carruaje. El picnic empieza a las dos.

Estelle asintió.

—Sí, mamá.

—Sí, Su Gracia de las Advertencias Matutinas —respondió Isadora, haciendo un saludo con su tenedor.

Lady Jane negó con la cabeza, divertida.

—Vamos, las dos. Tienen que probarse los vestidos.

Al levantarse de la mesa, Estelle le dio un rápido beso en la mejilla a su madre y murmuró:

—Gracias, mamá.

Lady Jane solo le apretó la mano en respuesta, con los ojos brillando de afecto silencioso y algo más profundo… esperanza, tal vez. El deseo de una madre por la felicidad de su hija.

Arriba, Isadora enlazó su brazo con el de Estelle mientras caminaban hacia sus habitaciones.

—No te preocupes —susurró en tono cómplice—. Me aseguraré de que te sientes junto a tu duque muy serio y muy apuesto durante el picnic.

Estelle gimió.

—Aún no es nada mío.

—Aún no —canturreó Isadora suavemente—. Pero ya verás, mi querida futura duquesa.

…

Los Corwell de Thistlebank Grove sabían perfectamente cómo organizar un picnic.

El prado que se extendía detrás de su gran mansión de piedra color crema era la viva imagen del encanto campestre. Las suaves colinas se desplegaban como una invitación natural a paseos tranquilos y risas dulces. Árboles en flor enmarcaban los bordes, proyectando sombras danzantes sobre el césped. Carpas de seda blanca ondeaban con la brisa, sus toldos cubriendo mesas de refrescos elegantes y delicada porcelana reluciendo bajo el sol matutino. Niños perseguían mariposas con alegría salvaje, y un cuarteto tocaba música suave que se mezclaba con el canto de los pájaros.

Victor estaba de pie cerca de la mesa de refrigerios con sus dos amigos más cercanos: Percival Lennox y James Tressingham. Percival ya se estaba metiendo una tartaleta de frambuesa en la boca.

—Me pregunto —dijo Percival entre mordiscos— cuántas fresas hay que consumir antes de convertirse en una.

James negó con la cabeza.

—Ya te comportas como una fruta, Percy.

Victor soltó una risa distraída, pero su mirada ya no estaba en sus amigos. Estaba en ella.

Estelle.

Acababa de bajar del carruaje, enmarcada por la luz del sol como una diosa etérea descendiendo del Monte Olimpo… o, en su caso, de Elmshade Manor. Su vestido de muselina rosa era suave y delicado, ceñido a la cintura, abrazando sus curvas con una gracia tan imprudente que hizo que el corazón de Victor se detuviera por un instante. Se reía de algo que Isadora había dicho, y su risa era tan encantadora que hacía que la cálida brisa pareciera insuficiente.

Los dedos de Victor se curvaron levemente a los costados.

Sintió, de repente y sin razón lógica, una furia intensa ante la idea de que todos los hombres en el picnic pudieran verla así. Y peor aún: que alguno fuera lo bastante necio como para pensar que tenía alguna oportunidad.

—Está realmente radiante, ¿verdad? —comentó James en voz baja, tras seguir la mirada de Victor.

—Radiante no empieza a describirla —murmuró Victor, y comenzó a caminar.

…

Estelle acababa de intercambiar cortesías con Lady Corwell —quien irradiaba orgullo por el éxito del picnic y el excelente clima— cuando lo sintió.

Esa mirada.

No necesitaba verlo. Lo sentía. La manera en que su piel se calentaba y el pequeño aleteo en su pecho respondía con una traición impaciente.

Pero aun así miró.

Y allí estaba. Victor. De pie, con su cabello castaño dorado atrapando la luz, y sus ojos azules fijos completamente, totalmente,

exasperantemente en ella. Su corazón la traicionó con un latido acelerado.

Isadora le dio un codazo.

—Estás sonrojada.

—No es cierto —dijo Estelle rápidamente, ajustándose los guantes.

—Lo estás. Y él parece dispuesto a asesinar a la mitad de los invitados si alguno se atreve a respirar cerca de ti.

Estelle no respondió. ¿Qué podía decir? Sus pensamientos habían sido un desastre total desde la noche del baile.

Víctor se acercó a ellas con paso firme, y hasta la brisa pareció contener el aliento en anticipación. Hizo una reverencia con la precisión de un caballero, pero con la intensidad de un hombre con un propósito.

—Lady Jane —saludó con calidez—. Lady Isadora.
Luego se volvió hacia Estelle, y sus ojos se encontraron con los de ella.

—Lady Estelle. Está usted… absolutamente encantadora.

Estelle parpadeó. Su voz se había suavizado solo para ella. Y la miraba como si no existiera otro ser en el mundo.

Isadora alzó las cejas y se inclinó hacia su madre.

—Está bastante prendado, ¿no le parece?

Lady Jane sonrió con complicidad.

—Mucho.

Víctor carraspeó suavemente y miró a su alrededor.

—¿Puedo preguntar hacia dónde se dirigen estas encantadoras damas?

—¡Al juego de bolos de jardín! —exclamó Isadora dando palmaditas—. Pretendo redimirme después de mi desastroso intento con el croquet el año pasado.

—Atravesaste un bocadillo con el mazo —le recordó Estelle.

—Precisamente por eso la redención es necesaria.

Pronto se unieron Ivy y Adelaine, ambas charlando con entusiasmo sobre los juegos y los postres que aún quedaban por probar.

James y Percival se acercaron con esa gracia informal que solo los años de experiencia social podían forjar.

—He traído refuerzos —anunció Víctor, señalando a sus amigos —. Vienen armados con encanto y un amor moderadamente preocupante por los juegos competitivos de jardín.

—Solo hago trampa un poco —dijo Percival con galantería, ofreciéndole el brazo a Estelle—. Pero solo por las damas.

Estelle rió mientras todos se dirigían hacia la pradera de bolos, con el aroma del césped recién cortado y las rosas flotando en la brisa, y Víctor —muy sutilmente— caminaba un poco más cerca de ella de lo necesario.

…

La pradera bullía con risas y espíritu competitivo mientras el juego de bolos de jardín transcurría a toda marcha. Los pájaros cantaban sobre sus cabezas, el sol bañaba el campo con un resplandor dorado, y el aroma de madreselva de los bordes del extenso jardín de los Corwell flotaba en el aire.

—¡James! —gritó Isadora desde el otro extremo del césped—. Si derribas uno más de mis bolos, revocaré tu acceso a los postres indefinidamente.

—No sabía que usted tenía jurisdicción sobre toda la mesa de postres —respondió James con una sonrisa pícara mientras retrocedía e inclinaba la cabeza en una falsa reverencia—. Pero debo admitir que disfruto de sus amenazas, mi lady.

Isadora alzó una ceja.

—Eso es porque careces de sentido común.

—Lo que me hace perfectamente adecuado para estar en su equipo —respondió él al instante, arrancando una carcajada del resto.

Víctor estaba de pie junto a Ivy e Isadora a un lado del campo, con los brazos cruzados con aparente descuido y una expresión de falsa concentración. Sin embargo, sus ojos se desviaban con demasiada frecuencia hacia Estelle, cuyo vestido rosa ondeaba suavemente con la brisa y cuya risa era como el tintineo de campanas: suave, dulce y completamente cautivadora.

—Sabes —dijo Isadora, entrecerrando los ojos hacia Víctor mientras ajustaba su agarre sobre la bola de madera—, creo que estás dejando que el otro equipo gane.

Víctor la miró, rebosante de fingida inocencia.

—¿Dejarlos ganar? Jamás. Soy un duque, querida Isadora. Nosotros no dejamos ganar a nadie.

Ivy ladeó la cabeza.

—Pero no has derribado ni un solo bolo en tres rondas.

Víctor alzó la vista al cielo con la expresión de un santo mártir.

—Es una estrategia. Hacer que se confíen.

—¿Confianza falsa? —resopló Isadora—. El equipo de Estelle lleva una ventaja de diez puntos, y Adelaine ni siquiera ha sudado. El único que está sudando eres tú, y eso solo ocurre cuando Estelle parpadea hacia ti.

—Yo no lo hago— —empezó Víctor, justo cuando Ivy soltó una tos que sonó sospechosamente a "mentiroso".

Al otro lado del campo, Estelle se preparaba para su siguiente turno. Su postura era concentrada, con el ceño delicadamente fruncido mientras apuntaba.

—¡Vamos, Estelle! —la animó Percival—. ¡Dale a ese duque una razón para ahogarse en su limonada!

Estelle sonrió apenas, conteniendo la risa.

—No está disgustado —respondió—. Está... planificando.

—Lo mismo da —murmuró James.

Estelle echó el brazo hacia atrás y soltó la bola con un movimiento elegante... solo para darse cuenta un segundo demasiado tarde de que el dobladillo de su vestido se había enredado en su tobillo. Tropezó hacia adelante, soltando un pequeño jadeo.

Pero no cayó.

Dos brazos fuertes la sujetaron—uno en la cintura y otro detrás de los hombros—y se encontró presionada contra un pecho ancho y familiar que olía a madera de cedro y algo cálido y reconfortante. Víctor.

Hubo un "Oooooh" colectivo entre los presentes. James lanzó un silbido dramático.

—¡Bueno, bueno! ¿Esto es parte del juego o estamos pasando a otra clase de actividad?

—Démosles un momento —dijo Adelaine alegremente, abanicándose con un pañuelo—. Creo que hemos llegado al interludio romántico.

Isadora aplaudió emocionada.

—¡Exactamente por esto vine hoy!

Estelle, con las mejillas encendidas y profundamente avergonzada, alzó la vista hacia los ojos de Víctor.

—Ya puedes soltarme.

—Me gusta tenerte así —murmuró él, lo suficientemente alto solo para que ella lo oyera.

Su corazón dio un golpe, luego otro—alto, traicionero.

Víctor, lentamente y a regañadientes, se enderezó y la ayudó a incorporarse, pero su mano permaneció en su cintura un momento más de lo necesario.

—Creo que tropezaste —dijo en voz baja.

—Creo que me gustaría que la tierra me tragara —murmuró ella entre dientes.
—Me temo que esa no es una opción —respondió él con una sonrisa.

El grupo estalló en carcajadas una vez más, y mientras comenzaba la siguiente ronda, Estelle hizo todo lo posible por concentrarse en el juego.
Pero con los ojos de Víctor puestos en ella y el eco de su voz aún tibio en sus oídos, era un esfuerzo bastante inútil.

CAPÍTULO 15

El prado de Thistlebank Grove rebosaba con la calidez de la luz dorada de la tarde, el aroma de pasteles recién horneados y la risa melódica de damas bien vestidas y caballeros encantadores. Mantas se extendían sobre la hierba, cargadas de fresas azucaradas, pastelitos de limón y limonada fresca. Pero era la risa bajo el tilo sombrío la que atraía más atención, pues allí se desarrollaba un juego de charadas en pleno y completamente caótico apogeo.

"¡Mi turno!" declaró Isadora con un brillo en los ojos que normalmente precedía a una victoria brillante o un desastre total.

Estelle intercambió una mirada con Ivy y susurró: "Haz tu apuesta. Le doy tres gestos antes de que explote."

"Ya está echando humo," le respondió Ivy en voz baja. "Mira esa postura—está parada como una general a punto de declarar la guerra."

Isadora había marchado al centro con teatralidad. Aplaudió, respiró hondo y comenzó su pantomima. Primero, señaló su brazo. Luego, movió los dedos. Después hizo lo que solo podía describirse como un intento de pirueta seguido de algo que parecía alarmantemente como alguien ahuyentando abejas.

"Um… ¿bailarina?" adivinó James.

"¡No!" bufó Isadora, señalando aún más agresivamente su codo. "¡Esto!"

"¿Dolor?" intentó Adelaine, insegura.

"¿Articulación… bailarina?" probó Ivy.

Isadora pisoteó el suelo. "¡No! Dije—¡es 'elbow room'!" Se congeló. Su equipo también.

Pasó un segundo de silencio.

"¿Acaba de decirlo en voz alta?" preguntó Percival, parpadeando.

"Creo que sí," respondió Victor con una sonrisa.

"¡Lo hiciste!" dijo Estelle, cubriéndose la boca al reír. "¡Lo has revelado!"

Los ojos de Isadora se agrandaron con horror mientras el otro equipo aplaudía y vitoreaba con deleite.

"¡No pueden probarlo!" gritó dramáticamente. "¡Eso fue simplemente… estímulo creativo!"

"Eres un peligro para tu propio equipo," gritó James. "Y me encanta."

"¡Traidor!" replicó Isadora, señalándolo con un dedo en tono de burla. "Jamás volveré a hacerte tartas de mermelada."

"Eso siempre fue un privilegio condicional," respondió él.

Estelle estaba casi doblada de la risa. Sus ojos brillaban con alegría sincera, sus mejillas rosadas por la diversión y el sol, sus hombros temblaban suavemente. Se veía más joven, más libre y tan dolorosamente hermosa que Victor apenas podía apartar la vista de ella.

Era su risa, decidió él. Esa risa musical y sin filtros que hacía que su pecho se apretara y su mente vagara hacia futuros días—cuando despertaría con ese sonido, terminaría sus noches con él, y quizás algún día lo escucharía resonar por los pasillos de Ashbourne Hall, donde pertenecía.

Pronto, se recordó a sí mismo. Pronto ella sería suya.

"¡Muy bien!", llamó Percival. "¡Siguiente ronda! ¡Lady Estelle, es tu turno!"

Estelle se levantó con gracia, alisando la falda de su vestido rosa mientras avanzaba. "Prepárense para quedar asombrados," dijo con una reverencia de broma.

El equipo de Victor observó cómo Estelle levantaba las manos y comenzaba a hacer gestos—formó un círculo en el aire, luego movió los dedos como si cayera lluvia, y después imitó remar un bote.

Victor, sin dudarlo, se puso de pie. "¡Es *Cantando bajo la lluvia*!" gritó con confianza.

Todos se quedaron congelados, y luego estallaron en exclamaciones.

"¿Cómo lo supiste?" preguntó Ivy, asombrada.

"¡Apenas había empezado!" dijo Adelaine, girándose hacia Victor. "Lo adivinaste demasiado rápido."

Las mejillas de Estelle se sonrojaron. Lo miró con una ceja levantada. "¿Estás seguro de que no estás leyendo mi mente?"

Victor simplemente sonrió. "Parece, querida mía, que me estoy volviendo bastante bueno en entenderte."

James dio un codazo a Percival. "Creo que acabamos de presenciar una conexión psíquica de nivel compromiso."

"¿Crees que serán capaces de terminar las frases del otro a continuación?" preguntó Percival dramáticamente. "¿O tal vez incluso compartir sueños?"

Isadora los ignoró con la mano. "Sigo diciendo que solo tuvo suerte."

Victor se volvió hacia ella con una sonrisa. "La suerte no tuvo nada que ver, señorita Isadora."

Volvió a mirar a Estelle, y su expresión se suavizó en algo mucho más íntimo.

El corazón de Estelle tropezó en su pecho. Él la estaba mirando otra vez de esa manera que la hacía sentirse expuesta,

valorada y completamente insegura de sí misma. No sabía si debía apartar la mirada o quedarse quieta y dejar que la calidez de su mirada la envolviera.

Así que simplemente sonrió—tímidamente—y regresó a su asiento, sintiendo todo el tiempo los ojos del Duque siguiéndola con cada paso.

No sabía cuál sería la siguiente ronda, pero en ese momento, estaba segura de una cosa.

Victor Ashford, Duque de Emberleigh, podía leerla mejor que nadie jamás lo había hecho.

…

Después de que las risas de las charadas se hubieran calmado y el grupo disfrutara de limonadas y galletas de mantequilla bajo la sombra de un cornejo florecido, la señora Corwell aplaudió para llamar la atención.

"Ahora," anunció alegremente, "es hora de una pequeña aventura. ¡Una búsqueda del tesoro, mis queridos! Hay flores silvestres, hojas raras, e incluso una o dos plumas por encontrar. ¡Premios para la pareja más ingeniosa!"

Un murmullo de entusiasmo se extendió por la reunión.

"¿Parejas?" preguntó Percival. "¿Como en dos personas obligadas a trabajar juntas y fingir que no se sabotean mutuamente?"

"¡Exactamente!" dijo la señora Corwell, radiante. "Y no, Lord Percival, no puede emparejarse con su propio ego."

"Iba a elegir a James," respondió Percival con un guiño, "pero es terriblemente competitivo y yo detesto perder."

"¡No lo soy!" protestó James, enderezando su solapa con indignación. "Soy simplemente... consistentemente excelente."

Victor, mientras tanto, ya había empezado a trazar su estrategia. Con una aparente despreocupación que no engañó a nadie, se acercó a Estelle y le ofreció el brazo.

"¿Puedo reclamarla como mi compañera, mi lady? Le aseguro que soy muy bueno localizando hojas extrañas y ganando juegos innecesariamente competitivos."

Estelle entrecerró los ojos, pero deslizó su mano en el pliegue de su brazo. "Creo que simplemente deseas asegurarte una compañera que no te opaque."

Victor se inclinó y susurró: "Oh, mi querida Estelle, ya he sido opacado. Es completamente imposible superarte en cualquier lugar."

Estelle intentó que no se notara su rubor.

Les entregaron una pequeña lista—"Una margarita, una pluma, una hoja de roble en forma de corazón y un solo guijarro blanco"—antes de alejarse hacia el borde más silvestre de los vastos jardines de la finca.

No pasó mucho tiempo antes de que se encontraran en un rincón tranquilo, donde un sauce elegante dejaba caer sus brazos de seda sobre un estanque inmóvil como un espejo. El suave murmullo de un arroyuelo y el zumbido distante de las risas daban al lugar una tranquilidad mágica y apacible.

Victor echó un vistazo por encima del hombro para asegurarse de que no hubiera nadie cerca, luego se volvió hacia Estelle, con los ojos de un tono más oscuro.

"Hay algo que he querido darte," dijo.

"¿Ah, sí?" preguntó Estelle, entornando los ojos con curiosidad.

Él metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó una pequeña bolsita de terciopelo. De ella extrajo un delicado collar de oro con un colgante de rubí que brillaba como una gota de sangre besada por la luz del sol. Era sencillo, pero exquisito.

"Era de mi abuela," dijo Victor, observando su reacción. "Ella se lo dio a mi madre, y ahora… me gustaría que tú lo tuvieras."

A Estelle se le cortó la respiración. "Es precioso."

"Te queda bien," dijo suavemente, "porque no hay otro color lo bastante audaz y hermoso."

Ella rió con nerviosismo, sus dedos rozando su garganta. "Sabes, realmente deberías dejar de decir cosas así. Vas a confundir a una chica perfectamente sensata."

Él dio un paso más cerca. "¿Me permitirías el honor de ponértelo?"

Estelle asintió una vez y giró ligeramente. Con manos temblorosas, levantó su cabello oscuro, dejando al descubierto la curva suave de sus hombros y la delicada hendidura de su nuca.

Victor contuvo la respiración.

Antes de abrochar el collar, se inclinó y presionó un suave beso justo encima de su columna.

Estelle soltó un suspiro, con la piel erizada hasta los brazos. "Victor…"

"Perdóname," susurró, rozando su piel con los labios una vez más. "Parece que soy completamente incapaz de comportarme contigo."

Ella no se movió. No habló.
Él abrochó el collar, dejando que las yemas de sus dedos se demoraran contra su clavícula, trazando el rubí donde reposaba, acunado sobre su escote.

Ella se giró lentamente para mirarlo, sus rostros ahora separados solo por unos centímetros.
Él le acarició la mejilla, su pulgar rozando suavemente su piel.

—Me vuelves loco, Estelle Robinson —murmuró.

Y entonces la besó—profunda, completamente. Un beso cargado de deseo y promesas, ni apresurado ni casto. Un beso que decía todo lo que aún no había podido expresar con palabras.

Estelle se fundió en él por un instante, antes de que un sonido repentino de voces elevadas los separara.

—¡No puedes decir que una pluma cuenta si aún está en el ave, James! —se escuchaba a Isadora gritar desde algún lugar cercano.

Victor se apartó, apoyando su frente contra la de Estelle por un último y entrecortado segundo.

Las mejillas de Estelle estaban encendidas cuando bajó rápidamente la mirada.

Instantes después, Isadora apareció en el claro con una expresión de triunfo moderado, arrastrando a James tras ella, quien parecía haber discutido con un ganso y perdido.

—Oh, cielos, ¿con qué nos hemos topado aquí? —preguntó Isadora, con los ojos brillando al notar el rostro de Estelle—y la expresión muy culpable de Victor—. ¿Estaban marcando los objetos de la lista… o simplemente marcándose entre ustedes?

—¡Isadora! —exclamó Estelle, horrorizada.

Victor carraspeó, enderezando su corbata sin lograr en absoluto parecer sereno.

James murmuró:
—Estamos buscando plumas, no mejillas sonrojadas.

Isadora se inclinó hacia Estelle y le susurró:
—Bueno, si esto es lo que producen las búsquedas del tesoro, comenzaré a organizar una cada fin de semana.

Estelle gimió y se tapó la cara con las manos.
Victor simplemente sonrió.
Le agradaba bastante la idea de futuras búsquedas con Estelle—especialmente si terminaban así.

…
El sol de la tarde se alargaba como dedos dorados sobre el prado mientras el picnic en Thistlebank Grove llegaba suavemente a su fin. La risa aún resonaba tras el último juego de charadas, donde incluso los caballeros más estoicos se habían reído con las conjeturas cada vez más dramáticas (y cada vez más incorrectas) de Isadora. Las canastas se estaban reempacando, los sombreros se enderezaban y las sombrillas se cerraban mientras los invitados comenzaban a reunirse cerca de los carruajes que aguardaban.

Víctor permanecía junto a Estelle, su mano enguantada descansando suavemente en la parte baja de su espalda con un gesto tan sutil y, sin embargo, tan posesivo, que las mejillas de Estelle se encendían cada vez que sus miradas se cruzaban. Ella se volvió hacia él con una sonrisa que parecía eclipsar el sol poniente. Su desconcierto previo bajo el sauce y el recuerdo del collar de rubí seguían rondando su mente—junto con el recuerdo de su beso, que ahora sonaba en sus pensamientos como el estribillo de una melodía favorita.

Lady Jane conversaba cálidamente con Lady Corwell, elogiando la encantadora tarde. Cerca de allí, Isadora y James seguían enzarzados en su habitual y animada disputa sobre quién había ganado realmente la búsqueda del tesoro. James sostenía una flor sospechosamente marchita, alegando que había sido "la correcta" desde el principio, mientras Isadora le agitaba una flor perfectamente intacta en la cara y lo acusaba de sabotaje.

—La próxima vez —dijo Isadora entrecerrando los ojos—, yo elegiré a mi compañero y no aceptaré al primer hombre que afirme tener "inclinaciones botánicas".

James hizo una reverencia dramática.
—Y sin embargo, querida Isadora, he hecho tu día infinitamente más interesante, ¿no es así?

Isadora resopló y se alejó con altivez, aunque el leve temblor en la comisura de sus labios delataba su diversión.

Victor se volvió hacia Estelle justo cuando el carruaje de Elmshade Manor se detenía frente a ellos.
—¿Me permite ayudarla, mi lady?

—Lo permite —respondió ella suavemente, su voz acariciando el corazón de él como un susurro de seda.

Él le ofreció la mano, y ella la colocó en la suya con total confianza. Mientras la ayudaba a subir al carruaje, sus dedos se demoraron, reacios a separarse.

—Espero verla nuevamente muy pronto —dijo Victor, su voz baja e íntima, dirigida solo a ella.

Estelle vaciló un instante en la puerta del carruaje, sus ojos buscando los de él.
—Yo también lo espero —susurró antes de acomodarse en su asiento.

Lady Jane e Isadora se unieron a ella momentos después. Mientras el carruaje se alejaba de Thistlebank Grove, Estelle se permitió una última mirada por la ventana. Victor estaba de pie al borde del camino, observándola partir con una expresión que solo podía describir como anhelo.

De regreso en Elmshade Manor, la noche era tranquila. Estelle se tomó su tiempo para cambiarse y cepillarse el cabello con movimientos lentos y pensativos. Los recuerdos del día giraban en su mente como pétalos al viento—las risas, el sol, el colgante de rubí que ahora brillaba tenuemente sobre su tocador, y por supuesto… Victor.

Se deslizó bajo las sábanas, con el recuerdo de su toque aún ardiendo en su piel. Se recordó una vez más que debía proteger su corazón. Pero mientras sus labios se curvaban en una sonrisa, supo que ya era demasiado tarde.

Se estaba enamorando de él—total, completa, irremediablemente.

Y esa noche, al cerrar los ojos, no se resistió al pensamiento.
Ni siquiera un poco.

CAPÍTULO 16

La mañana amaneció fresca y dorada, de esas que hacen creer en la poesía. El rocío se aferraba a la hierba como encaje plateado, y el cielo era un lienzo suave de azules y rosados que aún no se decidía. Estelle inhaló profundamente mientras montaba a su yegua querida, Claribel, por un sendero tranquilo que bordeaba el bosque detrás de la Mansión Elmshade. Bien arropada en el profundo bolsillo de su vestido de montar, Chicken —una bolita de pelusa y travesura— ronroneaba con satisfacción.

Ese día, Estelle no llevaba sombrero, dejando que la brisa jugara con sus gruesos rizos oscuros. Cabalgaba sin prisa, permitiendo que Claribel disfrutara del aire fresco de la mañana. Llegaron a una curva en el camino, donde el río brillaba como plata pulida bajo el sol naciente. Un sauce se arqueaba con gracia sobre el agua, sus largas ramas verdes ondeando y susurrando como una confidente.

Desmontó y ató a Claribel a una rama baja, luego metió la mano en el bolsillo. Chicken, claramente ansiosa por explorar, saltó al césped con un maullido. Estelle sonrió y sacó de su otro bolsillo una pequeña bolsa de semillas de girasol. Se arrodilló y extendió las palmas. Momentos después, carboneros bajaron de las ramas, sus alas delicadas como un parpadeo. Se posaron sin miedo en sus dedos, picoteando las semillas con alegres gorjeos.

—Pequeñas glotonas —susurró con una sonrisa—. Pero tan encantadoras.

La serenidad del momento era perfecta… hasta que dejó de serlo.

Estelle miró hacia abajo para comprobar dónde estaba Chicken, solo para descubrir que la gatita se había acercado peligrosamente a la orilla del río, con los ojos muy abiertos mientras observaba a una familia de patitos flotando en el agua.

—¡Chicken! —llamó Estelle, levantándose rápidamente.

La gatita giró hacia el sonido de su nombre, justo cuando una ráfaga agitó los juncos. Sobresaltada, Chicken perdió el equilibrio y cayó con un suave maullido al borde del río.

—¡Chicken! —gritó Estelle.

Sin pensarlo un segundo, Estelle se lanzó al río, el golpe de agua helada robándole el aliento. Rodeó con los brazos a la gatita, pero sus faldas —pesadas por el agua— la arrastraron rápidamente lejos de la orilla.

La corriente, aunque no feroz, era persistente, y sus botas resbalaban contra el fondo fangoso mientras luchaba por alcanzar la orilla. Chicken gemía en sus brazos, temblando contra su pecho.

—¡Ayuda! —gritó Estelle, con la voz tensa por el pánico.

Entonces —como salido de un sueño— escuchó el estruendo de cascos y un grito:

—¡Estelle!

Victor.

Cabalgaba por el sendero principal hacia la Mansión Elmshade, ramo en mano, con la mente llena de expectativas. No esperaba más que una conversación agradable —o tal vez un beso robado bajo el emparrado. En cambio, lo que encontró fue a Estelle, arrastrada por el río, abrazando a su gatita, el rostro pálido de miedo.

Victor no pensó. Se lanzó del caballo a mitad de galope, sus botas golpeando la tierra antes de que Sterling siquiera se detuviera. Se quitó el abrigo y se lanzó al agua, el frío mordiendo su piel mientras nadaba con brazadas poderosas hacia la mujer que amaba.

La alcanzó justo cuando su mano comenzaba a resbalar de la superficie.

—Te tengo —dijo, con voz baja y urgente.

Ella lo miró, el agua escurriéndose por su rostro, los ojos grandes y luminosos. Sujeta con más fuerza a Chicken mientras Victor abrazaba a ambas, atrayéndolas firmemente contra él mientras nadaba hacia la orilla.

Una vez en tierra, la llevó por la ribera, sin soltarla hasta que ella protestó.

—Y—ya estoy bien —susurró, apretando a Chicken contra su pecho.

Victor no le creyó ni por un momento. Sus labios estaban azules por el frío, y sus extremidades temblaban.

—No estás bien. Te lanzaste a un río. Con vestido. Por una gata.

—No es solo una gata —logró decir Estelle—. Es familia.

Victor miró hacia la gatita empapada acurrucada contra ella.

—Tiene suerte de tenerte. —Y luego levantó la vista hacia ella —. Y yo también.

Victor se arrodilló junto a Estelle, apartando un mechón empapado de su mejilla helada. Sus labios, aunque aún pálidos, empezaban a recuperar algo de color, pero su cuerpo temblaba con violencia.

—Estás tiritando —dijo, con el ceño fruncido de preocupación.

—E-estoy bien —dijo Estelle entre dientes castañeando, aferrando a Chicken contra su pecho. La gatita, que ahora parecía un ratón ahogado, se acurrucaba con un maullido lastimero en el escote de su dueña.

Victor negó con la cabeza, con tono firme.

—Definitivamente no estás bien, Estelle.

—Solo estoy mojada.

—Sí, empapada. Y este río está casi helado, y tú… —Se detuvo, apretando la mandíbula, intentando no mostrar cuánto miedo había sentido al verla arrastrada por la corriente—. Te vas a enfermar así. No lo permitiré.

—He dicho que esto—…

—No. —Se puso de pie y se quitó el abrigo, con voz profunda y decidida—. Vas a cambiarte ese vestido empapado antes de que te enfermes. No me quedaré aquí viendo cómo contraes una pulmonía solo porque eres demasiado terca para admitir que necesitas entrar en calor.

—No soy terca —respondió ella, cruzando los brazos con indignación, lo que solo hizo que temblara aún más.

Victor suspiró y dio un paso hacia ella, su tono más suave ahora.

—Estelle, por una vez en tu vida, escucha a alguien. Escúchame a mí. Estuve a punto de perderte en ese río.

Sus miradas se encontraron, el aire entre ellos se volvió eléctrico.

—Te amo —dijo en voz baja, las palabras escapando con una naturalidad que sorprendió a ambos—. Así que discúlpame si insisto un poco con tu salud.

Estelle parpadeó.

—¿Tú… me amas?

—Sí. Desesperadamente. Desde el momento en que te vi, si soy sincero. Y preferiría no demostrarlo llevándote al médico cuando empieces a toser hasta sacarte los pulmones.

Ella lo miró, atónita y aún temblando.

Él carraspeó, adoptando un tono más práctico.

—Puedes ir detrás del sauce. Yo haré guardia. Nadie te verá. Puedes dejarte tus... capas interiores. Solo quítate el vestido y ponte mi abrigo. Es cálido, lo prometo.

Estelle abrió la boca para protestar, pero se detuvo. La verdad era que tenía frío. Su vestido se le pegaba al cuerpo como una segunda piel, y le dolían los huesos del escalofrío.

Con un suspiro resignado, se puso de pie, con las rodillas ligeramente inestables.

—Está bien —murmuró—. Pero da la vuelta.

Victor alzó ambas cejas.

—Créeme, no tengo ningún deseo de verte morir de frío ni de enfrentar tu furia.

Mientras ella desaparecía detrás del gran cortinaje de ramas del sauce, Victor se plantó firme frente al árbol, con los brazos cruzados y la mandíbula apretada como un soldado en su puesto. El único sonido era el suave susurro de las hojas al viento y el ocasional trino de un pájaro. Eso, y el golpeteo furioso de su propio corazón.

—No mires —advirtió Estelle desde detrás de las ramas.

—No se me ocurriría. Bueno, tal vez lo soñaría —respondió con una sonrisa—, pero no lo haré.

Estelle soltó una risa, ligera e inesperada.

—Eres imposible.

—Eso me han dicho. Sobre todo mi madre.

Pasaron unos minutos y luego las ramas se abrieron de nuevo.

Estelle salió, con Chicken acurrucada otra vez en sus brazos. Llevaba puesto su abrigo azul marino oscuro, el dobladillo casi le rozaba los tobillos y el cuello estaba subido. Su cabello estaba algo enredado por el viento y el agua, las mejillas sonrojadas por el calor y quizás un poco por la vergüenza, y Victor no había visto nada más divino en su vida.

—¿Y bien? —dijo ella, levantando la barbilla como si lo desafiara a burlarse.

Él sonrió lentamente.

—Me encanta cómo luces con vestidos, Estelle. De verdad. Pero debo admitir... que llevas mi abrigo bastante bien.

Ella puso los ojos en blanco, pero las comisuras de sus labios se curvaron a pesar suyo.

—Muy caballeroso de tu parte, Su Gracia. Rescatar damiselas, ofrecer abrigos, declarar tu amor eterno... todo antes del mediodía.

Chicken maulló suavemente en señal de aprobación.

Victor se inclinó hacia ella y apartó un rizo húmedo de su mejilla.

—Y aún así dudas que lo haga por amor y no por deber.

Sus ojos se apartaron de los de él, y por un momento guardó silencio.

Él no insistió. Por ahora.

—Ven —dijo con suavidad—. Vamos a casa.

…

Más tarde, en Elmshade Manor…

Clara, la siempre eficiente doncella, los recibió en la puerta con los ojos muy abiertos y una sonrisa de sorpresa.

—¡Oh, mi lady! ¡Está empapada! —exclamó Clara, apresurándose a tomar a la gatita y a buscar toallas—. Su madre y Lady Isadora han ido al pueblo, a una cita con la modista. Dejaron dicho que volverán dentro de una hora.

Estelle asintió.
—Gracias, Clara.

Se volvió hacia Victor, cuyo cabello empezaba a secarse en suaves rizos húmedos.
—¿Le… gustaría pasar a tomar un té con galletas mientras me cambio?

Victor sonrió.
—No hay nada que me gustaría más.

Estelle vaciló un momento, luego le devolvió la sonrisa—pequeña, pero sincera—y subió las escaleras con Clara y Chicken detrás de ella.

Victor la observó alejarse, con una calidez expandiéndose en su pecho como el sol de la mañana. Ella aún intentaba proteger su corazón, pero no pasaría mucho tiempo antes de que se diera cuenta de que ya le pertenecía a él.
Y él pensaba atesorarlo.
Para siempre.

…

El suave tintinear de las tazas de té y el crepitar apacible del fuego en la sala eran la única música mientras Estelle descendía las escaleras, recién cambiada y compuesta… al menos en apariencia.

Llevaba un vestido de seda azul claro que brillaba con cada movimiento, el corpiño elegantemente ajustado y la falda susurrando alrededor de sus tobillos. Su cabello oscuro había sido recogido de nuevo, aunque unos cuantos rizos húmedos se habían escapado con rebeldía, enmarcando sus mejillas sonrojadas. Entró en la habitación con una elegancia serena, y el sol matutino bailaba sobre su figura como una caricia afectuosa.

Victor se puso de pie en cuanto la vio.
Y luego suspiró.
Audiblemente.

—Debes dejar de verte así —dijo con una voz cargada de reverencia.

Estelle alzó una ceja, divertida.
—¿Así cómo, Su Gracia?

Victor tragó saliva.
—Como… cada uno de los sueños que he tenido en mi vida.

Ella parpadeó, sorprendida, con una sonrisa asomando en la comisura de sus labios.

Chicken soltó un ronroneo satisfecho desde un cojín junto a la chimenea, con un cuenco de crema tibia entre las patas, y emitió un sonido como si estuviera de acuerdo.

Estelle se sentó, alisando su falda con elegancia, la espalda recta con toda la gracia practicada de una dama y, sin embargo… sus ojos seguían desviándose hacia Victor, como si esperara que dijera algo para lo que aún no estaba preparada.

Lo cual, por supuesto, hizo.
Dio un paso hacia ella. Luego otro. Y otro más.
Cuando Estelle alzó la mirada, sorprendida por su cercanía, él tomó sus manos—ambas—entre las suyas, cálidas y fuertes.

Y entonces, se arrodilló ante ella.

—¡Victor! —exclamó ella, llevándose una mano al pecho.

Pero su expresión no tenía nada de bromista. Sus ojos oscuros exploraban su rostro, mientras su pulgar acariciaba con ternura sus dedos.

—Necesito que me escuches —dijo, en voz baja pero firme—. Te he dicho que te amo. Te he besado como un hombre hambriento. Y aún así no lo crees.

Ella abrió la boca, pero él negó suavemente con la cabeza.

—No me caso contigo por deber, Estelle. Me caso contigo porque te anhelo. —Su voz se volvió más profunda, las palabras marcadas por la pasión que ya no podía contener—. Porque desde el momento en que te vi de pie en ese maldito jardín iluminado por el sol, quedé completamente cautivado.

Ella intentó apartar la mirada, con la respiración entrecortada.

—Pensé… pensé que lo hacías por compasión. Por mi familia —dijo, con voz temblorosa—. Que este compromiso fue idea de tu madre. Un acto de bondad, un… sacrificio noble.

Él metió la mano en su chaqueta y sacó suavemente su pañuelo, llevándolo a su mejilla. No se había dado cuenta de que estaba llorando hasta que sintió cómo le secaba las lágrimas.

—No hago nada que no elija hacer —dijo él con la mirada intensa—. Y si esto fuera un sacrificio, sería el más dulce que haya hecho jamás.

Ella soltó un suspiro tembloroso.

—Victor…

Él se puso de pie de repente, sin soltarle las manos. Y entonces—antes de que pudiera protestar—la alzó en brazos, apartándola del sofá y sentándola suavemente sobre su regazo mientras él se acomodaba en el diván acolchado.

—¡Victor! —exclamó ella de nuevo, completamente sonrojada.

—No hay nadie aquí —murmuró él, su voz como miel y fuego —. Y he esperado demasiado tiempo para tenerte así entre mis brazos.

Ella se quedó quieta, congelada en su abrazo, con la respiración inestable y el corazón golpeando furiosamente en su pecho.

Él presionó un beso sobre su frente. Luego sobre su mejilla. Y después—tan suave que le hizo estremecerse—sobre sus labios. La besó lentamente, como si tratara de memorizar la forma de su boca, el suspiro que soltaba cuando la tocaba, la curva de su sonrisa entre beso y beso.

Y ella se lo permitió.

Porque cada protesta que ella había construido, cada muro que había fortificado con dudas y suposiciones, se derritió como escarcha matinal ante el calor de su amor.

Sus manos le acariciaron el rostro con reverencia. Besó su mandíbula, su barbilla, la delicada línea de su cuello, cada toque encendiendo su alma.

—Eres mía, Estelle —susurró, abrazándola como si fuera preciosa y hecha de luz de estrellas—. Te amo. Amo tu risa. Tu terquedad. Tu corazón. Y no puedo esperar ni un día más para hacerte mi esposa.

Estelle escondió el rostro en su cuello, abrumada.
Y entonces, por fin, alzó los ojos hacia los suyos, su alma completamente expuesta.
—Yo también te amo —susurró—. Creo que te amo desde el momento en que robaste a mi gatita de aquel árbol.

Él rió suavemente, apoyando su frente contra la de ella.
—Es una pésima dama de compañía.

Se quedaron allí por un instante—solo los dos, en un mundo solo suyo—el resplandor del fuego calentándoles la piel, Chicken parpadeando somnolienta cerca, el aroma a té y galletas de rosa aún flotando en el aire.

Y en ese momento, nada más importaba.
Ni el deber. Ni los temores del pasado.
Solo el amor.
Y la promesa del para siempre.